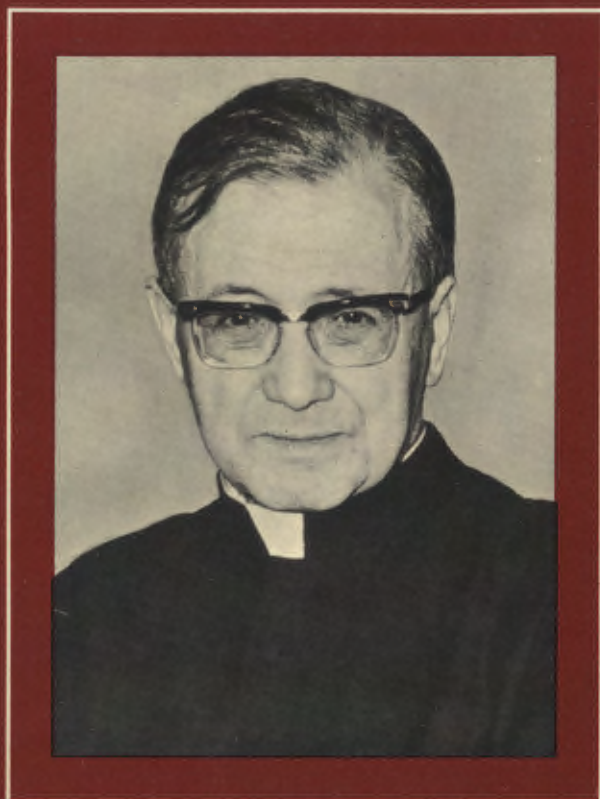




MONS. ESCRIVA DE BALAGUER

ESPAÑOLES UNIVERSALES

DEL SIGLO XIX

MONS. ESCRIVA DE BALAGUER

17381903

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES

ESPAÑOLES UNIVERSALES

Por EL MARQUES DE LOZOYA

A la memoria de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, Gran Canciller de la Universidad de Navarra.

Cuando en el siglo XVIII la Enciclopedia reavivaba en el mundo cultural de Europa la oposición a España, iniciada en el reinado de Felipe II, el abate Masson de Movilliers escribía que la nación española no había aportado nada a la Cultura. No es necesario defender ahora al pueblo a cuyos navegantes, a cuyos exploradores y a cuyos geógrafos se debe nada menos que la revelación del mundo, pero hay una enorme aportación de España a la espiritualidad humana que la ceguera y la soberbia de los enciclopedistas les hacía incapaces de comprender y de valorar: España es la patria de fundadores de órdenes religiosos que, en momentos difíciles de la Historia tuvieron, además de su aspecto misional, una gran trascendencia en la Cultura: Santo Domingo de Guzmán, el austero hidalgo castellano; Ignacio de Loyola, el solariego vasco, capitán de los tercios de Carlos V; Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, que enseñan a las almas el camino de alcanzar las más altas cumbres de perfección. Es muy escaso el número de «españoles universales», esto es, de nacidos en España cuyo nombre sea familiar a cualquier persona de mediana cultura en el mundo: algunos atrevidos exploradores; un pequeño acervo de artistas y de escritores. Pero hay que tener en cuenta la augusta teoría de los fundadores que han llevado a los más remotos confines de la tierra un nuevo sistema de elevar y perfeccionar el alma humana, de acudir a las necesidades espirituales y temporales de los hombres.

A esta última categoría de «españoles universales» pertenecía Monseñor Escrivá de Balaguer, rendido, joven aún, a la fatiga de su vida. Crear una Obra en la cual miles de sacerdotes ejemplares, verdadera aristocracia del presbiterado, y varios miles de seglares, sobresalientes en las más difíciles disciplinas; hombres y mujeres de todas las naciones, de todas las razas, esparcidos por todo el mundo, entregados a las más diversas actividades, siempre en provecho de la Iglesia o en satisfacción de alguna humana necesidad es algo que sobrepasa lo natural, lo humanamente explicable. Hay que vislumbrar el soplo divino, arrollador en sus comienzos, constante a través de los siglos, que hizo posible la obra gigantesca de dos fundadores.

Se ha escrito mucho y bien en estos días sobre Josemaría Escrivá de Balaguer. Aun los que sienten hacia su Obra los mismos celos que los enciclopedistas cultivaban hacia otras Instituciones han tratado con respeto a su egregia figura, pero entre cuanto he leído lo que más ha iluminado mi mente y ha calentado mi corazón ha sido el artículo de Su Eminencia Marcelo González Martín, Cardenal Primado de España, publicado en el número dominical de ABC, correspondiente al 4 de agosto. En las líneas preliminares el Cardenal hace un retrato exacto del Fundador del Opus Dei: «Capacidad de entusiasmo para las causas grandes, tesón invencible, optimismo reflexivo; minuciosidad en la ejecución, delicadeza suma para los detalles... he aquí algunos rasgos de su condición humana». Pero, como hace notar el Arzobispo de Toledo, su actividad exterior procedía de una elevadísima espiritualidad. Como Santa Teresa, con el corazón lleno de Dios, descendía a lo más humilde entre lo humano, a las miserias, a las dificultades de cada tiempo. Dios andaba, para la Santa de Ávila, la de las altas contemplaciones, entre los pucheros de la cocina. Para Monseñor Escrivá, estaba entre los pequeños conflictos de cada día; ante esas dificultades, ante esos problemas que tanto perturban nuestro corazón.

No tuve la fortuna de un trato frecuente con el Fundador que en nuestros encuentros, siempre en la Universidad de Navarra, derrochó sobre mí sus dotes de benevolencia y de comprensión. Me complace el pensar ahora que nuestras vidas, tan diversas, estaban unidas por una íntima compenetración. Sé poco de él pero, como escribía Fray Luis de León refiriéndose a Santa Teresa, a la cual no

llegó a conocer, a Josemaría Escrivá se le conoce por sus escritos y por cuantos, formados por él, son los herederos de su espíritu. Veamos cuál era este espíritu a través de sus escritos y de sus palabras. Ante todo, sumisión total a la voluntad divina; toda una vida dispuesta a identificarse con la voluntad de Dios: «¿Lo quieres, Señor? —escribe en Camino— ¡Yo también lo quiero!». Esta total confianza en Dios tiene como consecuencia la constancia en la lucha, sin afán por el triunfo, sin miedo al fracaso. «¡Has fracasado! —escribe en Camino—. Nosotros no fracasamos nunca. — Pústele del todo tu confianza en Dios. — No perdona, luego, ningún medio humano. Convéncete de esta verdad: el éxito tuvo —ahora y en esto— era fracasar. — Da gracias al Señor y ¡a comenzar de nuevo!». En el discurso que pronunció en la Universidad de Navarra, en mayo de 1974, dijo estas palabras: «Salvarán este mundo nuestro —permítid que lo recuerde— no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre, y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta».

Pero el constante sentido de lo sobrenatural no ha de ser un alejamiento sino, por el contrario, un acicate para estar presente en el mundo, para no desentenderse de ninguno de los problemas que hacen difícil la vida. «Hijos míos —dijo en su homilía del 8 de octubre de 1967—, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres». (Recordemos una vez más a Santa Teresa: Dios anda entre los pucheros de la cocina).

Difícil convivencia entre la humanidad sincera y profunda y el deber de procurar la perfección en el trabajo y, a ser posible, alcanzar las cumbres de la ciencia, del prestigio: «Al que pueda ser sabio, no le perdonamos que no lo sea» (Camino). Recuerdo haber oído decir a Angel Herrera que si Cervantes, consciente de que podía crear el Quijote, y si Beethoven, sintiéndose capaz de escribir la Quinta Sinfonía, no hubiesen hecho, habrían cometido una gravísima falta contra la Humanidad.

Libertad y tolerancia. «Una de las características más acusadas del espíritu del Opus Dei es el gran amor a la libertad personal». Acercarse a personas de todas las ideologías y de todas las condiciones sociales, sin distinción alguna, con el corazón y los brazos dispuestos a coger a todos. No tenemos la misión de juzgar, sino el deber de tratar fraternalmente a todos los hombres.

Soy, fundamentalmente, universitario. A la Universidad he consagrado mi vida. Ahora, al final de ella, contemplando el pasado desde la cumbre de mis ochenta y dos años, he de arrepentirme de muchas cosas, pero no de mi medio siglo de docencia, en que no creo haber faltado un solo día a clase sin grave motivo, y de no haber entregado en ella la totalidad de mis modestas posibilidades. Mi compenetración con mis alumnos ha sido siempre total y no recuerdo, en tan largo espacio, que me haya perturbado el más leve conflicto. En el año de 1963 vino a atenuar la melancolía que siempre supone el apartamiento forzoso de una actividad amada José María Albarola, que me invitó a explicar Historia del Arte en la Universidad de Navarra. Nunca podré olvidar el tiempo vivido en aquel ambiente puramente universitario, desconectado de todo lo que no fuese el elevar en lo posible el nivel cultural de unos alumnos acuciados por el afán de saber. Nunca ha estado tan cerca de la realidad la definición de un «Estudio General», expresada por Alfonso X: «Ayuntamiento de maestros y escolares». La obra del Opus Dei, extendida por todo el mundo, abarca las actividades más diversas, pero bastaría la Universidad de Navarra para la gloria humana del Fundador que tendrá —así lo creemos y así lo esperamos— transcendencia eterna.

MARQUES DE LOZOYA

PROFILO DI MONSIGNOR

JOSEMARIA ESCRIVÁ DE BALAGUER

Opus Dei: una svolta nella spiritualità

La chiamata universal a la santidad e il lavoro come luogo di incontro con Dio e gli uomini - La Messa centro della vita interiore - Libertà e responsabilità dei laici

del cardinale
SEBASTIANO
BAGGIO

profeta della Sacra Congregazione per i Vescovi

Il fondatore dell'Opus Dei, monsignor Josemaría Escrivá de Balaguer, è morto improvvisamente, a 72 anni, il 26 giugno scorso a Roma, dove aveva vissuto la sua vita. La sua salma è stata sepolta nella cripta dell'oratorio di Santa Maria della Pace, in viale Bruno Buozzi 75, presso la sede centrale dell'associazione. Aveva fatto di Roma il centro dell'Opus Dei perché voleva sottolineare il carattere universale, cattolico e romano nel senso di responsabile e amorosa fedeltà alla cattedra petrifica. In tutto il mondo, da un secolo (dal suo inizio l'associazione che egli lascia è nel pieno della sua vitalità e della sua espansione e si presenta marcatamente col carattere che egli volle e seppe imprimere).

Uno stile semplice

Proprio in quell'anno 1946 aveva avuto la fortuna di conoscere monsignor Escrivá de Balaguer e d'iniziare con lui una comunione d'amicizia rispettosa e discreta ma non per questo meno affettuosa e profonda. Mi aveva fatto impressione che la sede della gioielleria importante associazione non avesse nulla in comune con l'edilizia ecclesiastica concili collegate, uno alloggio e un'abitazione, uno diverso dall'altro, come qualsiasi appartamento o palazzina del Parioli, senza targhe o simboli vescovi, con qualche esuberanza dovuta alla provenienza familiare degli ospiti e all'ammirazione degli architetti ed artisti dell'Opus Dei che vi avevano rotto il loro talento. E lo

amabilissimo anfitrione mi spiegava che anche quello stile modesto faceva parte della spiritualità laicale dell'Opus Dei, ossia la santificazione della vita ordinaria e della propria condizione sociale portandola a un livello di santità che non è riservato a quelli che si dedicano a particolari attività di servizio. Egli chiamava «la mistica del ojalá», la mistica del «desidero».

Malgrado o forse per causa del molto che si è scritto sull'Opus Dei e sul suo fondatore, prevalentemente in chiave polemica per non dire fantatica, nei suoi contemporanei non abbiamo la necessaria prospettiva per valutare tutta la portata storica dell'associazione (e dell'istituto pastorale di cui è l'istituto) e anticipatore (e anticipatore) di questa insigne opera di Chiesa. Ma è evidente fin da oggi che la vita, l'opera e il messaggio di monsignor Escrivá de Balaguer costituiscono una svolta o, più esattamente, un capitolo nuovo e originale nella storia della spiritualità cristiana, se la pensiamo — e così dovremmo — come un cammino rettilineo sotto la guida dello Spirito Santo.

Monsignor Escrivá de Balaguer era uomo attivo e moderno, che rifugiava dalla pubblicità e dai gesti clamorosi, non andava in giro a fare conferenze (anche se era generosissimo e instancabile nel ministero sacerdotale e paterno della parola), non conosceva interviste alla stampa né quando non gli era dato di sottrarsi e nel suo elogio furono furono opportunamente e a scrivere ai soci dell'Opus Dei in una occasione con classica come le sue note d'oro sacerdotali: «Non voglio nessuna solennità speciale, perché desidero trascorrere questa ricorrenza giubilare secondo la norma abituale della mia condotta: il mio

compito è nascondersi e spiegare che anche quello stile modesto faceva parte della spiritualità laicale dell'Opus Dei, ossia la santificazione della vita ordinaria e della propria condizione sociale portandola a un livello di santità che non è riservato a quelli che si dedicano a particolari attività di servizio. Egli chiamava «la mistica del ojalá», la mistica del «desidero».

Malgrado o forse per causa del molto che si è scritto sull'Opus Dei e sul suo fondatore, prevalentemente in chiave polemica per non dire fantatica, nei suoi contemporanei non abbiamo la necessaria prospettiva per valutare tutta la portata storica dell'associazione (e dell'istituto pastorale di cui è l'istituto) e anticipatore (e anticipatore) di questa insigne opera di Chiesa. Ma è evidente fin da oggi che la vita, l'opera e il messaggio di monsignor Escrivá de Balaguer costituiscono una svolta o, più esattamente, un capitolo nuovo e originale nella storia della spiritualità cristiana, se la pensiamo — e così dovremmo — come un cammino rettilineo sotto la guida dello Spirito Santo.

Monsignor Escrivá de Balaguer era uomo attivo e moderno, che rifugiava dalla pubblicità e dai gesti clamorosi, non andava in giro a fare conferenze (anche se era generosissimo e instancabile nel ministero sacerdotale e paterno della parola), non conosceva interviste alla stampa né quando non gli era dato di sottrarsi e nel suo elogio furono furono opportunamente e a scrivere ai soci dell'Opus Dei in una occasione con classica come le sue note d'oro sacerdotali: «Non voglio nessuna solennità speciale, perché desidero trascorrere questa ricorrenza giubilare secondo la norma abituale della mia condotta: il mio

Tre novità caratteristiche

La concretizzazione pratica di questo messaggio si basa su tre novità caratteristiche della spiritualità dell'Opus Dei: 1) l'istituto, i cristiani laici non debbono abbandonare o disprezzare il mondo, ma restarvi dentro, amando e condividendo la vita della gente comune; 2) restando nel mondo, però i laici debbono aspergere il valore soprannaturale di tutte le circostanze normali della loro vita, con le loro attività materiali; 3) di conseguenza, il lavoro quotidiano — quello cioè che occupa la maggior parte del tempo e caratterizza la personalità della gente qualunque — è la prima cosa da santificare e il primo strumento di apostolato.

Per illustrare queste tre idee fondamentali, niente di più sintomatico ed efficace delle parole dello stesso fondatore dell'Opus Dei. Le prenderò da una delle sue omelie, pronunziata nel 1967 e che è stata poi pubblicata, con il significativo titolo «Amare il mondo — appassionatamente», nel volume «Colloqui con monsignor Escrivá de Balaguer» (III ed., Milano 1973).

Riguardo al primo concetto — che teologicamente può essere designato come carattere laicale e secolare — monsignor Escrivá de Balaguer ha sempre insegnato e ricorreggiato: «Idealmente si primi cristiani, all'epoca cioè in cui i fedeli si sforzavano di vivere il Vangelo restando nel mondo e partecipando in pieno a tutte le attività della società in cui vivevano. E così, i primi cristiani — uomini e donne, giovani e vecchi, peccatori e peccatrici — si santificarono nella vita comune, e riuscirono a convertire il mondo pagano, così i cristiani di oggi, se non hanno una vocazione allo stato religioso, sono chiamati a santificare il mondo dal dentro. E c'è bisogno che ribadiscano ancora una volta — come in quella occasione — che gli uomini e le donne che voglio



Mons. Escrivá de Balaguer

no servire Cristo Gesù nell'Opus Dei Dio sono semplicemente dei cittadini uguali agli altri che si sforzano di vivere con responsabilità — e non alle ultime conclusioni — la loro vocazione cristiana? Non c'è nulla che distingua i miei figli dagli altri membri della società civile?».

Le conseguenze pratiche di una spiritualità veramente laicale non sfuggivano a monsignor Escrivá de Balaguer: «Sono molti gli aspetti dell'ambiente secolare in cui vi muovete, che vengono ad essere illuminati partendo da questa verità. Pensate, ad esempio, alla vostra azione di cittadini nella vita civile. Un uomo consapevole che il mondo — e non solo il tempo — è il luogo del suo incontro con Cristo, ama questo mondo, ama questo mondo, una buona preparazione intellettuale e professionale, e va formando — in piena libertà — il proprio criterio sui problemi dell'ambiente in cui opera; di conseguenza prende le sue decisioni che, essendo decisioni di un cristiano, sono anche frutto di una riflessione personale, umilmente intesa a cogliere la volontà di Dio in questi particolari piccoli e grandi della vita». Ed ecco, a questo punto, la caratteristica avvertenza di monsignor Escrivá de Balaguer per ogni forma di clericalismo: «A questo cristiano non viene mai in mente di credere o di dire che lui ascenda dal tempio al mondo per rappresentare la Chiesa, e che le sue scelte sono le "soluzioni cattoliche" di quei problemi.

El 26 de junio moría en Roma el fundador del Opus Dei, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, a los 73 años de edad. En Roma vivía desde 1946, y en Roma ha sido enterrado, en la cripta del oratorio de Santa María de la Paz, en la sede central de la Asociación, calle Bruno Buozzi, 75. Había hecho de Roma el centro del Opus Dei porque quería subrayar el carácter universal, católico y romano de esta Asociación católica internacional, y el sentido de responsable y amorosa fidelidad a la Catedral de Pedro. En menos de medio siglo, el Opus Dei se encuentra en plena vitalidad y expansión y aparece definitivamente marcado con el carácter que Mons. Escrivá de Balaguer quiso y supo imprimirle.

Precisamente en aquel año de 1946 tuve la fortuna de conocer a Mons. Escrivá de Balaguer y de trabar con él una permanente amistad, respetuosa y discreta, pero no por esto menos afectuosa y profunda. Me había impresionado que la sede de la ya entonces importante Asociación no tuviese nada en común con las construcciones eclesiásticas del tipo convencional: eran habitaciones y oficinas comunicadas entre sí, distintos unos de otros, como cualquier apartamento o casa del barrio del Parioli, sin placas ni símbolos vistosos, con plantas y flores, decorados con buen gusto y con alguna exuberancia debida a la proveniencia familiar de sus ocupantes y al amoroso esfuerzo de arquitectos y artistas, socios del Opus Dei, que habían volcado allí su talento.

El amabilísimo anfitrión me explicaba que también aquel estilo, para mí insólito, formaba parte de la espiritualidad laical del Opus Dei: la santificación de la vida ordinaria y de la propia condición social, llevada hasta el heroísmo, pero sin alterar para nada sus trazos comunes y, sobre todo, sin alimentar la veleidad de salirse de ese ambiente o el sentimiento de querer ser otra cosa distinta de la que se es. En una homilía dirigida a los universitarios, Mons. Escrivá de Balaguer desmenuzó esta tentación a la que llamó *mística ojalería*, la mística del «ojalá».

A pesar de lo mucho que se ha escrito sobre el Opus Dei y sobre su Fundador —o quizá por eso mismo—, prevalentemente en clave polémica por no decir fantástica, nosotros, sus contemporáneos, no tenemos la necesaria perspectiva para valorar el alcance histórico de la enseñanza (en tantos aspectos auténticamente revolucionaria y anticipadora) y de la acción pastoral (de una eficacia y una irradiación sin equivalentes) de este

insigne hombre de Iglesia. Pero es evidente desde ahora que la vida, la obra y el mensaje del Fundador del Opus Dei constituyen un viraje o, más exactamente, una capitula nuevo y original en la historia de la espiritualidad cristiana, si la consideramos —y así debe ser— como un camino rectilíneo bajo la guía del Espíritu Santo.

Mons. Escrivá de Balaguer era hombre sencillo y modesto, que rehuía la publicidad y los gestos clamorosos; no iba de un lado para otro para dar conferencias, aunque era generosísimo e incansable en el ministerio sacerdotal y paterno de la palabra; sólo concedía entrevistas a la prensa cuando ya no era posible evitarlas. En su elogio fúnebre fueron recordadas oportunamente las palabras que escribió a los socios del Opus Dei, en una ocasión tan clásica como sus bodas de oro sacerdotales: «No quiero que se prepare ninguna solemnidad, porque deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca».

Sin embargo, era conocidísimo. El Opus Dei, la Asociación internacional fundada por él en 1928, cuenta hoy con unos sesenta mil socios de todas las naciones del mundo, de todas las profesiones y clases sociales. Hay que tener en cuenta, además, que millones de personas han encontrado una guía para la oración y para la santificación del trabajo cotidiano en los escritos espirituales y pastorales de Mons. Escrivá de Balaguer. De uno de ellos, *Camino* —que alguien ha llamado «la *Imitación de Cristo* de los tiempos modernos» y que otros tendían a minusvalorar, no entendiendo el valor de la extrema sobriedad de su estructura—, han sido publicadas hasta ahora ciento veinte ediciones en treinta idiomas, con una tirada total que roza los dos millones y medio de ejemplares. Su obra más reciente, *Es Cristo que pasa*, recoge dieciocho homilías sobre los principales momentos del año litúrgico.

Santidad para el hombre de la calle

Desde los comienzos del Opus Dei su Fundador proclamó que la santidad no es un ideal para privilegiados, sino para todos aquellos que se esfuerzan en vivir el Evangelio hasta sus últimas consecuencias, cualquiera que sea su situación en la vida, y siempre atentos al Magisterio de la Iglesia. A muchos parecía eso una herejía (aunque hubiese bastado recordar la *Introducción a*

Perfil de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. OPUS DEI: UN VIRAJE EN LA ESPIRITUALIDAD

por el Cardenal Sebastiano Baggio, Prefecto de la S. Congregación para los Obispos

Questo non va, figli miei! Un atteggiamento del genere sarebbe clericalismo, cattolicesimo ufficiale" o come volete chiamarlo. In ogni caso vuol dire violare la natura delle cose».

Questa passione per la libertà che agorava in lui da un inserimento vitale nell'unità organica del Corpo mistico di Cristo, la Chiesa, e si proiettava sulla maturità dei laici formati alla sua scuola è una eredità ricca e feconda che il fondatore dell'Opus Dei amida ai soci ma anche a tutti i cristiani consapevoli perché dia vita ad un legittimo e provvido pluralismo quale l'ha auspicato il Concilio Ecumenico. Ai soci egli scriveva: «Dovete diffondere dappertutto una vera "mentalità ascetica", che deve condurre a tre conclusioni: 1) ad essere sufficientemente onesti per adossarsi personalmente i pesi delle proprie responsabilità; 2) ad essere sufficientemente cristiani per rispettare i fratelli nella fede che propongono — nelle materie opinabili — soluzioni diverse da quelle che sostiene ciascuno di noi; 3) e ad essere sufficientemente cattolici per non servirsi della Chiesa nostra madre, immischiolandola in partigianerie umane».

Questa consegna spiega come i figli e alunni spirituali di monsignor Escrivá de Balaguer riescano ad essere umili e solidali negli ideali di santità e di apostolato, pur adottando le più diverse opinioni in campo politico e ideologico; manifestando cioè un vasto pluralismo di scelte umane. Il segreto è che, come dice il fondatore, nelle cose temporali «sono d'accordo nel non essere d'accordo», trovando l'intesa solo nella comune fede cristiana e nell'impegno di santità nel mondo.

Il valore cristiano

Il secondo concetto — il valore cristiano della vita ordinaria — viene così espresso nell'omelia programmatica del '67: «A quegli universalisti e a quegli operai che mi seguivano verso gli anni Trenta (osserviamo qui che ne mancavano altrettanti e più alla costituzione pastorale "Gaudium et Spes"), io soleva dire che dovevano "materializzare" la vita spirituale. Volevo allontanarli in questo modo dalla tentazione — così frequente allora e anche oggi — di condurre una specie di doppia vita: da una parte, la vita interiore, la vita di relazione con Dio; dall'altra, come una cosa diversa e separata, la vita familiare, professionale e sociale, fatta tutta di piccole realtà terrene. No, figli miei! Non ci può essere una doppia vita, non possiamo essere come dagli schizofrenici, se vogliamo essere cristiani: vi è una sola vita, fatta di carne e di spirito, ed è questa che deve essere — nell'anima e nel corpo — santa e piena di Dio: questo Dio invisibile, lo troviamo nelle cose più visibili e materiali».

I colloqui spirituali

E ancora, in un altro dei colloqui spirituali del fondatore coi soci dell'Opus Dei, un'omelia che porta per titolo «Verso la santità»: «Quando la fede vibra nell'anima, ci si accorge che i passi del cristiano non si allontanano dalla vita normale e quotidiana di ogni uomo. E che la santità grande, che Dio ci richiede, è racchiusa nelle piccole cose di ogni giorno, qui ed ora. Mi piace parlare di vita, di cammino, perché siamo in viaggio, diretti alla casa del Cielo, alla nostra Patria. Ma sappiate che una via, benché possa presentare alcuni tratti di particolare difficoltà, benché ci faccia guardare un fiume ogni tanto o attraversare un piccolo bosco quasi impenetrabile, più sovente è qualcosa di comune, senza sorprese. Il pericolo è allora l'abitudine, il pensare che nelle cose consuete, di ogni istante, Dio non c'è, perché sono così semplici, tanto "ordinarie"!».

bajo profesional, a las ocupaciones cotidianas de los cristianos que viven en medio del mundo. El trabajo, en la enseñanza del Fundador del Opus Dei, es la materia prima que hay que santificar, el instrumento de la santificación propia y de la santificación de los demás. Así la vida del cristiano no se hace con idealismos descarnados, sino que es un esfuerzo concreto de colaboración en la construcción de una sociedad más justa, un esfuerzo que ennoblece todas las actividades humanas, desde las más vistosas a las más humildes e inadvertidas. Después de haber citado párrafos de las epístolas de San Pablo («Todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios»; «Ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios»), Mons. Escrivá decía: «Esta doctrina de la Sagrada Escritura, que se encuentra —como sabéis— en el núcleo mismo del espíritu del Opus Dei, os ha de llevar a realizar vuestro trabajo con perfección, a amar a Dios y a los hombres al poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese algo divino que en los detalles se encierra».

En otra de las conversaciones espirituales del Fundador con los socios del Opus Dei, una homilía que lleva por título *Hacia la santidad*, escribe: «Cuando la fe vibra en el alma, se descubre, en cambio, que los pasos del cristiano no se separan de la misma vida humana corriente y habitual. Y que esta santidad grande, que Dios nos reclama, se encierra aquí y ahora, en las cosas pequeñas de cada jornada».

«Me gusta hablar de camino, porque somos viajeros, nos dirigimos a la casa del Cielo, a nuestra Patria. Pero mirad que un camino, aunque puede presentar trechos de especiales dificultades, aunque nos haga vadear alguna vez un río o cruzar un pequeño bosque casi impenetrable, habitualmente es algo corriente, sin sorpresas. El peligro es la rutina: imaginar que en esto, en lo de cada instante, no está Dios, porque ¡es tan sencillo, tan ordinario!».

Santa Cruz y Opus Dei

¿Quiénes son por tanto los socios del Opus Dei, esos que encarnan este mensaje nuevo —y sin embargo tan sencillo y natural— de la santificación del trabajo ordinario? Encontramos la respuesta en otra homilía: «Quiénes han seguido a Jesucristo —conmigo, pobre pecador— son: un pe-

queño tanto por ciento de sacerdotes, que antes han ejercido una profesión o un oficio laical; un gran número de sacerdotes seculares de muchas diócesis del mundo...; y la gran muchedumbre formada por hombres y por mujeres —de diversas naciones, de diversas lenguas, de diversas razas— que viven de su trabajo profesional, casados la mayor parte, solteros muchos otros, que participen con sus conciudadanos en la grave tarea de hacer más humana y más justa la sociedad temporal; en la noble lid de los afanes diarios, con personal responsabilidad —repito—, experimentando con los demás hombres, codo con codo, éxitos y fracasos, tratando de cumplir sus deberes y de ejercitar sus derechos sociales y cívicos. Y todo con naturalidad, como cualquier cristiano consciente, sin mentalidad de selectos, fundidos en la masa de sus colegas, mientras procuran detectar los brillos divinos que reverberan en las realidades más vulgares».

Entre tantos millares de personas que han seguido el ejemplo y la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer, dos están en camino de ser elevados a los altares: se trata de un ingeniero argentino, Isidoro Zorzano, y de una joven española, Montserrat Grases, de los cuales se me ha dicho que se encuentra en fase avanzada el proceso de beatificación.

El sacerdote que les ha abierto el camino de la santidad, está ahora junto a ellos, y los testimonios que de todas partes del mundo y de personas de toda condición han acompañado su piadoso tránsito de esta vida, hacen pensar, también para él, en el día en que será oficialmente declarada la ejemplaridad para toda la Iglesia de su luminoso *Camino* sobre la tierra.

El quiso que este camino trazado para sus hijos espirituales, en una síntesis fascinante, sin fracturas y sin diafragmas, de lo que es ser hombre y de lo que es ser cristiano, se titulase «de la Santa Cruz y del Opus Dei». «El Señor —confiaba a los suyos en una de las homilías que he citado— se nos manifiesta cada vez más exigente, nos pide reparación y penitencia, hasta empujarnos a experimentar el ferviente anhelo de querer vivir para Dios, clavado en la cruz juntamente con Cristo».

En medio de dificultades, de contradicciones, de incomprendiones y de hostilidades, era este ferviente anhelo lo que alimentaba la contagiosa serenidad y el inquebrantable optimismo de Monseñor Escrivá de Balaguer.

Sentida en el mundo muerte de Mons. Escrivá de Balaguer

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, fundador y presidente general del Opus Dei, falleció de un ataque cardíaco, después de dedicar su vida al servicio de Dios, de la iglesia y de las almas. Sus restos están siendo velados en la sede central del Opus Dei en Roma, donde residía desde 1946, donde miles de fieles están llegando a tributarle un homenaje de reconocimiento a quien se dedicó a hacer el bien.

Se definía monseñor Escrivá de Balaguer a sí mismo como un sacerdote que hablaba única y exclusivamente de Dios, destacando en su personalidad su alegría y amor por la libertad.

Desde que fundó el Opus Dei el 2 de octubre de 1928, su predicación constante fue «que la santidad no es cosa para privilegiados: que a todos nos llama el Señor, que de todos espera amor; de todos estén donde estén; de todos, repetía cualquiera que sea su estado, su profesión u oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencias, puede ser medio de santidad».

El Opus Dei, debido a sus fines exclusivamente espirituales ha abierto un amplio surco en la vida de la iglesia y miles de cristianos y no cristianos han recibido la influencia de una espiritualidad llena de amor y de comprensión por todos los hombres.

Actualmente se ha extendido por los cinco continentes perteneciendo al Opus Dei, personas de 80 nacionalidades de las más variadas condiciones, tanto campesinos como obreros, estudiantes e intelectuales, hombres y mujeres, casados, solteros o viudos.

Monseñor Escrivá de Balaguer escribió un libro *Camino* que ha sido publicado en 30 idiomas con una tirada global de dos millones y medio de ejemplares.

En febrero de este año, antes de emprender un viaje de catequesis por Venezuela y Centroamérica, comentó: «Como sacerdote mi obligación es hablar sólo de Dios y he podido comprobar que en América, como en tantos otros sitios, los cristianos agradecen estas ocasiones de oír una vez más la palabra de Cristo. Como sacerdote he ido a enseñar; como cristiano, voy a aprender con ellos y querer ser cada día más fiel a la llamada de Cristo. Una llamada que es hoy, especialmente, vocación a la fidelidad a Dios y a la comprensión entre todos los hombres, sin discriminación alguna».

Durante su visita a Guatemala, se enfermó y por ello se tuvieron que suspender algunas de las reuniones que se habían preparado con miles de centroamericanos que habían acudido a verle.

Cuando se marchó, miles de personas de Guatemala, llegaron a la terminal aérea a despedirlo y recibieron de lejos su bendición.



FALLECE. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás fundador del «Opus Dei», falleció de un infarto cardíaco en Roma. La noticia ha causado mucho pesar en los círculos religiosos y sociales del mundo, donde la obra de Mons. Escrivá es muy apreciada.

Semblanza

Monseñor José María Escrivá de Balaguer y Albás nació en Barbastro (España) en 1902, hijo de D. José Escrivá de Balaguer y Córzan y de doña María Dolores Albás y Blanco.

Era doctor en derecho por la universidad de Madrid y en Sagrada Teología por la Pontificia Universidad del Laterano (Roma); también doctor honoris causa en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza.

Ordenado sacerdote en 1925, comenzó su labor pastoral en parroquias rurales y más tarde la ejerció en las barriadas pobres de Madrid y entre estudiantes universitarios. Fue superior del seminario de San Carlos de Zaragoza, profesor de Filosofía y Ética Profesional en la Escuela de Periodismo de Madrid, profesor de Derecho Romano en Zaragoza y en Madrid. Fue consultor de la Comisión Pontificia para la Interpretación Auténtica del

Código de Derecho Canónico y de la S. Congregación de Seminarios y Universidades.

Monseñor Escrivá de Balaguer era prelado de honor de Su Santidad y Gran Canciller de las Universidades de Navarra (España) y de Piura (Perú). Fue también miembro de la Pontificia Academia Romana de Teología.

El 2 de octubre de 1928, tres años después de su ordenación

y residiendo ya en Madrid, monseñor Escrivá de Balaguer fundó el Opus Dei. Desde entonces su vida coincide con la historia y el desarrollo de esa Asociación. Monseñor Escrivá de Balaguer reside desde 1946 en Roma, como presidente general del Opus Dei.

Monseñor Escrivá de Balaguer

Es impresionante la magnitud del duelo que ha producido, en la Iglesia entera y aun entre muchos no católicos, la muerte de Mons. Escrivá de Balaguer, el Fundador del Opus Dei. Desde el Papa hasta los más humildes fieles de rincones remotos del mundo son incontables los que han sentido este fallecimiento con un dolor entrañable y personal. Muchos de ellos han perdido al que auténticamente podían llamar su Padre, en la plenitud de la expresión: gentes de todas las razas y colores, de todos los estados y condiciones, que vieron por primera vez la luz del Evangelio, o se animaron a entregar su vida entera a Jesucristo, por la encendida palabra y la incansable labor apostólica de Mons. Escrivá, uno de los pioneros de la espiritualidad laical en nuestro siglo, y precursor de algunas entre las más renovadoras afirmaciones del último Concilio. Esas multitudes a la vez contristadas y alegres —lo primero, por haber perdido en la Tierra al ser más querido; lo segundo, por la certeza de tenerlo ya en los cielos—, esas multitudes que han llenado las iglesias de tantas latitudes del mundo, en la celebración de sus funerales, no acudían simplemente a una formalidad litúrgica; acudían, con la mayor intensidad del sufrimiento y del gozo, a ofrecer a Dios el rincón más íntimo de su corazón; la pena y la alegría del hijo que entrega a su padre en manos del Padre de los cielos.

Mons. Escrivá de Balaguer, por su tipo humano y por el sello divino de sus obras, pertenece a esa estirpe de grandes hombres de Dios, españoles por nacimiento y universales por vocación divina, que han sido fundadores de grandes y prolíficas familias en la historia de la Iglesia. No en vano, a propósito de su muerte, son los nombres de Teresa de Jesús e Ignacio de Loyola los que acuden espontáneamente a la pluma de los comentaristas en la prensa internacional. También el Fundador del Opus Dei era un contemplativo en acción, uno de esos hombres cuya insondable interioridad mística se vuelca en la actividad más extrovertida, en la tarea apostólica más eficaz. Este rasgo personal suyo ha quedado impreso, por designio de Dios, en la espiritualidad de su Obra: sus hijos contemplan todos a ser contemplativos en medio del mundo, a vivir una vida de oración ininterrumpida en medio de las tareas ordinarias de la jornada: el trabajo, la vida del hogar, la acción apostólica en todas las encrucijadas del mundo. La

predicación, la vida y la obra de Mons. Escrivá rompen los clásicos esquemas dualistas de "contemplación" y "acción": ambas cosas llegan a ser una sola, fundidas en la llama de la filiación divina y del amor sobrenatural. Para decirlo con su enérgica expresión: "trabajo porque contemplo, contemplo porque trabajo", en una indestructible unidad de vida que traslada la celda del contemplativo a la calle, a la fábrica, a la universidad, al taller, al hogar, según el estilo de los primeros cristianos, vigorosamente renovado en las estructuras y formas de vida del mundo actual.

Cuando Mons. Escrivá fundó el Opus Dei, por expresa voluntad divina, era un sacerdote de escasos veintiséis años, sin medios ni recursos humanos. Recordando el tiempo heroico de la fundación él mismo ha recordado que, frente a esa montaña de obstáculos y de inercias que se enfrentaban a su labor, no poseía otra cosa que "gracia de Dios y buen humor". Esta pareja de valores resume su personalidad. Es el rasgo que, de entrada, impresiona más a cuantos le conocieron: la conjunción de la gracia humana y la gracia divina, de los dones del Espíritu Santo con el ingenio más jocosos y sencillo. No mucho antes de morir él podía decir, aludiendo a las muchas tribulaciones con que el Señor probó su vida y su obra, que el resumen de su vida era "una gran carcajada". Es lo que pudieron verificar cuantos le conocieron a su paso por nuestro país, sorprendidos de esa prodigiosa facilidad con que, en su trato y conversación, saltaba de la tierra al cielo, de los más hondos y graves misterios de la fe al detalle humano más divertido, a la broma chispeante y generosa. Igualmente fácil y espontáneo era su tránsito desde el tono más enérgico de un carácter de aristas vigorosas, que parecía labrado en metal, hasta la salida más tierna y emotiva, en la que afloraba una cordialidad universal, abierta, como brotada de la hondura misma del corazón de Cristo.

La gran aportación de Mons. Escrivá de Balaguer a la espiritualidad laical de nuestros días puede parecer obvia una vez que ha sido formulada, y que ha entrado ya a formar parte del patrimonio espiritual de nuestro tiempo; pero lo era todo menos obvia en el comienzo de su predicación, allá por el año 28, y aún en nuestros días ese riquísimo germen está abierto todavía a múltiples desarrollos. La idea central es ésta: que la plenitud de la vida cristiana —la



...Edificó su obra de tal modo que él pudiera faltar sin problema.

"santidad"— es posible y necesaria en todos los estados y condiciones de la vida temporal del hombre sobre la Tierra; que todas las situaciones de la vida ordinaria de cada día son materia santificable, ocasión para una entrega sin límites al amor de Dios y para un ejercicio activo del apostolado en todos los ambientes donde se mueve nuestra vida diaria. Entonces el trabajo profesional, el matrimonio, la vida del hogar, la actuación pública en la sociedad civil, adquieren el auténtico rango de vocación divina y camino de santificación propia y ajena: "se han abierto los caminos divinos de la Tierra". Estas intuiciones van cristalizando hoy en una nueva y más comprensiva "teología de las realidades temporales"; pero mucho antes de su formulación teológica fueron vida vivida, espontáneo fenómeno pastoral, existencia en acto primero, semilla viva de renovación en todos aquellos que, desde hace casi medio siglo, se reunieron en torno a Mons. Escrivá para encarnar en su vida este sencillo y fascinante ideal: fecundarlo todo —trabajo y descanso, penas y alegrías, vicisitudes del diario vivir— con la fuerza arrolladora de la oración y de los sacramentos, aportando así una tremenda energía sobrenatural a los esfuerzos del hombre por construir un mundo mejor, a la manera de una inyección intravenosa de vida divina en el torrente circulatorio de la sociedad.

José Miguel Ibáñez Langlois.

Más de alguien me ha preguntado si, ausente ya Mons. Escrivá de Balaguer, el Opus Dei podrá continuar su expansión por el mundo con la misma solidez y velocidad que le imprimió la vigorosa personalidad de su Fundador. Podrá, con la gracia de Dios; y la mejor garantía de esa continuidad es el fundamento sobre el que se apoya. Mons. Escrivá edificó su obra de tal modo que él pudiera faltar sin problemas; abominó siempre del gobierno personal. Los que por vocación divina hemos seguido este camino, tenemos de él una inspiración ya permanente para seguir esparciendo, por los cinco continentes, esta semilla de Dios. El Opus Dei se ha expandido por toda la Tierra con una velocidad inusitada en la historia de la Iglesia; con la fuerza de las cosas divinas. Una vez cerrada la etapa fundacional, gentes de más de ochenta países, de todas las razas, latitudes y condiciones se aprestan a una fidelidad incondicional al espíritu del Fundador, y viendo su Obra proyectada en los siglos se preparan con un fervor renovado a continuar su empresa al servicio de la Iglesia Santa y de las almas todas. El ejemplo personal de Mons. Escrivá se junta ahora a su nueva labor —su intercesión en los cielos— para que nuestra pobre voluntad humana y nuestra miseria personal no sean obstáculo en el cumplimiento de este mandato imperativo de Jesucristo.

EN monseñor Escrivá de Balaguer había sencillez. Su palabra tenía la llaneza expresiva, correcta, y el acento de su tierra aragonesa. Sus escritos son prosa limpia, sencilla, precisa. Eran claras las ideas, que constantemente repetía, sobre el valor de las cosas que constituyen la vida ordinaria: el trabajo profesional, la vida de familia, las pequeñas cosas de todos los días. Intelectuales y obreros, hombres del campo, chicas y chicos universitarios, amas de casa, empleadas del hogar —la multitud de socios del Opus Dei, de condiciones sociales y profesionales diferentes— le entendían igual y hacían de su palabra —la misma para todos— vida personal: cada uno desde su situación concreta.

Había sencillez en su trato (sin formalismos y sin familiaridades), con la cordialidad honda, delicada, de una familia cristiana. También había sencillez en su gesto y además elegante, que expresaban alegría, paz interior, y en la gravedad que irradiaba su persona y producía en todos inmenso respeto.

Monseñor Escrivá de Balaguer fue sólo sacerdote. Nada más que esto: sacerdote de Jesucristo —solía decir él—. En su palabra y en su vida sólo había lo que es propio del sacerdocio ministerial. Hablaba constantemente de los Sacramentos: de la misa, centro de la vida espiritual; de amor a la confesión sacramental; del bautismo, que ha de ser administrado muy pronto, como aconseja la Iglesia —sin retardos, que son atentados contra la justicia y contra la caridad—; de la santidad del matrimonio; de la veneración y amor al sacerdote, quienquiera que sea. En sus palabras y en sus escritos había continuas referencias a pasajes evangélicos; con ellos solía comenzar sus homilias y sus meditaciones; de ellos están llenos sus escritos. Y siempre, muy en primer término, estaba la Virgen Santa María.

Aquella palabra suya viva, fluida, llena de riqueza expresiva, adquiría acentos de firmeza especial si alguien hacía en su presencia alguna alusión a cuestiones temporales —las que Dios deja a las disputas de los hombres—. ¡Sois libérrimos!, repetía incansablemente a sus hijos del Opus Dei desde 1928. A cada uno de vosotros —decía y escribía— corresponde decidir libremente —con plena responsabilidad personal— sobre todas las cuestiones temporales que constituyen vuestra vida: profesionales, económicas, políticas, familiares... El Opus Dei está sólo para dar a sus socios y a todas las personas que lo deseen, los medios espirituales para vivir como buenos cristianos —con la libertad de hijos de Dios— en todos los ambientes y en todas las profesiones.

Nada que pudiera significar opción u opinión en cosas temporales salió de sus labios.

Es difícil comprender la personalidad y la vida, las palabras, de monseñor Escrivá de Balaguer con sólo criterios humanos, temporales. Contemplaba y valoraba todas las cosas de este mundo con visión sobrenatural —como la Iglesia ha enseñado siempre y aconseja—. Por eso veía en lo temporal tanta grandeza —decía que amaba apasionadamente el mundo—; hasta la cosa más insignificante, escondida, hecha con amor, de cara a Dios, adquiría a sus ojos dimensiones enormes. Y esa visión sobrenatural del mundo y de la vida es característica esencial del Opus Dei. «Almas contemplativas en medio del mundo» era una frase suya, constantemente repetida. Insistía siempre en la oración: en dedicar un tiempo a Dios en oración. Pero, además, para un alma contemplativa —decía— el trabajo, las contrariedades y las alegrías: todos los minutos del día, hasta el descanso, son oración.

Por eso, lo mejor, lo esencial, del Opus

JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER Y ALBAS, SACERDOTE DE JESUCRISTO



"En sus palabras y en sus escritos había continuas referencias a pasajes evangélicos; con ellos solía comenzar sus homilias y sus meditaciones; de ellos están llenos sus escritos."

Dei, no es visible: está en ese mundo intangible, impenetrable, de las relaciones de cada persona con Dios; aunque en esas relaciones estén, por medio, las cosas de este mundo.

Siempre subrayó la radical diferencia del Opus Dei con el estado religioso, pero tenía especial predilección por las religiosas y los religiosos de vida contemplativa. Comunidades, en diferentes países y ciudades, le llamaban cuando sabían que pasaba. En ocasiones acudía a hablarles de vida espiritual, a rezar con ellos por la Iglesia y por el Papa. Pero decía que su vocación estaba en el mundo, en medio de la calle.

Y allí, en medio de la calle —donde siempre estuvo— fue sólo sacerdote: sacerdote de Jesucristo.

Siempre habló para todo el mudo, para todo el que quiso escucharle: en cátedras, con las puertas abiertas, de nar en par; y hasta al aire libre (como en 1967, bajo el cielo de Navarra, en el campus universitario, ante cuarenta mil personas). Con sus frases claras, su palabra sencilla, encendida.

Desde los primeros tiempos, siempre que alguien le ha preguntado por la doctrina del Opus Dei ha respondido —con la sencillez y la verdad de la humildad— que el Opus Dei no tiene más doctrina que la de la Iglesia; por eso «es viejo como el Evangelio y como el Evangelio, nuevo». También decía que él era solamente instrumento torpe de la Obra de Dios.

En estos últimos años, como si hubiera querido despedirse de innumerables hijos suyos de países alejados, que no le conocían,

recibió a muchos, en distintas partes de Europa y de América. Gentes de diferentes profesiones y ambientes sociales, razas y lenguas, acudían con expectación emocionada, a ver y a escuchar al Padre. En esas reuniones (con intervenciones espontáneas) a pesar de ser numerosas había ambiente familiar, casi de confidencia, con delicado respeto a la intimidad de la persona.

Aunque hablara a una gran concurrencia, siempre la persona estaba en primer plano —cada persona concreta, única insustituible—. Decía que, en lo espiritual, cada criatura requiere una asistencia concreta, personal; que ¡no pueden tratarse las almas en masa!

Sus valores humanos han ejercido una atracción indecible en mucha gente. También muchos, incluso acatólicos, se han sentido atraídos por los valores, incluso la belleza, en el plano estrictamente humano, de la Obra; y la están ayudando de formas importantes, muy diversas.

El mensaje del Opus Dei —de carácter muy interior, pero que afecta a todos los aspectos de la vida: buscar la santificación personal en el trabajo diario— se ha propagado por el mundo, ha traspasado fronteras, sistemas políticos, lenguas, razas, culturas...

Sería difícil encontrar, en la época nuestra, alguien con influjo tan universal y tan profundo en la vida personal de tanta gente —con reflejo en todas las actividades humanas— como el de este sacerdote de Jesucristo, que nació en el Alto Aragón, en los comienzos del siglo, y ha muerto ahora en Roma.

Enrique GUTIERREZ RIOS

Mons. Josemaria Escrivá de Balaguer testimone di vita cristiana

Ieri, giovedì, amorosamente assistito dai suoi figli, è morto nel suo domicilio romano Monsignor Josemaria Escrivá de Balaguer, Fondatore e Presidente Generale dell'Opus Dei, dopo aver ricevuto gli ultimi sacramenti da Don Alvaro del Portillo, Segretario Generale dell'Associazione, che gli ha anche comunicato la benedizione di Sua Santità.

Monsignor Escrivá de Balaguer era nato il 9 gennaio 1902 a Barbastro, Spagna. Il 2 ottobre 1928 fondò l'Opus Dei, associazione oggi diffusa in tutto il mondo, alla quale appartengono circa 60.000 soci, sacerdoti e laici, di 80 nazionalità.

Il 28 marzo scorso, si erano compiuti 50 anni della sua ordinazione sacerdotale. Nell'avvicinarsi di questa occasione, così scriveva in una lettera diretta ai suoi figli: «Non voglio alcuna solennità speciale, perché desidero trascorrere questa ricorrenza giubilare secondo la norma abituale della mia condotta: il mio compito è nascondersi e sparire, perché risplenda solamente Gesù».

Ora, quasi tre mesi dopo, il 26 giugno, è arrivato il suo *dies natalis*, il giorno della nascita, come lo festeggiavano i primi cristiani, con i quali Mons. Escrivá de Balaguer manteneva, al di sopra della distanza di tempo, una vicinanza di spirito e di propositi.

Nel 1934, in una pagina di *Consideraciones Espirituales*, prima versione di *Camino*, si legge: «Non aver paura della morte. Accettila, fin d'ora, generosamente... quando Dio verrà... come Dio vorrà... dove Dio vorrà...». Essa verrà — non dubitare — nel tempo, nel luogo e nel modo più opportuni... inviata da Dio tuo Padre. Sia benvenuta nostra sorella morte!». Aveva chiesto al Signore di andarsene «senza dare disturbo» a quelli che gli stavano accanto. E il Signore ha ascoltato la sua preghiera. E' partito umilmente, silenziosamente, come aveva sempre desiderato di vivere. «Che risplenda solamente Gesù». Era l'aspirazione di Giovanni Battista: «Conviene che Lui cresca ed io diminuisca». Può essere forse difficile capire questo modo di intendere la vita, ma è questa la difficile semplicità del Vangelo. Non è un incitamento a disertare il mondo, a voltare le spalle alle preoccupazioni umane; ma a centrare la vita nella cosa più importante: fare tutto per amore di Dio, al servizio degli uomini.

Nel 1967, più di 40.000 persone ascoltarono una omelia di Monsignor Escrivá de Balaguer, con queste parole che sono come un riassunto della spiritualità dell'Opus Dei: «Non possiamo essere come degli schizofrenici, se vogliamo essere cristiani; vi è una sola vita, fatta di carne e di spirito, ed è questa che deve essere — nell'anima e nel corpo — santa e piena di Dio: questo Dio invisibile, lo troviamo nelle cose più visibili e materiali». E continuava: «Il cielo e la terra, figli miei, sembra che si uniscano laggiù, sulla linea dell'orizzonte... ed invece no, è nei vo-



stri cuori che si fondono davvero, quando vivete santamente la vita ordinaria». Perché «quando un cristiano disimpegna con amore le azioni giornaliere di minor rilevanza, esse traboccano della trascendenza di Dio».

Tutto l'apostolato di Monsignor Escrivá de Balaguer, che lui ha chiamato «una gran catechesi», era mettere il cristiano a tu per tu con Cristo. «Cristo che passa! Cristo che continua a passare per le strade e le piazze del mondo, per mezzo dei suoi discepoli, i cristiani».

Testimone della vita di Dio in mezzo al mondo. Un testimone amabile, cordiale, con un'allegria contagiosa. Spiccato cultore della teologia e del diritto, ma ancor di più esperto conoscitore del cuore umano e sollecito pastore di anime. A braccia sempre aperte, imitando Cristo, per accogliere tutti, con comprensione ed affetto, senza discriminazione alcuna, senza pregiudizi né preclusioni di sorta.

Quando un giornalista del *Time* gli chiese come spiegava «l'enorme successo dell'Opus Dei», rispose: «Quando un'impresa è soprannaturale, importano poco il successo o l'insuccesso, così come sogliono intendersi ordinariamente. Già diceva San Paolo ai cristiani di Corinto, che nella vita spirituale quello che interessa non è il giudizio degli altri, né il nostro proprio giudizio, ma quello di Dio». E quando qualcuno insisteva per ringraziarlo della sua enorme capacità di fare il bene, egli rispondeva sorridendo: «Prega, affinché io sappia essere buono e fedele». Era questa una delle tante manifestazioni del suo costante impegno a non desiderare alcun tipo di ricompensa o gloria umana.

«Grazie, Dio mio, per l'amore al Papa che hai messo nel mio cuore», scrisse nei primi anni del suo ministero sacerdotale. E ripeteva spesso che offriva la sua vita per la Chiesa e per il Papa.

GIUSEPPE MOLTENI

MONSEÑOR JOSEMARIA ESCRIVÁ DE BALAGUER TESTIMONIO DE VIDA CRISTIANA

por Giuseppe Molteni

Ayer, jueves, amorosamente asistido por sus hijos, ha muerto en su domicilio romano, Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador y Presidente General del Opus Dei, después de haber recibido los últimos sacramentos de manos de don Alvaro del Portillo, Secretario General de la Asociación, que le ha comunicado también la bendición de Su Santidad.

Monseñor Escrivá de Balaguer nació el 9 de enero de 1902, en Barbastro, España. El 2 de octubre de 1928, fundó el Opus Dei, Asociación difundida hoy en todo el mundo, a la que pertenecen unos 60.000 socios, sacerdotes y laicos de ochenta países.

El 28 de marzo pasado, se cumplieron los cincuenta años de su ordenación sacerdotal. Al acercarse esta ocasión, escribía en una carta dirigida a sus hijos: «No quiero que se prepare ninguna solemnidad, porque deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca».

Ahora, casi tres meses después, el 26 de junio, ha llegado su *dies natalis*, el día de su nacimiento, como lo celebraban los primeros cristianos, con los que Monseñor Escrivá de Balaguer mantenía, por encima de la distancia del tiempo, una cercanía de espíritu y de propósito.

En el año 1934, en una página de *Consideraciones Espirituales*, primera versión de *Camino*, se lee: «No tengas miedo a la muerte. —Acéptala, desde ahora, generosamente..., cuando Dios quiera..., como Dios quiera..., donde Dios quiera. —No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más convenga..., enviada por tu Padre-Dios. — ¡Bienvenida sea nuestra hermana la muerte! — Había pedido al Señor irse sin *dar la lata* a los que estaban a su lado. El Señor ha escuchado su oración. Ha partido humildemente, silenciosamente, como siempre había deseado vivir, «que sólo Jesús se luzca». Era la aspiración de Juan el Bautista: «Conviene que El crezca y que yo disminuya». Puede ser quizá difícil comprender este modo de entender la vida, pero es ésta la difícil sencillez del Evangelio. No es una incitación a desertar del mundo, a volver la espalda a las preocupaciones humanas; sino a centrar la vida en la cosa más importante: hacerlo todo por amor de Dios al servicio de los hombres.

En el año 1967, más de 40.000 personas escucha-

ron una homilía de Monseñor Escrivá de Balaguer con estas palabras que son como un resumen de la espiritualidad del Opus Dei:

«No podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales». Y continuaba: «En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...». Porque «cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios».

Todo el apostolado de Monseñor Escrivá de Balaguer, que él ha llamado *una gran catequesis* era poner al cristiano cara a cara con Cristo: «¡Siempre, Cristo que pasa! Cristo, que sigue pasando por las calles y por las plazas del mundo, a través de sus discípulos, los cristianos».

Testigo de la vida de Dios en medio del mundo. Un testigo amable, cordial, con una alegría contagiosa, destacado cultivador de la Teología y del Derecho, pero todavía más experto conocedor del corazón humano y solícito pastor de almas. Con los brazos siempre abiertos, imitando a Cristo, para acoger a todos, con comprensión y afecto, sin discriminación alguna, sin prejuicios, ni exclusiones de parte.

Cuando un periodista del *Time*, le pidió cómo explicaba «el enorme éxito del Opus Dei», respondió: «Cuando una empresa es sobrenatural, importan poco el éxito o el fracaso, tal como suelen entenderse de ordinario. Ya decía San Pablo a los cristianos de Corinto, que en la vida espiritual lo que interesa no es el juicio de los demás, ni nuestro propio juicio, sino el de Dios». Y cuando alguien insistía para garadecerle su enorme capacidad e hacer el bien, respondía sonriendo: «reza, para que yo sepa ser bueno y fiel». Era esta una de tantas manifestaciones de su constante empeño en no desear o buscar ningún tipo de recompensa o gloria humana».

«Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón», escribió en los primeros años de su ministerio sacerdotal.

Y repetía a menudo que ofrecía su vida por la Iglesia y por el Papa.

MONSEÑOR ESCRIVÁ DE BALAGUER, UN APOSTOL DE LA FAMILIA CRISTIANA

Ha muerto silenciosa e inesperadamente en su residencia de Roma monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, cuyo quicio fundamental es la santidad en la vida ordinaria del mundo, en el trabajo y en la familia.

Entre dos fechas de este siglo XX, tan agitado y confuso, pero también lleno de acontecimientos que abren el pecho a la esperanza—9 de enero de 1902 y 26 de junio de 1975—, se cierran las etapas de una vida cuya fecundidad cristiana ha dejado un reguero de luz y de amor en millares de hombres y mujeres de nuestro tiempo.

El Opus Dei, que ha sido la obra a la que monseñor Escrivá de Balaguer dedicó lo mejor de sus afanes sacerdotales, a la muerte de su fundador, a quien sus miembros han venerado como padre, se extiende por los cinco continentes, abarcando más de 80 países y con cerca de 60.000 socios.

La historia de la Iglesia no podrá escribirse ya sin tener en cuenta la persona y la asociación fundada por monseñor Escrivá de Balaguer, en un día ya lejano del 2 de octubre de 1928.

VOCACION UNIVERSAL A LA SANTIDAD

El Concilio Vaticano II ha confirmado una de las ideas más características del fundador del Opus Dei: "la vocación universal a la santidad".

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, en una época en que ello era insólito en los ambientes católicos, enseñó que todos estamos llamados a la plenitud de la vida cristiana y supo infundir ese espíritu en todas las personas con quienes trataba: "Tienes obligación de santificarte. Tú también. ¿Quién piensa que esa es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos? A todos, sin excepción, dijo el Señor: "Sed perfectos, como mi Padre celestial es perfecto."

Fundado en esta perspectiva teológica, impulsó el apostolado laical en la vida ordinaria, un apostolado que arrancaba de la consagración bautismal—y no tanto de un mandato de la jerarquía—anticipándose también en esto al Concilio, que considera el apostolado de los laicos como una vocación fundada en el bautismo y en la confirmación.

El apostolado laical, en la concepción del fundador del Opus Dei, es el de esos hombres y mujeres corrientes que

ejercen cualquier profesión u oficio, que trabajan como los demás y no se distinguen de ellos por ningún signo exterior. Viven con naturalidad su vida cristiana, y la irradian a través de su testimonio y de su palabra entre sus compañeros de trabajo, entre sus amigos y en los círculos hasta donde llega su influencia, como un fermento que renueva la masa, como el alma que vivifica el cuerpo, según la bella metáfora que usa el Concilio citando la Epístola a Diogneto, uno de los documentos más primitivos del cristianismo.

LA SANTIDAD EN LA VIDA DE FAMILIA

En su predicación sobre el matrimonio, monseñor Escrivá de Balaguer empleó una imagen, recogida en su famoso libro "Camino", que fue interpretada por algunos con un sentido peyorativo: "El matrimonio es para la clase de tropa y no para el estado mayor de Cristo."

El propio monseñor Escrivá de Balaguer, en una entrevista al diario "Le Figaro", del 16 de mayo de 1966, explicaba cuál era su pensamiento en el punto 28 de "Camino":

"Le aconsejo leer el número anterior de "Camino", donde se dice que el matrimonio es una vocación divina. No era nada frecuente oír afirmaciones como esa en los alrededores de 1935. Sacar las consecuencias de las que usted habla es no entender mis palabras. Con esa metáfora quería recoger lo que ha enseñado siempre la Iglesia sobre la excelencia y el valor sobrenatural del celibato apostólico. Y recordar al mismo tiempo a todos los cristianos que, en palabras de San Pablo, deben sentirse "milites Christi", soldados de Cristo, miembros de ese pueblo de Dios que realiza en la tierra una lucha divina de comprensión, de santidad y de paz. Hay en todo el mundo muchos miles de matrimonios que pertenecen al Opus Dei, o que viven según su espíritu, sabiendo que un soldado puede ser condecorado en la misma batalla en la que el general huyó vergonzosamente."

De acuerdo con la doctrina de la Iglesia, puso siempre de relieve la mayor excelencia de la virginidad y el celibato apostólico. Pero siempre manifestó a la vez que el matrimonio es un camino de santidad, camino divino, grande, maravilloso, y que él, como sacerdote, lo vendecía con las dos manos:

"Al pensar en los hogares cristianos me gusta imaginarlos luminosos y alegres, como fue el de la Sagrada Familia."

"El matrimonio no es para un cristiano una simple institución social, ni mucho menos un remedio para las debilidades humanas: es una auténtica vocación sobrenatural. Sacramento grande en Cristo y en la Iglesia dice San Pablo (...), signo sagrado que santifica, acción de Jesús que invade el alma de los que se casan y les invita a seguirle, transformando toda la vida matrimonial en un andar divino en la tierra."

"Los casados están llamados a santificar su matrimonio y a santificarse en esa unión; cometerían por eso un grave error si edificaran su conducta espiritual a espaldas y al margen de su hogar."

Los padres de familia católicos tenemos que agradecer a monseñor Escrivá de Balaguer y a sus hijos, en estos momentos de revisión sistemática—y no siempre prudente y fiel—, de las enseñanzas de la Revelación y del Magisterio de la Iglesia sobre el matrimonio, la educación de la castidad, la paternidad responsable, sobre la indisolubilidad del vínculo, sobre la promoción de la mujer... la firmeza, la claridad, la fortaleza y la fidelidad con que han sabido exponer y difundir las verdades permanentes del Evangelio y la Iglesia, sobre la santidad matrimonial y la misión de la mujer en el hogar y la sociedad.

Me parecía obligado dar públicamente este testimonio de gratitud al fundador del Opus Dei, en mi condición de presidente de la Confederación Católica Nacional de Padres de Familia y de Padres de Alumnos, por esa luz que nos ha dado a los que, sin ninguna falsa modestia, nos consideramos miembros comunes del Pueblo de Dios, y tenemos la esperanza y la confianza en que, al cumplir cristianamente nuestras obligaciones familiares, podemos y debemos contribuir a la difusión de ese Reino de Cristo por el que trabajó, vivió y murió, el corazón tan sobrenatural y humano de monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, en una mañana del verano romano, muy cerca del Papa, al que tanto amó.

**Luis CORONEL
DE PALMA**

Presidente de la Confederación Católica Nacional de Padres de Familia.



RIVISTA
DIOCESANA
DI ROMA

UFFICIALE PER
GLI ATTI DEL
VICARIATO

ANNO XVI - N. 7-8

LUGLIO - AGOSTO 1975

DIRETTORE RESPONSABILE

ELIO VENIER

«Católico, Apostólico, Romano! Mi piace che tu sia molto romano, e che abbia desiderio di fare il tuo pellegrinaggio a Roma, 'vedere Petrum' per vedere Pietro» (Cammino, 520). Queste parole, scritte e ripetute innumerevoli volte ai suoi figli spirituali intorno agli inizi degli anni trenta, sono divenute espressione saliente di vita in mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fondatore e Presidente generale dell'Opus Dei, deceduto improvvisamente a Roma il 26 giugno scorso.

Altri tratti della singolare e forte personalità di questo sacerdote che di se stesso amava ripetere «sono un povero peccatore che ama Gesù Cristo».

Altri parlerà estesamente della sua vasta dottrina, del suo poderoso contributo alla vita e alla spiritualità della Chiesa del nostro tempo. In questa sede preme però ricordare la sua romanità, il suo specialissimo amore a Roma ed al Papa. «Per me, dopo la Trinità Beatissima e la Vergine nostra Madre, nella gerarchia dell'amore c'è il Papa», ha lasciato scritto (1). «Ho avuto occasione di conoscere e trattare Pio XII, Giovanni XXIII e Paolo VI. In tutti

(1) Colloqui con Monsignor Escrivá de Balaguer, ARES Milano, 111 ed., luglio 1973, n. 40.

ho sempre trovato l'affetto di un padre» (2). «Non posso dimenticare che è stato Pio XII ad approvare l'Opus Dei in tempi in cui questo cammino di spiritualità sembrava a più di uno una 'eresia'. E nemmeno posso dimenticare che le prime parole di affetto e d'incoraggiamento che mi furono rivolte a Roma nel 1946 furono quelle dell'allora Mons. Montini. Ho anche impresso nel mio cuore il fascino della figura affabile e paterna di Giovanni XXIII, come mi è apparso ogni volta che ebbi occasione di fargli visita» (3). Questo spiega il suo ardente desiderio di farsi «romano» per vedere Pietro e di sentirsi «molto romano», anche se questa accentuazione di romanità poteva suonare sgradita o retorica alle orecchie di alcuni troppo preoccupati delle abusive e trionfalistiche interpretazioni che ne erano state date in certi ambienti civili ed ecclesiastici.

Perché mons. Escrivá de Balaguer tenne ad essere «molto romano»? Per quale ragione ha voluto con tutte le sue forze, come egli andava ripetendo ai suoi figli, «romanizzare» l'Opera da lui fondata? Senza dubbio per avere egli stesso e per dare alla nuova fondazione l'identico respiro che il Cristo ha voluto dare alla sua Chiesa e al suo Vicario insediandoli in Roma. Per il Fondatore dell'Opus Dei romanità è ad un tempo sinonimo di unità e di universalità, è manifestazione di amore e di ubbidienza al Papa, vescovo di Roma, è espressione di docilità e di servizio alla sede apostolica, è desiderio di immersione nello spirito della prima cristianità e della chiesa dei martiri che a Roma hanno dato il maggior contributo alla salvezza e all'incremento della fedeltà alla Sposa di Cristo e al Primato di Pietro.

Per mons. Escrivá de Balaguer nella fede cattolica circa il Primato e la infallibilità del Romano Pontefice riposa l'edificio della Chiesa intera, contro la quale nulla possono le forze del demonio e della morte. Per questo, raccomandava il Padre ai suoi figli in un incontro del 1969, la confusione che a volte regna in alcuni ambienti non deve trarli, «ma al contrario spingerli ad essere ogni giorno più fedeli, per essere più efficaci; ad amare ogni volta di più la Chiesa e il suo Capo visibile. *Ubi Petrus, ibi Ecclesia, ibi Deus*... Pregate molto per il Papa. Amatelo molto! Quando voi siete vecchi ed io abbia già dato cotto a Dio, voi direte ai vostri fratelli come il Padre amava il Papa con tutta la sua anima, con tutte le sue forze».

E pregava e faceva pregare tutti i giorni in tutti i centri dell'Opus Dei di Roma e di tutto il mondo — più di due mila — e per la persona e le intenzioni del Romano Pontefice.

Nei primi tempi del suo trasferimento a Roma — correva l'anno 1946 — quando risiedeva in un piccolo appartamento prospiciente la piazza Città Leonina vicino a San Pietro, la preghiera del Fondatore dell'Opus Dei per il Papa

(2) *Ibidem*, 32.
(3) *Ibidem*, 46.

UN SACERDOTE ESPAÑOL "MUY ROMANO"

por Francesco Angelicchio

Unido siempre a Roma

Católico, Apostólico, ¡Romano! —Me gusta que seas muy romano. Y que tengas deseos de hacer tu "romería", 'vedere Petrum', para ver a Pedro» (Camino, 520). Estas palabras, escritas y repetidas ininidad de veces a sus hijos espirituales, en los comienzos de los años treinta, se convirtieron en una expresión clave en la vida de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador y Presidente General del Opus Dei, fallecido inesperadamente en Roma el pasado 26 de junio.

Algunos tratarán de la singular y recia personalidad de este sacerdote, que solía decir de sí mismo: «soy un pobre pecador que ama a Jesu-cristo».

si protruye fino a tarda noche, en gineceo, presso una delle finestre dalle quali si potevano scorgere le luci accese del palazzo apostolico. Era un modo di essere ancor più vicino al Papa e di sostenerne il lavoro mediante una fervorosa orazione.

Gli piaceva andare spesso — in certi periodi per molti giorni consecutivi — a Piazza S. Pietro per recitare il Credo e l'orazione « pro pontifice ». Arrivando alle parole « credo la Chiesa una santa cattolica apostolica », soleva ripeterle per tre volte di seguito come per mularle e stamparle a fuoco nella mente e nel cuore anche delle persone che lo accompagnavano.

All'esempio della preghiera aggiungeva quello delle opere, perché sapeva troppo bene, e aveva insegnato per anni, che « le opere sono amore, non i bei ragionamenti ». E così fece sorgere a Roma, centri internazionali di studio destinati rispettivamente alla sezione maschile ed alla sezione femminile dell'Opus Dei. In questi centri affluiscono soci di ogni parte del mondo per compiere studi superiori nelle diverse discipline sacre e profane e soprattutto per attingere nel cuore stesso della cattolicità quello spirito di unità e di universalità ecclesiale che potranno poi irradiare con efficacia nel mondo intero una volta terminati i loro studi.

Parimenti presero avvio molte iniziative di carattere formativo, culturale, apostolico, messe direttamente al servizio della diocesi di Roma e delle quali è stata già offerta sufficiente documentazione in questa stessa rivista in quattro numeri consecutivi del 1971. Ricorderemo tra le più rilevanti dal punto di vista sociale, pastorale e apostolico: le due residenze universitarie maschili (all'EUR) e femminili (ai Prati), il Centro internazionale della gioventù lavoratrice (Elia), la Parrocchia di San Giovanni Battista al Collatino e il Centro Romano Incontri sacerdotali (CRIS). Pur non disdegnando di promuovere queste iniziative, mons. Escrivá de Balaguer teneva a ribadire che l'impegno fondamentale e caratteristico dei soci dell'Opus Dei rimane pur sempre quello della loro testimonianza e del loro impegno personale condotto « con cuore sacerdotale e con mentalità laicale ». Nel corso di una intervista all'Osservatore della Domenica nel maggio-giugno 1968, teneva a precisare che « i soci dell'Opus Dei non agiscono in gruppo ma individualmente, con libertà e responsabilità personali. L'Opus Dei non è quindi un'organizzazione chiusa o che comunque raggruppi i suoi soci per isolarli dagli altri uomini. Le attività apostoliche collettive proprie dell'Opus Dei — che sono le uniche che l'Opera dirige e delle quali si rende responsabile — sono aperte a ogni tipo di persona, senza discriminazioni di alcun genere, né sociale, né culturale, né religiosa. E i soci, proprio perché devono santificarsi nel mondo, collaborano sempre con tutte le persone con cui sono in contatto attraverso il lavoro e la partecipazione alla vita civile » (4). « Nell'ambito della vocazione specifica, che li induce a dedicarsi libe-

(4) *Ibidem*, 60.



Mons. Escrivá de Balaguer con la gente del quartiere tiburtino

ramente e responsabilmente alla ricerca della santità e all'esercizio dell'apostolato in mezzo al mondo, impegnandosi a incarnare una spiritualità determinata e a ricevere, per tutta la vita, una formazione peculiare » (5).

È proprio questo carattere peculiare della vocazione e dell'impegno personale dei soci che rende impossibile « contabilizzare » il contributo di preghiera, di testimonianza, di cooperazione alla vita della Chiesa che i soci dell'Opus Dei hanno dato e continuano a dare nella diocesi del Papa, e che nell'insieme supera certamente di gran lunga il pur apprezzabile e già quantificabile apporto delle opere apostoliche cui si è dianzi accennato.

Nel corso della stessa intervista, parlando del ruolo dei sacerdoti nei confronti dei laici mons. Escrivá de Balaguer così si esprimeva: « mi pare che a noi sacerdoti venga chiesta l'umiltà di imparare a non essere di moda ». Egli ha saputo essere esemplarmente coerente a questo criterio. In una Roma avida come Atene ai tempi di San Paolo di novità e di ambizioni, mons. Escrivá de

(5) *Ibidem*, 61.

Otros hablarán extensamente de su amplia doctrina, de su poderosa contribución a la vida y a la espiritualidad de la Iglesia en nuestro tiempo. En estas páginas es preciso recordar su romanidad, su especialísimo amor a Roma y al Papa. «Para mí, después de la Trinidad Santísima y de nuestra Madre la Virgen, en la jerarquía del amor, viene el Papa», ha dejado escrito. «He tenido ocasión de conocer y tratar a Pío XII, a Juan XXIII y a Paulo VI. En todos he encontrado siempre el cariño de un padre». «No puedo olvidar que fue S. S. Pío XII quien aprobó el Opus Dei, cuando este camino de espiritualidad parecía a más de uno una herejía; como tampoco se me olvida que las primeras palabras de cariño y afecto que recibí en Roma, en 1946, me las dijo el entonces Mons. Montini. Tengo también muy grabado el encanto afable y paterno de Juan XXIII, todas las veces que tuve ocasión de visitarle». Esto explica su ardiente deseo de hacerse «romero» para ver a Pedro y de ser «muy romano», aunque ese hincapié en la romanidad podía sonar molesto o retórico en los oídos de algunos, demasiado preocupados por las interpretaciones abusivas y triunfalistas que se habían dado en ciertos ambientes civiles y eclesiásticos.

¿Por qué quiso Mons. Escrivá de Balaguer ser «muy romano»? ¿Cuál ha sido la razón para que quisiera con todas sus fuerzas, como repetía a sus hijos, «romanizar la Obra que ha fundado»? Sin duda, para tener él mismo y para dar a la nueva fundación idéntico aire al que Cristo quiso dar a su Iglesia y a su Vicario estableciéndolo en Roma. Para el Fundador del Opus Dei, romanidad es sinónimo a la vez de unidad y de universalidad, es manifestación de amor y de obediencia al Papa, obispo de Roma, es expresión de docili-

dad y de servicio a la sede apostólica, es deseo de impregnarse en el espíritu de la primitiva cristianidad y de la Iglesia de los mártires que en Roma aportaron la mayor contribución a la salvación y al incremento de la fidelidad a la Esposa de Cristo y al Primado de Pedro.

Amar cada vez más a la Iglesia y al Papa

Para Mons. Escrivá de Balaguer, en la fe católica sobre el Primado y la infalibilidad del Romano Pontífice descansa el edificio de la Iglesia entera, contra la que no podrán nada los poderes del demonio y de la muerte. Por eso, recomendaba el Padre a sus hijos el año 1969, la confusión que a veces reina en algunos ambientes no debe entristecernos, «sino que nos debe animar a ser cada día más fieles, para ser más eficaces; a amar cada vez más a la Iglesia y a su Cabeza visible. *Ubi Petrus, ibi Ecclesia, ibi Deus*. Rezad mucho por el Papa. ¡Querredlo mucho! Cuando vosotros seáis viejos, y yo haya rendido cuentas a Dios, vosotros diréis a vuestros hermanos cómo el Padre amaba al Papa con toda su alma, con todas sus fuerzas».

Y rezaba y hacía rezar todos los días en todos los Centros del Opus Dei de Roma y del mundo entero —más de dos mil— «por la persona e intenciones del Romano Pontífice».

En los primeros tiempos de su llegada a Roma —corría el año 1946—, cuando vivía en un apartamento pequeño que daba a la plaza Città Leonina, junto a San Pedro, la oración del Fundador del Opus Dei por el Papa se alargaba hasta muy entrada la noche, de rodillas, junto a las ventanas desde las que se podían ver encendidas las luces del palacio apostólico. Era un modo de estar to-

Balaguer ha voluto essere un personaggio fuori di ogni giro, di ogni moda, di ogni notorietà. È riuscito evangelicamente a nascondersi per trent'anni di duro, inusuale e sacrificato servizio a Dio, alla Chiesa, all'Opera che la Provvidenza gli aveva affidata. È morto in silenzio, come in silenzio è vissuto, all'improvviso, « senza dare fastidio ad alcuno » come aveva chiesto al Signore che fosse la sua dipartita dal mondo.

Roma che ne custodisce i resti mortali sepolti nella Cripta dell'Oratorio di Santa Maria della Pace in Viale Bruno Buozzi 75, presso la sede centrale dell'Opus Dei, può gloriarsi di avere un figlio di elezione di più in Cielo, che continua a pregare per il suo Vescovo, per i suoi sacerdoti e per la missione di guida e di fermento spirituale nel mondo.

SAC. FRANCESCO ANGELICCHIO

In occasione della cristiana dipartita di Mons. Escrivá, il Cardinale Vicario aveva inviato a Don Alvaro del Portillo, dell'Opus Dei, la seguente lettera:

Roma, 27 giugno 1975

Caro don Alvaro,

siamo tutti addolorati per l'improvvisa morte del venerato Fondatore dell'OPUS DEI, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, avvenuta ieri nella Sua stanza di lavoro.

La Diocesi di Roma deve molto a tanti Fondatori di Istituti Religiosi Associazioni e attività apostoliche che dall'Urbe hanno preso sviluppo. Mons. Escrivá de Balaguer, personalità di una inestimabile ricchezza spirituale, si aggiunge a questa ammirabile serie di uomini di Dio.

Egli — che abitava a Roma dal 1946 — ci teneva ad essere molto romano e ha inculcato ai suoi figli e figlie, sparsi per il mondo, questo Suo amore per Roma, la Diocesi del Papa. Da quasi 30 anni, qui a Roma si sono formati, nei rispettivi Centri Internazionali, uomini e donne dell'Opus Dei di tutte le nazioni. Fra gli uomini, tutti professionisti provenienti da molti Paesi, più di un migliaio sono stati avviati al sacerdozio dallo stesso Fondatore dell'Associazione.

Roma deve a Mons. Escrivá anche alcune importanti opere di apostolato, al servizio diretto della nostra Diocesi. Come Vicario Generale del Santo Padre,

770 RIVISTA DIOCESANA DI ROMA

avía más cerca del Papa y de continuar el trabajo con una oración ferviente.

Le gustaba mucho —en algunas épocas durante muchos días seguidos— acercarse hasta la Plaza de San Pedro para rezar el Credo y la oración «pro Pontífice». Al llegar a las palabras «creo en la Iglesia, una, santa, católica, apostólica», las repetía tres veces seguidas, como para meditarlas y grabarlas a fuego en la cabeza y en el corazón incluso de las personas que le acompañaban.

Espíritu de unidad y de universalidad

Al ejemplo de la oración unía el de las obras, porque sabía muy bien, y lo había enseñado a lo largo de muchos años, que «obras son amores y no buenas razones». Y así, hizo que en Roma surgieran centros internacionales de estudio, destinados respectivamente a la Sección de varones y a la Sección de mujeres del Opus Dei. A estos centros acuden socios de todas las partes del mundo para realizar estudios superiores en diversas ciencias sagradas y profanas, y sobre todo para con seguir en el corazón mismo de la catolicidad el espíritu de unidad y de universalidad eclesial que después irradiarán con eficacia en el mundo entero, una vez terminados sus estudios.

Igualmente, se iniciaron muchas labores de carácter formativo, cultural, apostólico, puestas directamente al servicio de la diócesis de Roma, y de las que ya se ha dado abundante información en esta misma revista, en cuatro números consecutivos del año 1971. Entre las más relevantes desde el punto de vista social, pastoral y apostólico, recordaremos: dos residencias universitarias (masculina en el EUR y femenina en Prati), el Centro Internacional de la Juventud Obrera

recordando la figura del Fundador dell'Opus Dei, desidero esprimere la mia gratitudine per questo zelo Suo e dei suoi figli, che ha portato un fermento di vita apostolica nei più diversi ambienti della vita romana.

Unendomi al dolore dei suoi figli, assicuro da parte mia e anche da parte del Clero romano la preghiera per il Suo eterno riposo, nella gloria del Suo Signore.

Mi creda, con sensi di intima partecipazione al dolore di tutti i membri dell'Opus Dei,

Suo devoto

CARD. UGO POLETTI

Al Reverendo
Don Alvaro Del Portillo
Viale Bruno Buozzi, 75
Roma

RIVISTA DIOCESANA DI ROMA 771

(ELIS), la Parrocchia de San Juan Bautista al Collatino y el Centro Romano Incontri Sacerdotali (CRIS). Sin dejar de promover estas labores, Monseñor Escrivá de Balaguer insistía en que la labor fundamental y característica de los socios del Opus Dei es siempre la de su testimonio y la de su esfuerzo personal realizados «con alma sacerdotal y mentalidad laical». En una entrevista concedida a *L'Osservatore della Domenica*, en mayo-junio de 1968, precisaba que «los socios del Opus Dei no actúan en grupo, sino individualmente, con libertad y responsabilidad personales. No es por eso el Opus Dei una organización cerrada, o que de algún modo reúna a sus socios para aislarlos de los demás hombres. Las labores corporativas, que son las únicas que dirige la Obra, están abiertas a todo tipo de personas, sin discriminación de ninguna clase: ni social, ni cultural, ni religiosa. Y los socios, precisamente porque deben santificarse en el mundo, colaboran siempre con todas las personas, con las que están en relación por su trabajo y por su participación en la vida cívica». «Dentro de la llamada universal a la santidad, el socio del Opus Dei recibe además una llamada especial, para dedicarse libre y responsablemente, a buscar la santidad y hacer apostolado en medio del mundo, comprometéndose a vivir un espíritu específico y a recibir, a lo largo de toda su vida, una formación peculiar».

Aprender a no estar de moda

Precisamente este carácter peculiar de la vocación y del esfuerzo personal de los socios es lo que hace imposible contabilizar la aportación de la oración, del testimonio, de la colaboración a la vida de la Iglesia que los socios del Opus Dei

han dado y siguen dando en la diócesis del Papa, y que, al mismo tiempo, supera enormemente la apreciable y cualificada aportación de las obras apostólicas antes mencionadas.

En la misma entrevista, hablando del papel del sacerdote en sus relaciones con los seglares, Monseñor Escrivá de Balaguer decía: «me parece que a los sacerdotes se nos pide la humildad de aprender a no estar de moda». El supo ser ejemplarmente coherente con este criterio. En una Roma ávida de novedades y de ambiciones, como Atenas en tiempos de San Pablo, Mons. Escrivá de Balaguer ha querido ser una persona fuera de todo partidismo, de toda moda, de toda notoriedad. Ha conseguido esconderse evangélicamente durante treinta años de duro, insomne y sacrificado servicio a Dios, a la Iglesia y a la Obra que la Providencia le había confiado. Ha muerto en silencio, como en silencio vivió, inesperadamente, *sin dar la lata a nadie*, como había pedido al Señor que fuese su marcha de este mundo.

Roma, que guarda sus restos mortales sepultados en la Cripta del Oratorio de Santa María de la Paz, en Viale Bruno Buozzi, 75, en la sede central del Opus Dei, puede gloriarse de tener en el Cielo un hijo excepcional más, que sigue rezando por su Obispo, por sus sacerdotes y por su papel de guía y de fermento espiritual en el mundo.

Francesco Angelicchio

En este mismo número de la *Rivista Diocesana di Roma* apareció publicada la carta que el Cardenal Ugo Poletti, Vicario de la diócesis de Roma, dirigió a D. Alvaro del Portillo, Secretario General del Opus Dei, uniéndose al dolor de todos los socios del Opus Dei por el fallecimiento de su Fundador y primer Presidente General. Aparece reproducida a continuación:

Querido D. Alvaro:

Todos sentimos un gran dolor por la inesperada muerte del venerado Fundador del Opus Dei, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, ocurrida ayer en su habitación de trabajo.

La Diócesis de Roma debe mucho a tantos Fundadores de Institutos Religiosos, Asociaciones y actividades apostólicas que se han desarrollado en la Urbe. Mons. Escrivá de Balaguer, personalidad de una inagotable riqueza espiritual, se suma a esta admirable serie de hombres de Dios.

El —que vivía en Roma desde 1946— se preciaba de ser *muy romano* y ha inculcado a sus hijos e hijas, repartidos por el mundo, este amor suyo a Roma, la Diócesis del Papa. Desde hace casi treinta años, aquí en Roma se han formado, en sus respectivos Centros Internacionales, hombres y mujeres del Opus Dei de todas las naciones. Entre los varones, todos profesionales provenientes de muchos países, más de un millar han sido llevados al sacerdocio por el Fundador de la Asociación.

Roma debe a Mons. Escrivá de Balaguer también algunas importantes obras de apostolado, al servicio directo de nuestra Diócesis. Como Vicario General del Santo Padre, al recordar la figura del Fundador del Opus Dei, deseo expresar mi agradecimiento por el celo suyo y el de sus hijos, que ha sido un fermento de vida apostólica en los más variados ambientes de la vida romana.

Uniéndome al dolor de sus hijos, aseguro de mi parte y de parte del Clero romano la oración por su eterno descanso, en la gloria de Su Señor.

Con mis sentimientos de íntima participación en el dolor de todos los socios del Opus Dei, considéreme su devotísimo.



En una hora difícil para los Cursillos, un corazón abierto

El espíritu que se derrama en el mundo a través de un sacerdote fiel y entregado, es semilla de vida que encierra fecundidades insospechadas. Y cuando el sacerdote muere, se produce en el pueblo cristiano un vacío que trasciende el círculo familiar y afectivo, para convertirse en sentimiento eclesial. Muchos experimentan entonces la sensación de que aquel sacerdote era “algo suyo”, con mayor intensidad de la que hubieran imaginado.

Estos pensamientos, que compartí recientemente con mis sacerdotes y con la feligresía de una parroquia rural, al despedir con dolor y esperanza a su anciano párroco que moría con la paz de los elegidos en el corazón y en los labios, ha vuelto a brotar en mí con inusitado vigor ante la muerte de Monseñor José María Escrivá de Balaguer.

¿Quién podrá medir la irradiación de este corazón sacerdotal, grande, intrépido y generoso, que bruscamente dejó de latir al recibir la primera llamada de su Padre y Señor? Acostumbrados a medir el dinamismo del Espíritu con los pobres instrumentos del cálculo humano, nos equivocamos constantemente. Tengo la seguridad de que, por encima de su obra tangible —sus palabras, sus escritos, sus actividades de fundador y maestro de nuevos caminos para el laicado católico—, la fecundidad de su corazón sacerdotal, abierto a todos los problemas de la Iglesia y a todas las inquietudes de los hombres, ha llegado a la intimidad de muchos corazones, y ha sacudido muchas conciencias. Porque él tenía el don de calar en lo hondo. Y seguirá haciéndolo.

A lo largo de mi vida, no han sido frecuentes los contactos con Monseñor Escrivá. Pero dejaron huella. Evocar alguno de estos momentos es poner al descubierto un girón de mi propia alma y de la suya.

Quiero recordar ahora una conversación que tuvimos, en fecha imprecisa, hacia 1957. El residía en Roma y era ya padre de la gran familia del Opus Dei. Yo había “cometido”,

unos años antes, la grave audacia de levantar una bandera de renovación de espiritualidad y de apostolado laical: la de los Cursillos de Cristiandad. Y aquel afán mío y de mis colaboradores de devolver un dinamismo activo a los seglares, había desatado en torno a mi persona una dorosa tempestad.

En aquella noche oscura me encontré en Roma con Monseñor Escrivá. El diálogo con él era siempre fácil y cordial. Nos habíamos conocido mucho antes en Madrid, cuando estaban casi humeantes aún los rescoldos de absurdas quemaduras de conventos, y se respiraban aires de furioso anticlericalismo. Entonces ambos éramos jóvenes sacerdotes, llenos de ilusión, en medio de un ambiente aparentemente, al menos, hostil. Él trabajaba entre jóvenes estudiantes, en un modesto piso con rótulo de “Academia”. Allí le visitaba algunas veces. Y allí, en torno a un Sazarrío, echaba sus brotes primerizos el Opus Dei. Por mi parte, consagraba yo mi recién estrenado sacerdocio a la naciente Acción Católica. Y una corriente sincera de amistad humana y sacerdotal nos unía.

En el encuentro a que me refiero ahora, los tiempos habían cambiado y nuestras responsabilidades eran mucho mayores. Pero el diálogo jovial y lleno de cariño brotó como antaño, y, como siempre, derivó fácilmente a la intimidad de nuestro sacerdocio.

No tuve que contarle detalles de las penas que me afligían. No lo necesitaba Monseñor Escrivá. Él penetraba los corazones por el camino de la intuición, aunque ciertamente sabía escuchar cuando era necesario. Pero pronto llegaba al fondo. No problematizaba ni discutía. Veía rápidamente los problemas, y no admitía perder tiempo en estériles lamentaciones. Todo el tiempo era necesario para trabajar lealmente, asumiendo la responsabilidad personal y con la mirada puesta en Dios. Monseñor Escrivá proyectaba la reciedumbre de su fe, como los viejos profetas, sobre los acontecimientos humanos, y remontaba serenamente el vuelo a las regiones serenas de la paz interior.

Recuerdo que sus palabras, breves y certeras, me reconfortaron mucho en una hora ciertamente difícil para los Cursillos de Cristiandad. Y recuerdo también la insistencia con que recalaba, dándome la sensación de que volcaba en mí su propia alma: amor a los que no nos comprenden, oración por los que juzgan sin querer enterarse, atención a la voz de la Iglesia y no a los rumores de la calle, corazón limpio de amarguras y resentimientos.

De este modo providencial e imprevisto aquel hombre de Dios, como no dudo en llamarlo, influyó para aientar una empresa que no era su empresa, y volcó caridad y comprensión sobre un método de espiritualidad y apostolado laical que iba por caminos distintos de los suyos. Sólo Dios sabe en qué medida pudo contribuir a despejar los caminos de la Providencia.

Algún otro hombre providencial encontré en las horas oscuras de los Cursillos de Cristiandad. Pero hoy es grato para mí rendir este modesto tributo de gratitud y admiración al buen espíritu de un gran sacerdote, tan conocido y admirado por otros muchos conceptos.

JUAN HERVAS

Obispo de Ciudad Real, Consiliario Nacional

Opus Dei founder dies

THE founder and president-general of Opus Dei, Monsignor Josemaria Escriva de Balaguer, has died in Rome.

Monsignor Escriva de Balaguer was born in Barbastro, Spain, in 1902.

He was a doctor in law of Madrid University and a doctor in theology of the Lateran Pontifical University, Rome.

He was also a doctor honoris causa, in philosophy and letters of the University of Saragossa.

After being ordained in 1925, he began his work as a priest in country parishes and later in the poorer districts of Madrid and among university students.

He was superior of Saragossa Seminary and taught philosophy and professional ethics at the Madrid School of Journalism,

and Roman Law in Madrid and Saragossa.

He was sometime consultor to the Congregation for Catholic Education and to the Pontifical Commission for the interpretation of the Code of Canon Law.

Monsignor Escriva de Balaguer was an honorary prelate to the Pope and Chancellor of the University of Navarre and the University of Piura, Peru.

He was also a member of the Pontifical Roman Academy of Theology.

On October 2, 1928, three years after becoming a priest, Monsignor Escriva de Balaguer founded Opus Dei, while residing in Madrid.

Ever since then his life was completely identified with the

history and development of that Association. Since 1946 he lived in Rome, as president-general of Opus Dei.

Among his published works, as well as various historical and legal studies, are three books on spirituality which have been translated into many languages: The Way, Holy Rosary, and a book of homilies entitled Christ is Passing By.

Assisted by Fathers Gehringer and John Flader, chaplains at Warrane College, Father John Masso, Counsellor of Opus Dei in Australia, celebrated a Requiem Mass for Monsignor Escriva last Thursday at Our Lady of the Rosary Church, Kensington.



Monsignor ESCRIVA de BALAGUER

He told the 300 people at the Mass that the message of Monsignor Escriva had been proved valid — that a primary task of the Christian is his work in the world.

The Apostolic Delegate, Archbishop Gino Paro, was also present at the Mass.

FALLECE EL FUNDADOR DEL OPUS DEI

Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador y Presidente General del Opus Dei, falleció en Roma el pasado mes de junio, a la edad de 73 años.

Mons. Escrivá de Balaguer había nacido en Barbastro (España), en 1902. Se doctoró en Derecho en la Universidad de Madrid y en Teología en la Pontificia Universidad Lateranense (Roma). También recibió el Doctorado «honoris causa» en Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza.

Después de ordenarse sacerdote en 1925, comenzó su labor pastoral en parroquias rurales y, más tarde, en los barrios pobres de Madrid y entre los estudiantes universitarios. Fue Superior del Seminario de Zaragoza, y enseñó Filosofía y Ética Profesional en la Escuela de Periodismo de Madrid, y Derecho Romano en Madrid y Zaragoza. Ha sido también Consultor de la Sagrada Congregación para la Educación Católica y de la Pontificia Comisión para la interpretación auténtica del Código de Derecho Canónico.

Mons. Escrivá de Balaguer fue Prelado Doméstico de Su Santidad y Gran Canciller de las Universidades de Navarra (España)

y Piura (Perú), y miembro de la Pontificia Academia Romana de Teología.

El 2 de octubre de 1928, tres años después de su ordenación sacerdotal, fundó el Opus Dei. Desde entonces su vida ha estado completamente identificada con la historia y el desarrollo de esa Asociación. Desde 1946 vivió en Roma, como Presidente General del Opus Dei.

Entre las obras que se han publicado hasta ahora, destacan —además de varios estudios históricos y jurídicos— tres libros de espiritualidad que han sido traducidos a muchos idiomas: *Camino*, *Santo Rosario* y un volumen de homilías titulado *Es Cristo que pasa*.

El pasado jueves se celebró una solemne Misa de funeral por su alma en la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario (Kensington). Ofició la ceremonia Father John Masso, Consiliario del Opus Dei en Australia, que, en su homilía, destacó la validez del mensaje de Mons. Escrivá de Balaguer: la vida ordinaria como eje de la santificación de los cristianos. Estuvo presente en el acto Mons. Gino Paro, Delegado Apostólico en Australia.

MONS. ESCRIVA DE BALAGUER: LOS CAMINOS DIVINOS DE LA TIERRA

por el Cardenal Sergio Pignedoli, Presidente del Secretariado para los no cristianos

MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER UN'ESEMPLARITÀ SPIRITUALE

28 marzo 1975: migliaia e migliaia di persone di ogni parte del mondo, di ogni età, razza e ceto, si univano con amore filiale a mons. Josemaría Escrivá de Balaguer per celebrare il giubileo sacerdotale: cinquanta anni di sacerdozio di una grande anima sacerdotale, cinquanta anni di lavoro incessante, di seminazione instancabile e di impressionante fecondità. Solo Dio allora sapeva che quella data sarebbe stata l'ultima commemorazione dell'ordinazione del Fondatore dell'Opus Dei. Poche settimane dopo, il 26 giugno scorso, il suo cuore innamorato appassionatamente di Dio, della Chiesa, del Papa e delle anime, cessava di battere. La misericordia del Signore chiamava il suo servo nella dimora della sua pace.

Per una singolare provvidenza, lo scorso 28 marzo coincideva con il Venerdì Santo, il giorno in cui Gesù Cristo consumò il suo sacrificio sul Calvario. Felice coincidenza, che dava risalto al senso del sacerdozio, sacramento voluto da Cristo per applicare i frutti della Redenzione. Una coincidenza che avrebbe favorito il desiderio del Fondatore dell'Opus Dei: «Desidero trascorrere questo mio giubileo d'accordo con quella che da sempre è la mia norma abituale di condotta: il mio compito è nascondersi e scomparire, perché risplenda soltanto Gesù».

I mezzi di comunicazione sociale di tutto il mondo, anche quelli che spesso non riescono a cogliere la meravigliosa luce che risplende dalle realtà cristiane, hanno diffuso la notizia della morte di mons. Escrivá de Balaguer, informando con generale rispetto e ammirazione sulla figura di questo sacerdote esemplare, fondatore di una Associazione a cui appartengono 60.000 sacerdoti e laici di 80 nazionalità ed autore di innumerevoli opere di spiritualità (tra le quali *Cammino*, *Santo Rosario*, *Colloqui*, *È Gesù che passa*), nelle quali trovano costante nutrimento per la loro vita cristiana milioni di persone.

Alcuni giornali si sono soffermati su un singolare dato statistico — le 121 edizioni di *Cammino*, tradotte ormai in 31 lingue, con due milioni e mezzo di esemplari — che dimostra fino a qual punto la dottrina e l'ascesi cristiana, così come scaturiscono dal cuore ardente di un santo sacerdote direttore d'anime, pos-

28 de marzo de 1975: miles y miles de personas de todo el mundo, de todas las edades, razas y condiciones sociales, se unían con amor filial a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer para celebrar su jubileo sacerdotal: cincuenta años de sacerdocio de un alma profundamente sacerdotal, cincuenta años de trabajo incesante, de siembra incansable y de impresionante fecundidad. Sólo Dios sabía entonces que aquella fecha sería la última conmemoración —en vida— de la ordenación del Fundador del Opus Dei. Pocas semanas después, el 26 de junio pasado, su corazón apasionadamente enamorado de Dios, de la Iglesia, del Papa y de las almas, dejaba de latir. La misericordia del Señor llamaba a su siervo a la morada de su paz.

Por una singular providencia, el pasado 28 de marzo coincidía con el Viernes Santo, día en el que Jesucristo consumó su sacrificio sobre el Calvario. Feliz coincidencia, que hacía resaltar el sentido del sacerdocio, sacramento querido por Cristo para aplicar los frutos de la Redención. Una coincidencia que favoreció el deseo del Fundador del Opus Dei: «Deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca».

Los medios de comunicación social de todo el mundo, incluso los que a menudo no son capaces de percibir la maravillosa luz que resplandece en las realidades cristianas, han difundido la noticia de la muerte de Mons. Escrivá de Balaguer, informando con general respeto y admiración sobre la figura de este sacerdote ejemplar, Fundador de una Asociación a la que pertenecen 60.000 personas —entre laicos y sacerdotes— de 80 nacionalidades y autor de conocidísimas obras de espiritualidad (entre ellas *Camino*, *Santo Rosario*, *Conversaciones*, *Es Cristo que pasa*), en las que

mano svegliare, sorreggere y guiarle aquella seta de amicitia con Dio presente sempre nell'intimo di ogni vita umana, anche se vissuta in questi nostri tempi caratterizzati dalla eccessiva fretta y dalle costanti sensazioni secolari. Altre pubblicazioni hanno invece piuttosto messo in risalto il fatto non meno singolare, forse unico nella storia della Chiesa, che mons. Escrivá de Balaguer non solo è stato un pioniere della spiritualità laica ed un precursore in molteplici aspetti dottrinali del Concilio Vaticano II, ma nei suoi 47 anni di direzione dell'Opus Dei ha formato accuratamente y chiamato al sacerdotio ministeriale circa un migliaio di professionisti (avvocati, medici, ingegneri, giornalisti, ecc.), che oggi esercitano pienamente il loro ministero in moltissime diocesi, con esemplare fedeltà al Magistero ecclesiastico.

Riflettendo su queste y su tante altre stupende realtà della vita santa y fecunda di questo sacerdote che non voleva si parlasse di lui, che non voleva « far chiaso », penso sia assai difficile — anche se se ne scrivono molti — compendiare in un unico scritto biografico l'immensa ricchezza della sua personalità umana y soprannaturale. Perciò chiedo scusa non soltanto ai suoi figli dell'Opus Dei, ma a tutti (dato che mons. Escrivá de Balaguer appartiene ormai alla storia ed al tesoro di tutta la Chiesa), se tento di abbozzare qui alcune brevi note su qualche aspetto dei suoi insegnamenti, a mo' di modesto ricordo di un grande servitore della Chiesa.

Ancostrato nella filiazione divina

Nato a Barbastro (Spagna) nel 1902, mons. Escrivá de Balaguer compì gli studi di giurisprudenza a Saragozza, ove concluse pure gli studi sacerdotali y ricevette l'ordinazione il 28 marzo 1925. Iniziò il suo ministero in parrocchie rurali y nei quartieri poveri di Madrid, y il 2 ottobre 1928, festa dei santi Angeli Custodi, vide per la prima volta quello che il Signore da tempo gli ispirava, y nacque l'Opus Dei. Nacque — Egli diceva — senza alcun mezzo umano: non c'era altro in quel sacerdote che grazia di Dio, giovinezza y buon umore. Da quel 2 ottobre la vita di mons. Escrivá de Balaguer si identifica pienamente con la vita dell'Opus Dei, al punto che è difficile tentare un discorso sul fondatore (che d'altronde detestava ogni tentativo apologetico o encomiastico) senza parlare di questa associazione. Furono anni di lavoro fecondo y di lieta dedizione, non disgiunti dalla sofferenza, dall'incomprensione, dalla calunnia, da disagi di ogni genere y da tutte quelle prove — non ultima la « contraddizione dei buoni », come egli pazientemente diceva di coloro che così credono di « rendere omaggio a Dio » (Gv, 16,2) — con cui il Signore ama sigillare le sue opere. L'Opera, stretta attorno al suo fondatore, si estendeva rapidamente, con la grazia di Dio, in tanti paesi dei vari continenti. La Santa Sede riconosceva ufficialmente quel travaglio: « L'Opus Dei, come vera opera di Dio, superata non poche né piccole contraddizioni, anche da parte dei buoni, crebbe y si consolidò ». Pur tra difficoltà y opposizioni incredibili, il buon uomo

accettante y contagioso di mons. Escrivá de Balaguer non venne mai meno. All'origine di tanta serenità c'era quel profondo sentimento della filiazione divina che è il fondamento dello spirito dell'Opus Dei: « Signore, tu hai fatto in modo che io comprendessi che avere la Croce è trovare la felicità, la gioia. Il motivo — lo vedo con chiarezza sempre maggiore — è questo: avere la Croce vuol dire identificarsi con Cristo, essere noi stessi Cristo, y quindi essere figli di Dio ».

« La gioia — soleva dire — ha radici in forma di croce ». Per lui, le difficoltà, le sofferenze y le stesse lacrime erano l'amabile Croce di Cristo, da portare con decoro, erano segni di predilezione paterna di Dio, occasione di dialogo con la Trinità Beatissima, incontro vivo con Gesù paziente, « visitazioni » che lasciano sempre qualcosa di Suo, qualcosa di divino. Così il dolore non turbava la sua pace profonda y si scioglieva in gioia, mentre le labbra pronunciavano quell'*omnia in bonum* tante volte proposto anche a coloro che lo seguivano o lo avvicinavano curati del fardello delle loro affezioni: « Tutto coopera al bene per coloro che amano Dio » (Rom, 8, 22).

La vita del fondatore dell'Opus Dei non faceva che esprimere pienamente questo stile: pregare, amare, lavorare, sorridere. Era una vita semplice y normale, più somigliante agli anni trascorsi di Gesù a Nazaret, con Maria y Giuseppe — la *trinità della terra*, amava dire, riecheggiando antiche y pie tradizioni —, che ai tre anni di vita pubblica. Ma era una vita di lavoro incessante, specchio esemplare di quella spiritualità del lavoro di cui fu infaticabile maestro y apostolo.

Proclamare la novità del Vangelo

Ma qui entriamo nel nocciolo dello spirito dell'Opus Dei. « L'Opera — ricordava il suo fondatore — è una novità, antica come il Vangelo, che rende possibile a persone di ogni stato y condizione, senza distinzione di razza, di nazionalità, di lingua, l'incontro con Gesù Cristo nel bel mezzo delle faccende quotidiane ». E aggiungeva: « Per amare y servire Dio non è necessario fare cose strane. Cristo chiede a tutti gli uomini, senza eccezione, di essere perfetti come è perfetto il Padre suo nei cieli. Per la maggior parte degli uomini la santità consiste nel santificare il proprio lavoro, nel santificarsi nel lavoro y nel santificare gli altri per mezzo del lavoro, realizzando così l'incontro con Dio lungo la strada della propria vita ».

In questo senso, i soci dell'Opus Dei non fanno altro che riproporre a se stessi y agli altri il valore di quell'antica y vitale *presenza* che si pone non in opposizione al mondo, ma nel mondo. E nel mondo il cristiano convinto ci sta senza complessi y senza ingiungimenti. Non deve *penetrare* — come spesso si sente dire — dove già si trova per diritto proprio, perché il credente non è, né può essere, nemmeno psicologicamente, estraneo al mondo, perché ne è pienamente cittadino, al pari di ogni altro.

Per questo, « ogni lavoro umano onesto, sia intellettuale che manuale — sono

parole di mons. Escrivá de Balaguer — deve essere realizzato dal cristiano con la massima perfezione possibile: vale a dire con perfezione umana (competenza professionale) y con perfezione cristiana (per amore della volontà di Dio y al servizio degli uomini). Infatti, rivolto in questo modo, quel lavoro umano, anche quando può sembrare umile y insignificante, contribuisce a ordinare in senso cristiano le realtà temporali — manifestando la loro dimensione divina — y viene assunto y incorporato all'opera mirabile della Creazione y della Redenzione del mondo. In tal modo il lavoro viene elevato all'ordine della grazia y si santifica: diventa opera di Dio, *operatio Dei, opus Dei* ».

In tante occasioni, in tanti incontri, nel dialogo affettuoso y paterno con migliaia y migliaia di anime che si commuovevano al pensiero di trovare Gesù presente, come a Nazaret, nel loro lavoro quotidiano, nell'apparente monotonia dell'ordinario, il nocciolo dell'insegnamento del fondatore dell'Opus Dei è questo, così come risuonò in una delle sue tante omelie ormai famose: « Non ci può essere una doppia vita, non possiamo essere come degli schizofrenici, se vogliamo essere cristiani: vi è una sola vita, fatta di carne y di spirito, ed è questa che deve essere — nell'anima y nel corpo — santa y piena di Dio: questo Dio invisibile lo troviamo nelle cose più visibili y materiali. Non vi è altra strada, figli miei: o sappiamo trovare il Signore nella nostra vita ordinaria, o non lo troveremo mai. Per questo vi posso dire che la nostra epoca ha bisogno di restituire alla materia y alle situazioni che sembrano più comuni, il loro nobile senso originario, metterle al servizio del Regno di Dio, spiritualizzarle, facendone mezzo y occasione del nostro incontro continuo con Gesù Cristo. Vi assicuro, figli miei, che quando un cristiano compie con amore le attività quotidiane meno trascendenti, in esse trabocca la trascendenza di Dio. Per questo vi ho ripetuto, con ostinata insistenza, che la vocazione cristiana consiste nel trasformare in indecassabili la prosa quotidiana. Il cielo y la terra, figli miei, sembra che si uniscano laggiù, sulla linea dell'orizzonte... E invece no, è nei nostri cuori che si fondono davvero, quando vivete santamente la vita ordinaria... ».

La santità: vocazione per tutti

Questo modo di agire rende Cristo presente *quasi in occulto*, eppure con mirabile y penetrante efficacia, per mezzo dell'esistenza libera y personale dei suoi discepoli, nella loro vita di ogni giorno, nella loro vita « eroicamente comune ». E in questo senso che mons. Escrivá de Balaguer ricordava tanto spesso che ogni cristiano deve essere *alter Christus, ipse Christus* presente tra gli uomini. La comune vita cristiana — lavoro che è orazione y orazione che è lavoro — si trasforma tutta in apostolato.

Siamo così ricondotti al fattore specifico della vocazione laica y secolare, che è al tempo stesso il fondamento della condizione di cristiani: il Battesimo. La dignità battesimale è il fondamento per cui il popolo di Dio è di diritto configurato



millones de personas encuentran constante alimento para su vida cristiana.

Algunos periódicos han destacado especialmente un singular dato estadístico: las 121 ediciones de *Camino*, actualmente traducido a 31 idiomas, con dos millones y medio de ejemplares, que demuestra hasta qué punto la doctrina y la ascética cristianas, tal como brotan del corazón ardiente de un santo sacerdote director de almas, pueden despertar, sostener y guiar, esa sed de amistad con Dios, siempre presente en lo más íntimo de toda vida humana, incluso en esta época nuestra caracterizada por la excesiva prisa y por las constantes tensiones secularizantes. Otras publicaciones han puesto en cambio de relieve el hecho no menos singular, quizá único en la historia de la Iglesia, de que Mons. Escrivá de Balaguer no sólo ha sido un pionero de la santidad laical y un precursor, en muchos aspectos, de la doctrina del Concilio Vaticano II, sino que en sus 47 años de dirección del Opus Dei ha formado cuidadosamente y llamado al sacerdocio ministerial a casi un millar de profesionales (abogados, médicos, ingenieros, periodistas, etc.), que hoy ejercen plenamente su ministerio en muchísimas diócesis, con ejemplar fidelidad al Magisterio Eclesiástico.

Reflexionando sobre estas y tantas otras espléndidas realidades de la vida santa y fecunda de este sacerdote que no quería que se hablase de él, que no quería hacer *ruido*, pienso que es bastante difícil compendiar en una breve semblanza biográfica —aunque es seguro que se escribirán muchas— la inmensa riqueza de su personalidad humana y sobrenatural. Por eso ruego que se me disculpe —no solamente a sus hijos del Opus Dei, sino a todos, porque Mons. Escrivá de Balaguer pertenece ya a la historia y al tesoro de toda la Iglesia— si intento esbozar aquí unas breves notas sobre algunos aspectos de sus ense-

ñanzas, a modo de modesto recuerdo de un gran servidor de la Iglesia.

Anclado en la filiación divina

Mons. Escrivá de Balaguer nació en Barbastro (España), en 1902. Al mismo tiempo que terminaba la carrera de Derecho, hizo los estudios sacerdotales y recibió la ordenación el 28 de marzo de 1925. Comenzó su ministerio en parroquias rurales y en los barrios pobres de Madrid. El 2 de octubre de 1928, fiesta de los Santos Angeles Custodios, vio por vez primera lo que el Señor le inspiraba desde hacía tiempo, y nació el Opus Dei. Nació —como él decía— sin ningún medio humano: aquel sacerdote sólo tenía gracia de Dios, juventud y buen humor. Desde aquel 2 de octubre, la vida de Mons. Escrivá de Balaguer se identifica plenamente con la vida del Opus Dei, hasta el punto de que es difícil referirse al Fundador (que por lo demás detestaba cualquier intento apologetico o encomiástico) sin hablar de esta Asociación. Fueron años de trabajo fecundo y de dedicación alegre, no exentos de sufrimiento, de incomprensión, de calumnias, de dificultades de todo tipo, de todas aquellas *pruebas* —y no es la más pequeña la *contradicción de los buenos*, como él pacientemente llamaba la de aquellos que así creían *rendir obsequio a Dios* (Io. 16,2)— con las que el Señor quiere sellar sus obras. La Obra, muy unida a su Fundador, se extendía rápidamente, con la gracia de Dios, por muchos países de varios continentes. La Santa Sede la reconocía oficialmente: «el Opus Dei como verdadera obra de Dios, superada no pocas ni pequeñas contradicciones, también de parte de los buenos, creció y se consolidó». Aun entre dificultades y oposiciones increíbles, no desapareció nunca el buen humor cautivador y contagioso

de Mons. Escrivá de Balaguer. En la raíz de tanta serenidad estaba este profundo sentido de la filiación divina que es el fundamento del espíritu del Opus Dei: «Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría y la razón —lo veo con más claridad que nunca— es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios».

«La alegría —solía decir— tiene sus raíces en forma de cruz.» Para él, las dificultades, los sufrimientos y las mismas lágrimas eran la amable Cruz de Cristo, que hay que llevar con garbo; eran señales de la paterna predilección de Dios, ocasión de diálogo con la Trinidad Beatísima, encuentro vivo con Jesús paciente, *visitas* que dejan siempre algo Suyo, algo divino. De este modo el dolor no turbaba la profundidad de su paz y se resolvía en alegría, mientras sus labios pronunciaban aquel *omnia in bonum* propuesto también muchas veces a los que le seguían o se le acercaban cargados con el peso de sus aflicciones: «Todo coopera al bien de los que aman a Dios» (Rom. 8,28).

La vida del Fundador del Opus Dei expresaba plenamente ese estilo: rezar, amar, trabajar, sonreír. Era una vida sencilla y normal, más parecida a los años ocultos de Jesús en Nazaret, junto a María y José —la *trinidad de la tierra*, como le gustaba decir, haciéndose eco de antiguas y piadosas tradiciones—, que a los tres años de vida pública. Pero era una vida de trabajo incesante, espejo ejemplar de esa espiritualidad del trabajo de la que fue infatigable maestro y apóstol.

Proclamar la novedad del Evangelio

Pero aquí entramos en la médula del espíritu del Opus Dei. La Obra —recordaba su Fundador—

«es una novedad, antigua como el Evangelio, que hace asequible a personas de toda clase y condición —sin discriminación de raza, de nación, de lengua— el dulce encuentro con Jesucristo en los quehaceres de cada día». Y añadía: «Para amar a Dios y servirle, no es necesario hacer cosas raras. A todos los hombres sin excepción, Dios les pide que sean perfectos como su Padre celestial es perfecto (Mat. 5,48). Para la gran mayoría de los hombres, ser santo supone santificar el propio trabajo, santificarse en su trabajo, y santificar a los demás con el trabajo, y encontrar así a Dios en el camino de sus vidas».

En este sentido, los socios del Opus Dei no hacen sino volver a presentar, a sí mismos y a los demás hombres, el valor de esa antigua y vital *presencia*, que se sitúa en oposición al *mundo*, estando sin embargo dentro del mundo. El verdadero cristiano está en el mundo sin complejos y sin ficciones. No tiene que *penetrar* —como a veces se dice— donde ya se encuentra por derecho propio; el creyente no es ni puede ser —ni siquiera psicológicamente— alguien extraño al mundo; es plenamente ciudadano del mundo, como cualquier otro hombre.

Por eso, «todo trabajo humano honesto, intelectual o manual, debe ser realizado por el cristiano con la mayor perfección posible: con perfección humana (competencia profesional) y con perfección cristiana (por amor a la voluntad de Dios y en servicio de los hombres). Porque hecho así, ese trabajo humano, por humilde e insignificante que parezca la tarea, contribuye a ordenar cristianamente las realidades temporales —a manifestar su dimensión divina— y es asumido e integrado en la obra prodigiosa de la Creación y de la Redención del mundo: se eleva así el trabajo al orden de la gracia, se santifica, se convierte en obra de Dios, *operatio Dei, opus Dei*».

como apostólico, « enviado », cioè, per continuare nella storia — sotto la guida della Gerarchia — l'unica missione di Cristo.

Vista a partire dai sacramenti dell'iniziazione, la Chiesa — carismatica e istituzionale allo stesso tempo — è concepita nell'insegnamento di mons. Escrivá de Balaguer come una comunità spontaneamente vitale, che cresce e si sviluppa in seno al mondo, grazie alla personale responsabilità apostolica di tutti i battezzati, impegnati nello scoprire « i cammini divini della terra ». Sarebbe cosa aberrante, per i comuni cristiani, concepire la loro vocazione come un « abbarbicarsi » a una sociologia ecclesiastica, in una specie di "mondo" a parte, che si apocia per l'antichità del cielo, mentre il mondo comune va per la sua strada. La dottrina del cristianesimo, la vita della grazia, passerebbero sfiorando solamente l'agitato procedere della storia umana, senza entrare in contatto con esso.

Viene così affermato il primato dell'esistenza cristiana ed ecclesiale. È la difesa dell'importanza primaria e fondamentale di ciò che mons. Escrivá de Balaguer chiama « spontaneità apostolica della persona », della libera e responsabile iniziativa del cristiano, in unione fedele al Magistero ecclesiastico. L'importanza decideva competere « alla persona, all'azione dello Spirito nelle anime, al rispetto della dignità e della libertà che nascono dalla filiazione divina del cristiano ».

Amore per la libertà

Ma questa dottrina del primato della persona e della sua spontaneità apostolica mancherebbe di forza di persuasione se non fosse sostenuta costantemente, come in contrappunto, da una trama di fondo: l'amore alla libertà personale.

« Sono un grande amico della libertà. Lo spirito dell'Opus Dei, che da più di trentacinque anni cerco di vivere e di insegnare — sono parole del 1963 —, mi ha fatto comprendere e amare la libertà personale. Quando Dio nostro Signore concede agli uomini la sua grazia, quando li chiama con vocazione specifica, è come se tendesse loro la mano; mano paterna, piena di forza, ma soprattutto di amore, perché egli ci cerca uno ad uno, come figli e figlie, e conosce la nostra fragilità. Il Signore attende da noi lo sforzo di prendere la mano che ci porge: ci chiede questo sforzo come riconoscimento della nostra libertà ». Dio, che ci eleva al rango di cooperatori della sua opera di salvezza, « ha voluto correre il rischio della nostra libertà ». Come potremo noi non rispettare a nostra volta la libertà degli altri? Il cristiano deve difendere tutti i beni che la dignità della persona porta con sé. « Ne esiste uno che bisogna sempre ricercare in modo particolare: la libertà personale. Solo quando si difende la libertà individuale degli altri, pur esigendo la corrispondente responsabilità personale, è possibile difendere onestamente e cristianamente la propria libertà ». E aggiungeva: « Non si confa alla dignità degli uomini pretendere di stabilire delle verità assolute in materie ove è gioco forza che ognuno consideri le cose dal suo punto di vista, secondo i propri peculiari interessi, preferenze

En muchas ocasiones y reuniones, en un diálogo afectuoso y paterno, millares y millares de personas se conmovían al pensar que encontraban a Jesús, como en Nazaret, en su trabajo diario, en la aparente monotonía de lo ordinario: ése es el núcleo de la enseñanza del Fundador del Opus Dei. Así resuena en una de sus muchas homilías, ya tan famosas: «No puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales.

No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo decir que necesita nuestra época devolver —a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares— su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo.

(...) Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...».

La santidad: vocación para todos

Este modo de actuar hace que Cristo esté presente *quasi in occulto* y, sin embargo, con admi-

nable y penetrante eficacia, a través de la existencia libre y personal de sus discípulos en la vida de cada día, en esa vida del *heroísmo de lo ordinario*. Precisamente en este sentido Monseñor Escrivá de Balaguer recordaba con frecuencia que cada cristiano debe ser *alter Christus, ipse Christus* —otro Cristo, el mismo Cristo—, presente entre los hombres. La vida cristiana ordinaria —trabajo que es oración y oración que es trabajo— se transforma toda ella en apostolado.

Llegamos así al factor específico de la vocación laical y secular, que es, al mismo tiempo, el fundamento del carácter de cristiano: el Bautismo. La dignidad bautismal es el fundamento en el que el pueblo de Dios se configura como *apostólico*, es decir, *enviado* para continuar en la historia —con la guía de la Jerarquía— la única misión de Cristo.

Partiendo de los sacramentos de la iniciación cristiana, la Iglesia —carismática e institucional a la vez, es concebida en la enseñanza de Monseñor Escrivá de Balaguer como una comunidad espontáneamente vital: crece y se desarrolla en el mundo gracias a la personal responsabilidad apostólica de todos los bautizados, comprometidos en descubrir *los caminos divinos de la tierra*. Para los cristianos corrientes sería aberrante entender su vocación como un «incrustarse en una sociología eclesial», en una especie de *mundo* segregado, que se presenta a sí mismo como la antesala del cielo, mientras el mundo común recorre su propio camino. La doctrina del Cristianismo, la vida de la gracia, pasarían, pues, como rozando el ajetreado avanzar de la historia humana, pero sin encontrarse con él.

De este modo se afirma la primacía de la *existencia* cristiana y eclesial. Es la defensa de la

culturali ed esperienze personali. Ove si pretendesse imporre dogmi in questioni temporali, si finirebbe, inevitabilmente, per fare violenza alle coscienze degli altri e per non rispettare il prossimo. Ritengo che un cristiano debba unire la passione umana per il progresso civile e sociale alla consapevolezza dei limiti delle proprie opinioni, rispettando quindi le opinioni altrui e amando il legittimo pluralismo. Chi non sa vivere così, non ha capito fino in fondo il messaggio cristiano. Dio, creatori, ha accettato il rischio e l'avventura della nostra libertà ».

D'altronde, ed è questa la cosa più importante, « la radice del rispetto della libertà sta nell'amore. Se altri hanno un modo di pensare diverso dal mio, può essere questa una ragione per considerarli miei nemici? Un atteggiamento del genere può essere motivato soltanto dall'egoismo e dalla miopia intellettuale di chi ritiene che non ci siano altri valori all'infuori della politica e delle imprese temporali. Ma il cristiano sa che non è così, perché ogni persona ha un prezzo infinito e un destino eterno in Dio: Cristo è morto per ognuno di noi ».

Nell'Opus Dei, poiché l'amore alla libertà è un fatto sincero e non un enunciato teorico, si tratta di amare anche la necessaria conseguenza della libertà, e cioè il pluralismo. « Nell'Opus Dei — scrive il suo fondatore — il pluralismo è voluto e amato, non semplicemente tollerato e meno che mai osteggiato. Unità spirituale e varietà nelle cose temporali sono perfettamente compatibili là dove non regna il fanatismo e l'intolleranza; là, soprattutto, dove si vive di fede e si sa che noi uomini siamo uniti non da eventuali legami di simpatia o di interesse, ma dall'azione di uno stesso Spirito, che ci rende fratelli di Cristo e ci conduce verso Dio Padre ».

L'Opus Dei, dunque, non teme il pluralismo, ma lo approva e lo difende: « è una manifestazione di buono spirito, che rende palese la legittima libertà di ciascuno ».

Alla luce di questa dottrina di libertà, si comprendono meglio e ci commuovono intimamente alcune parole che mons. Escrivá de Balaguer ha tante volte ripetuto davanti a persone di ogni paese e di ogni ceto: *sono un sacerdote che non parla d'altro che di Dio*. Ben lungi dal suggerire una sorta di assenteismo dall'impegno terreno o l'indifferenza nei confronti delle realtà temporali, quelle parole erano l'impegno preciso di mantenere, con rigore e fedeltà, il proprio posto di sacerdote, e così insegnare agli altri come vivere santamente la vita ordinaria *al loro posto di laici*, in mezzo alle realtà terrene, che essi devono amare come luogo abituale del loro incontro con Cristo.

In tal modo, con anima e parole sacerdotali, diffondeva dappertutto — pur animando una viva coscienza del sacerdozio comune dei battezzati — una mentalità nettamente aperta alle responsabilità del laico, tale da condurre i fedeli a tre conclusioni: « Ad essere — diceva — sufficientemente onesti da addossarsi personalmente il peso delle proprie responsabilità; ad essere sufficientemente cristiani da rispettare i fratelli nella fede che propongono, nelle materie opinabili, soluzioni diverse da quelle che sostiene ciascuno di noi; e ad essere sufficientemente cattolici da non servirsi della Chiesa, nostra Madre, immischiandola in partigianerie umane ».

Il grande amore che mons. Escrivá de Balaguer nutre per la Chiesa, lo portava a detestare ogni forma di deterioramento clericale. Aveva scritto: « Lo spirito dell'Opus Dei e quello dei suoi soci è questo: servire la Chiesa e tutti gli uomini, sen-

importancia primaria y fundamental de lo que Mons. Escrivá de Balaguer llama *espontaneidad apostólica de la persona*, de la libre y responsable iniciativa del cristiano, fielmente unido al Magisterio de la Iglesia. La importancia decisiva corresponde «a la persona, a la acción del Espíritu en las almas, al respeto de la dignidad y de la libertad que provienen de la filiación divina del cristiano».

Amor a la libertad

Pero esta doctrina de la primacía de la persona y de su espontaneidad apostólica carecería de fuerza de persuasión si no estuviese constantemente apoyada, como en contrapunto, por un duro telón de fondo: el amor a la libertad.

«Soy muy amigo de la libertad, y precisamente por eso quiero tanto esa virtud cristiana (...). El espíritu del Opus Dei, que he procurado practicar y enseñar desde hace más de treinta y cinco años, me ha hecho comprender y amar la libertad personal. Cuando Dios Nuestro Señor concede a los hombres su gracia, cuando les llama con una vocación específica, es como si les tendiera una mano, una mano paterna llena de fortaleza, repleta sobre todo de amor, porque nos busca uno a uno, como a hijas y hijos suyos, y porque conoce nuestra debilidad. Espera el Señor que hagamos el esfuerzo de coger su mano, esa mano que El nos acerca: Dios nos pide un esfuerzo, prueba de nuestra libertad». Dios que nos coloca en el rango de cooperadores de su obra, «ha querido correr el riesgo de nuestra libertad». ¿Cómo podríamos nosotros dejar de defender la libertad de los demás? El cristiano debe defender todos los bienes que lleva consigo la dignidad de la persona. «Y existe un bien que deberá siempre buscar espe-

za servirsi della Chiesa. A me piace che il cattolico porti Cristo non nel titolo ma nella condotta, e offra una testimonianza reale di vita cristiana ». A tal fine pregava il Signore che desse sempre ai suoi figli, laici e sacerdoti, *anima autenticamente sacerdotale e mentalità pienamente laicale*.

Una vita offerta per la Chiesa e per il Papa

Da quasi trent'anni dimorava a Roma, perché voleva che, al pari della Chiesa, l'Opus fosse romana e perché lui stesso si sentiva romano. Gioiva nell'ascoltare questa parola — romano — perché lo spingeva ad amare di più tenero amore il Papa, il *dolce Cristo in terra*, come sovente ripeteva con le parole di santa Caterina da Siena. « Io vengo con tutte le mie forze — scriveva pochi anni fa — la Roma di Pietro e di Paolo, bagnata dal sangue dei martiri, centro di irradiazione di tanti propagatori, per tutte le vie del mondo, della parola salvifica di Cristo. Essere romano non significa alcun particolarismo, bensì autentico ecumenismo; e muove il desiderio di dilatare il cuore, di aprirlo a tutti con lo slancio redentore di Cristo, che cerca tutti, che accoglie tutti, perché Lui per primo ha amato tutti ».

Soffriva nel suo spirito le sofferenze della Chiesa e ne godeva le gioie. Sentiva profonda pena per l'attuale sbandamento di tante anime e per questo pregava e lavorava, giorno per giorno, con zelo rinnovato, e chiedeva preghiere. Teneva la mano « come un poverello di Dio, implorando l'elemosina dell'orazione ». Ricordava incessantemente che questo tempo di tormenti, in cui il demonio ancora una volta vaglia come il grano la Chiesa di Cristo (cfr. Lc. 22, 31), è tempo di preghiera e di riparazione, perché quanto più imperversa l'invidia e l'infedeltà, tanto più è necessario cercare l'intimità con Dio nell'orazione e nella penitenza.

Ma la fede non gli permetteva la tristezza e meno ancora lo scoraggiamento. Offriva le sue sofferenze e tutta la sua vita per la Chiesa e per il Papa e continuava a lavorare contento — seminare di pace e di gioia —, pieno di ottimismo, infondendo intorno a sé sicurezza e conforto. « Qualunque cosa accada — scriveva — Cristo non abbandonerà la sua Sposa. La Chiesa trionfante è già con Lui, alla destra del Padre, e di là ci chiamano quei nostri fratelli cristiani che glorificano Dio per questa realtà che noi vediamo ancora nella chiara penombra della fede: la Chiesa Una, Santa, Cattolica, Apostolica ».

Anziché chiamare l'apostolato dell'Opus « una grande catechesi d'amore e di servizio alla Chiesa e al Papa » e voleva che l'apostolato della dottrina fosse « passione dominante » per i soci dell'Opus Dei. E lui per primo ha vissuto, in cinquant'anni di sacerdozio, questa passione instancabilmente, o forse nonostante tanta stanchezza.

Faciens tuum, Domine, quater (ps 26, 8). Signore, desidero il tuo volto. Era questo ormai il sospiro di un'anima tanto affinata dall'intimità divina, dalla « schiavitù d'amore », dall'umile servizio di tanti anni, che possiamo essere ben certi che aveva raggiunto quella identificazione con Cristo che poneva come meta ai suoi

cialmente: el de la libertad personal. Sólo si se defiende la libertad individual de los demás con la correspondiente personal responsabilidad, podrá, con honradez humana y cristiana, defender de la misma manera la suya». Mons. Escrivá de Balaguer añadía: «No va de acuerdo con la dignidad de los hombres el intentar fijar unas verdades absolutas, en cuestiones donde por fuerza cada uno ha de contemplar las cosas desde su punto de vista, según sus intereses particulares, sus preferencias culturales y su propia experiencia peculiar. Pretender imponer dogmas en lo temporal conduce, inevitablemente, a forzar las conciencias de los demás, a no respetar al prójimo. Pienso que un cristiano ha de hacer compatible la pasión humana por el progreso cívico y social con la conciencia de la limitación de las propias opiniones, respetando, por consiguiente, las opiniones de los demás y amando el legítimo pluralismo. Quien no sepa vivir así, no ha llegado al fondo del mensaje cristiano. Dios, al crearnos, ha corrido el riesgo y la aventura de nuestra libertad».

Por otro lado —y esto es lo más importante— «la raíz del respeto a la libertad está en el amor. Si otras personas piensan de manera distinta a como pienso yo, ¿es eso una razón para considerarlas como enemigas? El único motivo puede ser el egoísmo, o la limitación intelectual de quienes piensan que no hay más valor que la política y las empresas temporales. Pero un cristiano sabe que no es así, porque cada persona tiene un precio infinito, y un destino eterno en Dios: por cada una de ellas ha muerto Jesucristo».

En el Opus Dei el amor a la libertad es un hecho y no un mero enunciado teórico: por eso se ama la necesaria consecuencia de la libertad, el pluralismo. «En el Opus Dei —escribe su Fundador— *el pluralismo es querido y amado*, no sen-

figli. Questo anelito è ora esaudito. Il Cristo tanto amato e desiderato ha accolto il suo servo alla contemplazione eterna del suo Volto.

Il suo passaggio alla vita eterna ha domandato ai suoi figli dell'Opus Dei, e a tutti noi suoi amici, il grave sacrificio del distacco, per questo tempo terreno di attesa. Sono sempre attuali le parole di San Gerolamo, in morte di persona amatissima: « Non trarritiamoci di averla perduta, ma ringraziamo Dio di averla avuta, anzi di averla ancora, perché in Dio tutte le cose vivono, e chi ritorna al Signore ritorna a far parte della famiglia ».

Noi ci sentiamo, con mons. Escrivá de Balaguer, in famiglia, più in famiglia di quando egli era in vita. È per questa ragione che, quando gli amici dell'Opus Dei mi hanno chiesto di scrivere qualcosa su di lui, mi è venuto spontaneo accettare il loro invito, anche se conoscevo assai poco dei dati della sua vita e delle sue attività e mi trovavo, per conseguenza, nella necessità di chiederli a loro per poter così approfondire il suo iter sacerdotale, le sue tappe di viaggio spirituale, le mete da lui raggiunte o sperate. Ma avevo chiara la coscienza di conoscerlo da sempre e di amarlo da sempre, da quando cioè lo avevo incontrato, prima degli anni cinquanta. Che importa se, dopo quell'incontro, non lo vidi molte volte e lo vidi solo per circostanze occasionali? Egli era già nella mia anima: come autentico sacerdote: uomo che « vede » e che aiuta gli altri a « vedere ». E sempre con cuore giovane, come se la strada che portava a Dio fosse sempre all'inizio sotto la luce dell'alba.

Perché, io lo sento vicino come uno di famiglia. Mi vengono alla memoria le parole di S. Giovanni Crisostomo per la morte di un amico carissimo: « Ti amammo e ti perdemmo. Tu non sei più dove eri, ma sei dovunque noi siamo ».

CARD. SERGIO PIGNEDOLI
Presidente del Segretariato per i non Cristiani

« La civilisation de laquelle, depuis deux mille ans, Rome illumine le monde, est imprégnée de valeurs chrétiennes. Le christianisme dépasse toutes les cultures, et charisme d'elles, au contact du christianisme, doit affronter les exigences réelles et les fins ultimes de la nature humaine, en respectant et encourageant le besoin de rationalité, de liberté et d'amour inscrit dans le cœur de l'homme. Au cours des siècles, la civilisation fondée sur l'héritage grec-romain a montré comment le levain du christianisme avait su donner un plein développement à tout ce qui était en puissance dans cette culture centrée sur la dignité de la personne. C'est pourquoi tout ce qui est authentiquement chrétien touche de près ou de loin l'intérêt au sort de notre civilisation, et d'autre part, le caractère de « romanité » n'est pas une simple indication géographique, mais un point de repère théologique et culturel déterminant pour apprécier la sincérité des manifestations d'une foi qui se veut identifiée au message de Christ ».

Un des représentants les plus importants de la chrétienté de notre siècle est Mgr Josemaría Escrivá de Balaguer, fondateur de l'Opus Dei, l'association catholique internationale qui s'est développée depuis 1928 dans tout le monde, constituant un phénomène sans précédent dans l'histoire de l'Eglise. Sa doctrine enfonce ses racines dans les valeurs les plus riches des mines de la vie ecclésiastique chrétienne: la filiation divine, la vocation universelle à la sainteté, le sens de la liberté et de la responsabilité personnelles. Et en même temps, elle introduit dans la tradition permanente de l'Eglise une profonde analyse théologique et une application pratique et opérative de la dimension chrétienne du travail humain: la sanctification dans les réalités humaines et des réalités humaines, enracinement normal du déroulement de la vie du chrétien.

Mgr Escrivá de Balaguer est né à Rome depuis 1946 jusqu'au jour de sa mort, survenue le 26 juin 1975, et c'est à Rome qu'il a voulu être enterré. « Je me suis romain » — dit le Fondateur de l'Opus Dei dans une homélie de 1972 — parce que certain veut dire universel, catholique; parce que cela m'aide à aimer tendrement le Pape, il donne Cristo in terra, comme aimé à la réplique Sainte Catherine de Sienne. Je veux de toutes mes forces la Rome de Pierre et Paul, baignée du sang des martyrs, centre d'où sont partis vers le monde entier tant de gens pour propager la parole salvatrice de Christ. Etre romain, ce n'est pas faire montre de particularisme, mais d'écumenisme authentique; cela implique le droit d'agrandir le cœur, de l'ouvrir à tout le monde avec l'impénitence du Christ qui recherche et accueille tous les hommes, parce qu'il a été le premier à les aimer ».

C'est de Rome que Mgr Escrivá de Balaguer a fait le centre de l'expansion de l'Opus Dei dans les cinq continents. Et il est significatif que ce profil théologique soit écrit par le Cardinal Sergio Pignedoli, Président du Secrétariat pour les non-chrétiens, après avoir été pendant des années Secrétaire de la Congrégation pour l'Évangélisation des peuples, c'est-à-dire du dicastère du Vatican qui, à partir de Rome, régit la diffusion de la foi dans le monde.

« Over the past two thousand years Rome has been the centre of a civilisation steeped in Christian values. Christianity transcends all cultures, and all of them, in coming into contact with Christianity, have to face up to the objective demands, to the real ends of man's nature, respecting and fostering the desire for rationality, freedom and love engraved on the human heart. Throughout the centuries the civilisation founded on the Latin and Greek heritage has shown how the leaven of Christianity was able to develop to the full the potential of a culture which has as its centre the dignity of the human person. All that is truly Christian, therefore, is of vital concern to those who are interested in the fate of our civilisation, and on the other hand, the attribute « Roman » is not a mere geographical note, but a cultural and theological locus, a determining factor in ascertaining the genuineness of the expressions of a faith which wishes to be identified with the message of Christ ».

One of the leading figures of Christianity of our times is Mgr. Josemaría Escrivá de Bal-

cillamente tolerado y en modo alguno dificultado. (...) Unidad espiritual y variedad en las cosas temporales son compatibles cuando no reina el fanatismo y la intolerancia, y, sobre todo, cuando se vive de fe y se sabe que los hombres estamos unidos por meros lazos de simpatía o de interés, sino por la acción de un mismo Espíritu, que haciéndonos hermanos de Cristo nos conduce hacia Dios Padre».

La Obra, por tanto, no teme el pluralismo, sino que lo aprueba y lo defiende: «es una manifestación de buen espíritu, que pone patente la legítima libertad de cada uno».

Una vida ofrecida por la Iglesia y por el Papa

A la luz de esta doctrina de libertad, se comprenden mejor, y nos conmueven íntimamente, las palabras que Mons. Escrivá de Balaguer ha repetido muchas veces ante personas de muchos países y de todas las condiciones sociales: «soy un sacerdote que no habla más que de Dios». Lejos de equivaler a una especie de absentismo respecto a las cuestiones humanas o a la indiferencia respecto a las realidades temporales, estas palabras eran un decidido compromiso de vivir, con exactitud y con fidelidad en *el propio lugar* de sacerdote, y enseñar así a los demás cómo vivir santamente la vida ordinaria, cada uno *en su propio lugar*, en medio de las realidades terrestres, de esas realidades que deben amar porque son el lugar habitual de su encuentro con Cristo.

De este modo, con alma y palabras sacerdotales, Mons. Escrivá de Balaguer difundía por todas partes —a la vez que estimulaba una viva conciencia del sacerdocio común de los bautizados— una *mentalidad* plenamente abierta a la posición del laicado; una mentalidad que debía conducir

a los fieles a sacar tres conclusiones: «A ser —decía— lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal; a ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen —en materias opinables— soluciones diversas a la que cada uno de nosotros sostiene; y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas».

El gran amor que Mons. Escrivá de Balaguer tenía por la Iglesia le llevaba a detestar cualquier forma de clericalismo. Había escrito: «el espíritu de la Obra y el de sus socios es servir a la Iglesia, y a todas las criaturas, sin servirse de la Iglesia. Me gusta que el católico lleve a Cristo no en el nombre, sino en la conducta, dando testimonio real de vida cristiana». Pedía al Señor que concediese siempre a sus hijos, sacerdotes y laicos, «alma auténticamente sacerdotal y mentalidad plenamente laical».

Vivía en Roma desde hace casi treinta años porque quería que, como la Iglesia, la Obra fuese *romana* y porque él mismo se sentía romano. Gozaba saboreando esta palabra —romano— porque lo impulsaba a amar con amor ardiente al Papa, *il dolce Cristo in terra*, como acostumbraba a decir con palabras de Santa Catalina de Siena. «Venero con todas mis fuerzas —decía en 1972— la Roma de Pedro y de Pablo, bañada por la sangre de los mártires, centro de donde tantos han salido para propagar en el mundo entero la palabra salvadora de Cristo. Ser romano no entraña ninguna muestra de particularismo, sino de ecumenismo auténtico; supone el deseo de agrandar el corazón, de abrirlo a todos con las ansias redentoras de Cristo, que a todos busca y a todos acoge, porque a todos ha amado primero».

Sufría en su alma los sufrimientos de la Iglesia y se alegraba con sus gozos. Le dolía profunda-

quer, Founder of Opus Dei, the international Catholic Association which, since 1928, has spread throughout the world, constituting an unprecedented pastoral phenomenon in the history of the Church. His teaching plunges its roots deep into the richest veins of Christian ecumenism: divine filiation, the universal call to sanctity, the sense of freedom and responsibility. At the same time, it introduces into the personal tradition of the Church a profound theological analysis and an operative practical way of living the Christian dimension of human work: sanctification in and of temporal affairs as the natural setting for the life of the Christian ».

Mgr. Escrivá de Balaguer lived in Rome from 1946 to the day of his death on 26 June 1975, and in Rome he wished to be buried. « I feel myself Roman », the Founder of Opus Dei said in a homily in 1972. « for Roman means universal, catholic; for it leads me to love the Pope most dearly, it gives Cristo in terra, as St. Catherine of Siena liked to call him. I venerate with all my strength the Rome of Peter and Paul, bathed in the blood of the martyrs, the centre from which so many have set out to propagate throughout the world the saving word of Christ. To be Roman does not entail any manifestation of particularism, but rather of authentic ecumenism; it presupposes the desire to enlarge the heart, to open it to all men with the redemptive word of Christ, which seeks all men and takes in all men, for He has loved all men first ».

It was Rome that Mgr. Escrivá de Balaguer chose to be the centre of the expansion of Opus Dei in the five continents. It is significant that this theological profile of the Founder should be written by Cardinal Sergio Pignedoli, President of the Secretariate for non-Christians, and formerly Secretary of the Congregation for the Evangelization of Peoples, that is, of the department of the Vatican which, from Rome, promotes the spreading of the faith throughout the world.

« Die Zivilisation, die Rom seit zweitausend Jahren in die Welt ausstrahlt, ist von christlichen Werten durchdrungen. Das Christentum geht über jede Kultur hinaus und jede Kultur muss sich wenn sie mit dem Christentum in Berührung kommt, mit den Anforderungen der Wirklichkeit und den Zielen der menschlichen Natur auseinandersetzen und muss die Erfordernisse der Vernunft, die Freiheit und die Liebe, eingeschrieben im Herzen eines jeden Menschen, respektieren und fördern. Im Laufe der Jahrhunderte hat die Zivilisation, die auf griechische und lateinische Erbe begründet ist, gezeigt, wie das christliche Ferment die innere Kraft einer Kultur, deren Mittelpunkt die Würde des Menschen ist, voll zu entwickeln gewusst hat. Deshalb bedeutet alles, was echt christlich ist, die Nähe zu denen, die am Gescheh unserer Zivilisation interessiert sind; und andererseits ist die Bezeichnung « römisch » nicht nur eine rein geographische Angabe, sondern ist theologischer und kultureller Herkunft, einschlagend, um die Wahrheit den Verkündigern eines Glaubens zu identifizieren, der erkannt sein will in der Botschaft Christi ».

Eine der größten Gestalten in der Christenheit unserer Jahrhunderte ist Mgr. Escrivá de Balaguer, Gründer des Opus Dei, einer internationalen katholischen Vereinigung, die seit 1928 in der ganzen Welt verbreitet ist, ein Phänomen ohne Beispiel in der Geschichte der Kirche. Seine Lehre hat ihre eigentlichen Wurzeln in den ältesten reichen Schätzen der christlichen Anekdote: der Gotteskindschaft, der allgemeinen Berufung zur Heiligkeit, dem Bewusstsein der Freiheit und der persönlichen Verantwortung. Gleichzeitig bereichert sie die innerweltliche Tradition der Kirche mit einer tiefen theologischen Erklärung und einer praktischen Erfahrung der christlichen Dimension der menschlichen Arbeit: die Heiligung in der menschlichen Wirklichkeit und durch sie als ständiger Ort des christlichen Lebens ».

Mgr. Escrivá de Balaguer kam im Jahre 1946 nach Rom, er starb am 26. Juni 1975 und wollte in Rom begraben werden. « Ich fühle mich als Römer », sagte der Gründer des Opus Dei in einer Homilie im Jahre 1972, « denn römisch sein bedeutet: universell sein, katholisch; es

bedeutet dass ich den Papst herzlich liebe, den liebenswerten Christus mit Eichen, wie die M. Katharina von Siena gern sagte. Ich verbeere mit meinen ganzen Kräften dieser Rom der Petrus und Paulus, getränkt von dem Blut der Märtyrer, Ausgangspunkt so vieler, die in der ganzen Welt die heilbringende Botschaft Christi verbreitet haben. Römisch sein hat nichts mit Partikularismus zu tun, sondern ist unabhängiger Ökumenismus, setzt den Wunsch voraus, das Herz weitestmöglich, es allen zu  ffnen mit der erläuterten Botschaft Christi, der alle zueilt, alle aufnimmt, denn alle hat er zuerst geliebt ».

Mgr. Escrivá de Balaguer hat Rom zum Zentrum der Ausbreitung des Opus Dei in den fünf Kontinenten gemacht. Und es ist bezeichnend, dass dieses theologische Profil des Gründers von Kardinal Sergio Pignedoli geschrieben wurde, dem Präsidenten des Sekretariats für die Nichtchristen der vorher jahrelang Sekretär der Kongregation für die Evangelisierung der Völker war, der vatikanischen Behörde, die sich von Rom aus der Verbreitung des Glaubens in der Welt annimmt.

« Desde hace dos mil aos, Roma irradia en el mundo una civilizaci3n animada por los valores cristianos. El cristianismo trasciende cualquier cultura, pero todas las culturas, al entrar en contacto con la fe cristiana, deben afrontar las expectativas reales del hombre, las fines de la naturaleza humana, respetando y promoviendo las exigencias de racionalidad y de libertad que estn grabadas en el coraz3n humano. En el curso de los siglos la civilizaci3n fundada sobre la herencia griega y latina ha mostrado c3mo el fermento cristiano sabe desarrollarse plenamente las potencialidades de una cultura centrada en la dignidad de la persona. Todo lo que es aut3nticamente cristiano importa mucho a los que estn interesados en la suerte de nuestra civilizaci3n. Por otra parte, la nota de la « romanidad » no es una simple indicaci3n geográfica, sino un lazo teol3gico y cultural: una característica decisiva para identificar la genuinidad de las manifestaciones de una fe coherente con el mensaje de Cristo ».

Uno de los mayores protagonistas del cristianismo en nuestro siglo es Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, la asociaci3n cat3lica internacional que, desde 1928, se ha difundido por todo el mundo, constituyendo un fen3meno sin precedentes en la historia de la Iglesia. Su doctrina enfoca su energa en los más ricos venenos de la acaci3n cristiana: la filiaci3n divina, la vocaci3n universal a la santidad, el sentido de la libertad y de la responsabilidad personal. Al mismo tiempo, esta doctrina ha insertado en la tradici3n del cristianismo un profundo análisis teol3gico y una operante pr3ctica de la dimensi3n cristiana del trabajo humano: la santificaci3n en y desde las realidades humanas como lazo natural de la vida del cristiano ».

Mons. Escrivá de Balaguer vivi3 en Roma desde 1946 hasta el día de su muerte, el 26 de junio de 1975. En Roma ha querido ser sepultado. « Me siento romano » — dijo el Fundador del Opus Dei en una homilía de 1972 — porque romano quiere decir universal, cat3lico; porque me lleva a querer tiernamente al Papa, il dolce Cristo in terra, como gustaba repetir Santa Catalina de Siena. Venero con todas mis fuerzas la Roma de Pedro y de Pablo, bañada por la sangre de los mártires, centro de donde tantos han salido para propagar en el mundo entero la palabra salvadora de Cristo. Ser romano no entraña ninguna muestra de particularismo, sino de ecumenismo aut3ntico; supone el deseo de agrandar el coraz3n, de abrirlo a todos en las ansias redentoras de Cristo, que a todos busca y a todos acoge, porque a todos ha amado primero ».

Mons. Escrivá de Balaguer hizo de Roma el centro de la difusi3n del Opus Dei por los cinco continentes. Es significativo que este perfil teol3gico del Fundador haya sido escrito por el Cardenal Sergio Pignedoli, Presidente del Secretariado para los no Cristianos, despu3s de haber sido durante años secretario de la Congregaci3n para la Evangelizaci3n de los Pueblos, es decir del dicasterio vaticano que promueve, desde Roma, la difusi3n de la fe en el mundo.

mente la actual desorientaci3n de muchas almas, rezaba y trabajaba con renovado celo, y pedía oraciones. Tendía la mano «como un pobrecito de Dios, implorando la limosna de la oraci3n». Recordaba incesantemente que este tiempo de tormenta, en el que el demonio, una vez más, zarandea como al trigo a la Iglesia de Dios (cfr. Lucas 22,31), es tiempo de plegarias y de reparaci3n, porque cuanto más se extiende la insidia y la infidelidad tanto más necesario es buscar la intimidad con Dios en la oraci3n y en la penitencia.

Pero su fe no le permitía estar triste y menos aún desalentado. Ofrecía sus sufrimientos y toda su vida por la Iglesia y por el Papa y seguía trabajando contento —sembrador de paz y de alegría—, lleno de optimismo, infundiendo a su alrededor seguridad y consuelo. «Pase lo que pase —escribía—, Cristo no abandonará a su Esposa. La Iglesia triunfante está ya junto a El, a la diestra del Padre. Y desde allí nos llaman nuestros hermanos cristianos, que glorifican a Dios por esta realidad que nosotros vemos todavía en la clara penumbra de la fe: la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica».

Le gustaba llamar al apostolado de la Obra «una gran catequesis de amor y de servicio a la Iglesia y al Papa», y quería que el apostolado de la doctrina fuese «pasión dominante» para los socios del Opus Dei. Y él, el primero, ha vivido durante cincuenta años de sacerdocio esta pasión: y lo ha hecho de forma incansable o, quizá, a pesar de tanto cansancio.

Faciam tuam, Domine, quaero (Ps. 26,8), Señor, deseo ver tu Rostro. Ese era ya el suspiro de un alma tan afinada por la intimidad divina, por la *esclavitud del amor*, por el humilde servicio de muchos años. Por eso podemos estar seguros de que había alcanzado la identificaci3n con Cristo

que él ponía como meta a sus hijos. Este deseo habrá sido ya satisfecho. Cristo, a quien tanto amó y deseó, habrá acogido a su siervo en la eterna contemplaci3n de su Rostro.

Su tránsito a la vida eterna ha exigido de sus hijos del Opus Dei y de todos nosotros, sus amigos, el grave sacrificio de la separaci3n durante este tiempo terreno de espera. Y siguen actuales las palabras de San Jerónimo, en la muerte de una persona amadísima: «No nos entristezcamos por haberla perdido, sino demos gracias a Dios de haberla tenido: de tenerla todavía, porque en Dios todas las cosas viven y quien vuelve al Señor vuelva a formar parte de la familia».

Con Mons. Escrivá de Balaguer nosotros nos sentimos como en familia, más aún que cuando estaba en vida. Por esta raz3n, cuando mis amigos del Opus Dei me han invitado a escribir algo sobre él, he aceptado gustosamente esa invitaci3n. Como conocía pocos datos de su vida y de sus actividades, los he solicitado a estos amigos, para poder ahondar en su *iter* sacerdotal, en las etapas de su recorrido espiritual y en las metas alcanzadas o esperadas por él. Pero yo tenía clara conciencia de conocerlo y de amarlo desde siempre, desde que me encontré con él, antes de los años cincuenta. ¿Qué importa si, después de aquel encuentro, lo vi pocas veces o lo vi sólo en circunstancias ocasionales? El estaba ya en mi alma como auténtico sacerdote: un hombre que *ve* y ayuda a los demás a *ver*. Y siempre con el corazón joven, como si el camino que lleva a Dios estuviera siempre en su comienzo, a la luz del alba.

Por eso lo siento muy próximo, como a alguien de la familia. Me vienen a la memoria las palabras de San Juan Crisóstomo ante la muerte de un amigo queridísimo: «Te amamos y te perdimos. Tú ya no estás donde estabas, pero estás en cualquier sitio en donde nosotros estemos».

The priest

MONSIGNOR Josemaría Escrivá de Balaguer, founder and president-general of the international Catholic association, Opus Dei, died at his residence in Rome last June 26.

He was born on January 9, 1902, at Barbastro in Spain.

Ordained a priest in 1925, he began his pastoral ministry in rural parishes, and subsequently worked among the poor of Madrid and extended his ministry to university students.

On October 2, 1928, only three years after ordination, he founded Opus Dei, an association which has spread throughout the whole world and claims a membership of 60,000 priests and the laity.

Last March 28, he celebrated the 50th anniversary of his priesthood.

A short time before the event, he stated: "I do not wish to have any special celebration for the occasion, because I wish to spend this Jubilee day in the usual routine of my daily life. My task is to retire unobtrusively into the background so that only Jesus may shine forth."

This humility, combined with a very deep faith and charity towards all men without limits, was the keynote of his life's work. His teaching and example have had a profound effect on the Catholic Church: He was a man of great spiritual depth, with an almost instinctive understanding of the aspirations of the Christian life and the needs of the Church.

His writings have reached millions of people, notably *The Way*, a book of spiritual considerations first published in 1934, and *Christ is Passing By*, published in 1973.

Many of his ideas and teachings were taken up and underlined in the Second Vatican Council. Among other things, Msgr Escrivá de Balaguer brought over a thousand professional men from all branches of civil life to the Catholic priesthood.

As a man, he talked of God and the Christian life with optimism, cheerfulness and good humour, and emphasised the value of ordinary work offered to God with simplicity and in a spirit of prayer.

In 1934, he wrote: "Have no fear of death. Accept it as of now, generously . . . when God wills it, where God wills it, as God wills it. Don't doubt what I say: it will come in the moment in the place and in the way that are best: sent by your Father-God."

A solemn Requiem Mass, presided by Cardinal Otunga, will be said for Msgr Escrivá at the Holy Family Cathedral today at 11 a.m.

D.S.

EL SACERDOTE

por David Sperling

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador y Presidente General de la Asociación católica internacional Opus Dei, falleció el pasado día 26 de junio en su residencia de Roma.

Nació en Barbastro (España), el 9 de enero de 1902. Ordenado sacerdote en 1925, comenzó su ministerio pastoral en parroquias rurales y, más tarde, en las barriadas obreras y entre los estudiantes universitarios de Madrid.

El 2 de octubre de 1928, sólo tres años después de su ordenación, fundó el Opus Dei, una Asociación que se ha extendido por todo el mundo y que cuenta hoy día con unos 60.000 socios.

El pasado 28 de marzo celebró el 50 aniversario de su sacerdocio. Unas semanas antes de esa fecha había escrito: «No quiero que se prepare ninguna solemnidad, porque deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca».

Esta humildad, junto con una profunda fe y con un amor sin límites hacia todos los hombres, fue la clave de toda su vida de trabajo. Sus enseñanzas y su ejemplo han tenido un gran eco en la Iglesia Católica: fue un hombre de gran talla espiritual, con una comprensión casi ins-

tintiva de la finalidad de la vida cristiana y de las necesidades de la Iglesia.

Sus escritos han llegado a millones de personas, especialmente *Camino*, un compendio de consideraciones espirituales, publicado por primera vez en 1934; y *Es Cristo que pasa*, publicado en 1973.

Muchas de sus ideas y enseñanzas fueron recogidas y subrayadas por el Concilio Vaticano segundo. Mons. Escrivá de Balaguer llevó también al sacerdocio a más de un millar de profesionales de todos los países.

Habló de Dios y de la vida cristiana con enorme optimismo, entusiasmo y buen humor, y destacó el valor del trabajo ordinario ofrecido a Dios con rectitud de intención y con espíritu de oración. En 1934 había escrito: «No tengas miedo a la muerte.—Acéptala, desde ahora, generosamente... cuando Dios quiera... como Dios quiera... donde Dios quiera.—No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más convenga... enviada por tu Padre-Dios».

Hoy, a las once de la mañana, se celebrará una solemne Misa de funeral por Mons. Escrivá de Balaguer en la Catedral de la Sagrada Familia, presidida por el Cardenal Otunga.

EN TORRECIUDAD

Mis recuerdos de Monseñor Escrivá de Balaguer

Por
CESAR ORTIZ-ECHAGÜE



Monseñor Escrivá de Balaguer consagra el altar mayor del santuario a la Virgen en Torreciudad. Junto a él, el arquitecto, don Heliodoro Dols.

«HABEIS hecho, con material barato, con material de la tierra, material divino».

Escuchaba yo estas palabras de labios de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, el pasado 23 de mayo, mientras contemplábamos los edificios —a punto de terminarse— de Torreciudad.

Veía ya realizado el Padre —así le llamábamos tantos y tantos— un viejo sueño suyo: un lugar que sirviera de testimonio de su agradecimiento a la Madre de Dios, por continua ayuda que Ella le había prestado a lo largo de su vida, y un espacio abierto a la oración y al encuentro con Dios a través de su Madre.

Miles de personas, de todos los rincones del mundo, habíamos conocido ese deseo y nos habíamos propuesto dedicar muchas horas de trabajo para convertirlo en realidad.

Se eligió, como emplazamiento adecuado, un rincón del Somontano aragonés, cara al Pirineo, que cobijaba una

pequeña ermita —casi en ruinas— dedicada a la Virgen de Torreciudad. Una ermita a la que, allá por 1904 había acudido un joven matrimonio de Barbastro, llevando en brazos a su hijo de dos años, para agradecer a la Virgen su curación de una grave enfermedad. Ese niño se llamaba Josemaría Escrivá de Balaguer y sería el Fundador del Opus Dei.

En esa mañana de 23 de mayo pasado, rodeábamos al Padre los arquitectos que, bajo la dirección de Heliodoro Dols, habíamos trabajado en la realización del proyecto y de las obras y, mientras recorríamos los edificios, venían a mi mente muchos recuerdos de los años de su gestación.

Monseñor Escrivá de Balaguer nos dejó una total libertad en nuestra expresión arquitectónica, pero nos dio —en ratos de charla familiar, sin ningún protocolo— multitud de sugerencias que fueron marcando las líneas maestras

de Torreciudad y que eran el reflejo del espíritu de ese aragonés universal que el Señor acaba de llevarse consigo.

Torreciudad debía ser, ante todo, un lugar de oración, de paz, donde todo ayudase, bajo la mirada serena de María, a un nuevo encuentro con Dios.

Primero oración, después expiación, en tercer lugar, muy en "tercer lugar", acción. (Camino, 82.)

A Jesús siempre se va y se "vuelve" por María. ("Camino", 495.)

Y, desde los pórticos de entrada a la explanada —decorados con Misterios del Rosario— hasta la iglesia de proporciones familiares, nada monumental, en la que un material barato, de la tierra —el ladrillo—, se dirige la atención hacia el presbiterio y el retablo: hemos procurado que todo ayudase a acercarse a Jesús, a través de su Madre.

En Torreciudad, el peregrino que acudiese allí, buscando a Dios, debía encontrar la máxima felicidad para enriquecerse con la Gracia en el Sacramento de la Penitencia, en la Confesión.

¡Mira qué entrañas de misericordia tiene la justicia de Dios!

—Porque, en los juicios humanos, se castiga al que confiesa su culpa, y en el divino, se perdona.

¡Bendito sea el Santo Sacramento de la Penitencia! ("Camino", 309.)

En tres criptas bajo la nave de la iglesia hemos colocado confesonarios abundantes, donde el peregrino encontrará al sacerdote amigo, que le espera con «entrañas de misericordia», como el Cristo que es.

Torreciudad debía ser un lugar en el que el Amor de



El 23 de mayo pasado visitó Torreciudad, prácticamente terminado. En la foto aparece con el autor de estas líneas, otros arquitectos y personas que han colaborado en los trabajos del santuario mariano.

Dios reencontrado llevase directamente el amor a los hombres. Debía ser un lugar de formación espiritual y humana de la que pudiesen beneficiarse miles de personas de todas las condiciones: solteros, casados, sacerdotes, hombres, mujeres...

Cuando hayas terminado tu trabajo, haz el de tu hermano, ayudándole, por Cristo, con tal delicadeza y naturalidad que ni el favorecido se dé cuenta de que estás haciendo más de lo que en justicia debes.

¡Esto sí que es fina virtud de hijo de Dios! ("Camino", 440.)

Y los edificios que rodean al santuario reúnen ya, en ese ambiente de sosiego y de quietud a grupos muy variados de personas, en cursos de retiro espiritual, cursos de formación, reuniones de investigadores, etcétera.

En la construcción de To-

rrerciudad debía presidir un criterio de austeridad en la elección de los materiales, unido al mayor cuidado en los detalles de su ejecución.

Despégate de los bienes del mundo. Ama y practica la pobreza de espíritu: Conténtate con lo que basta para pasar la vida sobria y templadamente. Si no, nunca serás apóstol. ("Camino", 631.)

Las almas grandes tienen muy en cuenta las cosas pequeñas. ("Camino", 818.)

Y allí hemos empleado fundamentalmente el material más humilde y común en Aragón: el ladrillo, manejado armoniosamente —hasta en los más pequeños detalles— por la mano maestra de Heliodoro Dols.

Terminamos el recorrido y oímos de labios del Padre: «Hijos míos, me voy muy contento. Habéis hecho un lugar donde se reza muy bien. Se

nota que lo habéis hecho con un gran amor a la Virgen».

Te animo, lector amigo, a que subas allí como peregrino y nos digas si ese juicio del Padre, al decirnos que habíamos realizado bien su viejo sueño, fue un juicio benévolo o si, en efecto, encontramos allí realizadas esas metas que nos puso ese gran cumplidor de la Voluntad divina que fue Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer.

Ahora, desde el cielo, donde habrá recibido de la Trinidad Santa, el premio por su fidelidad, intercederá también por los que vayan a rezar a Torreciudad.

El cielo: "ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasaron al hombre por pensamiento las cosas que tiene Dios preparadas para aquellos que le aman".

¿No te empujan a luchar esas revelaciones del apóstol? ("Camino", 751.)

Opus Dei founder dies in Rome

Msgr. Josemaría Escrivá de Balaguer, founder and president general of Opus Dei, an international Catholic organization died last June 26 at the age of 73 in Rome.

Msgr. Escrivá de Balaguer was born in Barbastro (Spain) in 1902, the son of Jose Escrivá de Balaguer y Corzan and Maria Dolores Albas y Blanc.

He was a doctor in law of Madrid University and a doctor in theology of the Lateran Pontifical University (Rome). He was also a doctor honoris causa in philosophy and letters of the University of Saragossa.

After being ordained in 1925, he began his work as a priest in country parishes and later in the poorer

districts of Madrid and among university students. He was superior of Saragossa Seminary, and taught philosophy and professional ethics at the Madrid School of Journalism, and Roman Law in Madrid and Saragossa. He was sometime consultant to the Congregation for Catholic Education and to the Pontifical Commission for the interpretation of the Code of Canon Law.

Msgr. Escrivá de Balaguer was an honorary prelate to the Pope and Chancellor of the University of Navarre (Spain) and the University of Piura (Peru). He was also a member of the Pontifical Roman Academy of Theology.



Fr. BALAGUER

On October 2, 1928, three years after becoming a priest, Msgr. Escrivá de Balaguer founded Opus Dei. Ever since then his life had been completely identified with the history and development of that

association. Since 1946, he had lived in Rome, as president general of Opus Dei.

Among his published works to date, as well as various historical and legal studies such as *La Abadesa de las Huelgas*, are three books on spirituality which have been translated into many languages: *The Way, Holy Rosary*, and a book of homilies entitled *Christ is Passing By*. A book of press interviews has also been published under the title *Conversations with Msgr. Escrivá de Balaguer*.

A solemn funeral Mass will be celebrated at the Manila Cathedral in Intramuros on Saturday, July 5, at eight o'clock in the morning.

EL FUNDADOR DEL OPUS DEI FALLECE EN ROMA

Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador y Presidente General del Opus Dei, una Asociación católica internacional, falleció en Roma el pasado 26 de junio, a la edad de 73 años.

Mons. Escrivá de Balaguer había nacido en Barbastro (España), en 1902. Sus padres fueron don José María Escrivá de Balaguer y Corzán y doña María Dolores Albas y Blanc.

Se doctoró en Derecho en la Universidad de Madrid, y en Teología en la Pontificia Universidad Lateranense (Roma). También recibió el Doctorado «honoris causa» en Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza.

Después de ordenarse sacerdote en 1925, comenzó su labor pastoral en parroquias rurales y, más tarde, en los barrios pobres de Madrid y entre los estudiantes universitarios. Fue Superior del Seminario de Zaragoza, y enseñó Filosofía y Ética Profesional en la Escuela de Periodismo de Madrid, y Derecho Romano en Madrid y Zaragoza. Ha sido también Consultor de la Sagrada Congregación para la Educación Católica y de la Pontificia Comisión para la interpretación auténtica del Código de Derecho Canónico.

Mons. Escrivá de Balaguer fue Prelado Doméstico de Su Santidad y Gran Canciller de las Universidades de Navarra (España) y Piura (Perú), y miembro de la Pontificia Academia Romana de Teología.

El 2 de octubre de 1928, tres años después de su ordenación sacerdotal, fundó el Opus Dei. Desde entonces su vida ha estado completamente identificada con la historia y el desarrollo de esta Asociación. Desde 1946 vivió en Roma, como Presidente General del Opus Dei.

Entre las obras que se han publicado hasta ahora, destacan —además de *La Abadesa de las Huelgas* y otros estudios históricos y jurídicos— tres libros de espiritualidad que han sido traducidos a muchos idiomas: *Camino*, *Santo Rosario* y un volumen de homilias titulado *Es Cristo que pasa*. También ha aparecido un volumen, *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, que incluye algunas de las entrevistas que había concedido a la prensa.

En la Catedral de Manila se celebrará una solemne Misa de funeral el próximo sábado, día 5 de julio, a las ocho de la mañana.

Responso personal de gozo y de esperanza por don José María Escrivá

Hace ya tantos años! Apenas alboraba la Segunda República cuando conocí a don José María Escrivá de Balaguer. El iría a cumplir entonces los treinta años de edad. El Opus Dei era algo así como una criatura en la cuna. Acababa de ser fundado. Mi amistad con el fundador vino a través de la familia del Portillo, emparentada con la de un amigo burgalés de mucha distinción —Luis García Lozano— ¡larga vida le dé Dios! y con la del inolvidable doctor José María Pardo Urdapilleta. Los Portillo que yo conocí fueron tres: un médico, un capitán de la Legión y un ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. Este último se llama Alvaro. Es, desde hace mucho años, sacerdote, doctor en Derecho Canónico, doctor en Filosofía y Letras agudo y penetrante en sabidurías eclesiásticas, secretario general del Opus Dei, colaborador esencial de monseñor Escrivá de Balaguer, desde el primer día.

Ya en aquel tiempo que ahora rememoro, el joven sacerdote aragonés no soñaba sino con el apasionado servicio de Dios y con el cuidado de las almas. Andando los años, esos dos anhelos supremos, Dios como última razón de nuestro ser, de nuestro existir, y la limpia dignidad del alma humana como ideal que todos debíamos servir integralmente a lo largo de nuestra vida, fueron, sin un minuto de interrupción, su norte, su fe, su esperanza y su caridad.

Un día le dije: —«Aún en las fundaciones religiosas más egregias, suelen correr los fundadores el peligro de caer en pecado de soberbia. Y en las hagiografías leemos que tienen que librar luchas enconadas contra esa tentación. Tú pareces libre de tan airado sentimiento.»

Me contestó: «¿Yo? ¿Cómo quieres que me tiente el orgullo? ¿Por qué? Soy un pobre cura; casi un cura de pueblo; un sacerdote de la Iglesia de Dios, siervo de todos los demás; y mi refugio de salvación, mi deber más inmediato, debe ser la humildad. No quiero sino ayudar por los caminos del espíritu a la libertad y a la dignidad del hombre. Ese es mi sueño.»

Pasaron varios lustros. Fuimos un día Ramón Matoses y yo a verle y a escucharle en su residencia romana de la Vía Bruno Buozzi, 73 y 75, Ramón Matoses, nuestro gran Agregado Comercial en Roma, le trataba y le quería como a un hermano.

—Ha pasado mucho tiempo —le comenté yo— desde que comentábamos en mi casa de Madrid tu entonces reciente fundación del Opus Dei. ¿Te acuerdas de lo que dijimos a propósito del pecado de soberbia que acecha a los fundadores? Ahora que tu obra es una realidad poderosa, y hablas desde Roma a miles y miles de discípulos, ¿sigues viéndote a ti mismo como un cura de pueblo, como un pobre sacerdote que no quiere sino trabajar fraternalmente por la libertad y la dignidad del hombre al servicio de Dios?

Me dijo: —«Dios es tan generoso conmigo que me libra constantemente de la terrible tentación de la soberbia. Mira todo lo que ves alrededor de nosotros: fotografías de mis padres, algún recuerdo familiar, ecos primarios de mi niñez y de mi juventud, intimidad sin ningún propósito de resplandor, memorias de algunos colaboradores de las horas iniciales; ya ves, nada; infancia; imágenes de mi tierra natal. Nada más. Este es el mundo de mi pequeñez personal. Y sobre este no ser nada, sino una fuerte voluntad, levanto cada día mis esfuerzos, mis esperanzadas empresas espirituales, mi lucha por un mundo de hombres libres en la libertad de Dios.»

Ramón Matoses y yo le escuchábamos con atención sostenida. Una sentencia latina subrayó la explicación: «In

superbia initium sumpsit omnis perditio». («En la soberbia tiene su comienzo toda perdicción»).

Jamás, en nuestro largo trato de amigos, me pidió, ni siquiera me indicó, ni aún me sugirió con alguna alusión, dejara, que me incorporase a la Obra. Hablábamos de todo, menos de eso y de política. En los años de la República, no recuerdo que sacase a colación en nuestros diálogos el tema de las muchas conturbaciones que se abatían sobre el país, para aflicción incluso y, para duelo de muchos republicanos. Si yo me refería en algún instante a los azares y sobresaltos de la vida nacional, él escuchaba; pero, tan pronto como le era posible tornaba a sus preocupaciones, y recaíamos nuevamente en esclarecimientos del orden espiritual.

Sólo una vez —lo recuerdo muy bien— quiso saber mi opinión acerca del interés que pudiese tener la creación de determinados órganos de expresión periodística. ¿Valía la pena de lanzarse a ello? ¿Era aconsejable? ¿No serían mayores los dañosos inconvenientes que los posibles provechos?

No tuve más remedio que responderle: «Mi contestación y mi consejo —si consejo solicitares de mí— carecerían de sentido mientras no me expliques seriamente qué es lo que quieres decirle al pueblo español, cuál es el contenido real de tu mensaje...»

Me interrumpió sin tardanza: «No se trata del pueblo español, únicamente. No he fundado una Obra española y, para españoles, sino una asociación internacional, o si prefieres, universal, que se difundirá mundo adelante y dará sus frutos en todos los Continentes...»

Yo insistí: —Mi observación es válida para lo español y para lo universal. ¿Fundar revistas? ¿Diarios? ¿Y para qué? ¿Qué te propones hacer con éstos y con aquéllas? ¿Qué voz deseas hacer llegar, y qué doctrina, a los posibles lectores? Contar con órganos de información por el mero gusto de poseerlos, o por externas razones de vanidad, o por afán de conquistar pequeñas posiciones triviales e interesadas, según acontece con la generalidad de los políticos profesionales, no tiene la menor importancia; no cumple ninguna finalidad seria, ni es cosa de monta suficiente como para que te entregues a ello; no pasaría de ser una triste trivialidad. Esforzarse en las tareas de un periodismo muy acendrado, hondo, alto, limpio, sacrificado, para servir un pensamiento libertador, para apoyar una misión trascendente, según dices que es tu propósito esencial, puede equivaler a un designio interesante. Pero avanza con tiento. El periodismo puede ser, y de hecho es, algo así como un campo de minas.

—No quiero nada —comentó— que no ayude a proclamar como ideal primero, la libertad de la persona humana en las tres virtudes teológicas.

—Entonces —terminé— date a ti mismo la seguridad de lo que deseas hacer; y cuando lo hayas definido sin vacilación posible, cuando tengas la certidumbre de lo que quieres decir, piensa en la aventura, siempre rodeada de peligros y de equívocos, del periodismo como instrumento de comunicación.

El apostilló: «Sé lo que quiero decir y hacer. Y todos lo sabrán pronto igual que yo.» (Era en los años iniciales de la fundación.)

Otra vez, —(también se hallaba presente el querido Ramón Matoses en esta conversación)— como me invitara a decirle mi leal parecer sobre las actividades del Opus Dei, me permití exponerle:

—Creo que eres un personaje casi desconocido. Probablemente hay discípulos tuyos que no han llegado todavía a interpretar bien tu pensamiento y tu voluntad. Según declares, no debe el hombre evadir ninguna de las honestas realidades diarias, porque en medio de las actividades vulgares de cada día y de cada hora se puede cumplir la voluntad de Dios. Algo de esto sostenía Santa Teresa de Jesús, y luego se quejaba de que no todas sus monjas le habían entendido bien. Se trataba de criaturas sujetas a soledad, cilicio y disciplina clausural... Imagina los problemas que a tu obra se le han de presentar tratándose de discípulos que viven en el centro de las pasiones del mundo, y son como arboladuras sacudidas por la tormenta. ¡La santidad, o el anhelo de santidad en el libre juego y rejuego de las tempestuosas luchas humanas...! ¡Es extraordinario lo que propones a quienes te siguen!

—Pues así ha de ser; y no de otro modo. —Por eso corres el riesgo de parecer ahora mismo, y continuar pareciendo durante mucho tiempo, una personalidad desconocida, un ignorado por deformación ajena, un enigma, un ser un poco misterioso.

—Eso no importa, mientras avancemos en la promoción de la libertad humana y en la buena concertación de lo natural y lo sobrenatural.

Así solía hablar don José María Escrivá de Balaguer. Ese era su ámbito de vida, de amor y de esperanza. ¡Esperanza! Creo que he dado con una de las palabras clave para comprender al fundador del Opus Dei. No se sabe por qué, de las tres virtudes teológicas —Fe, Esperanza y Caridad o Amor— suele insistirse habitualmente en la Fe y en la Caridad. Olvidamos, eh cierto modo, la Esperanza. Se toma muy al pie de la letra la inmortal admonición paulina a los Corintios acerca de la caridad: «Si hablase las lenguas de los hombres y de los ángeles, más no tuviese caridad, no soy sino un bronce resonante o un címbalo estruendoso. Y si poseyere el don de profecía y conociere todos los misterios y toda la ciencia; y si tuviere toda la fe y trasladare montañas, más no tuviere caridad, nada soy.» En la propia maravilla de las cartas de San Pablo, consta que la salvación llega por los caminos de la esperanza. Este pensamiento aparecía y sobresalía en casi todas las conversaciones con el padre Escrivá. No sé qué don carismático posea que le permitía promover esperanza, ensanchar horizontes, vencer pesimismo, comunicar la seguridad de un futuro resplandeciente, calmar desasosiegos, iluminar dudas, sentirse ante todo y sobre todo, sacerdote de Dios, y en calidad de tal, predicar y pedir una viva permanencia en la fe, una ardorosa caridad, pero también una luminosa esperanza. Supongo que era un gran meditativo de San Pablo. Sin duda por su condición de hombre esperanzador.

Acabó nuestra última conversación en Vía Bruno Buozzi, declarándole Ramón Matoses, su amigo y mi amigo fraterno, y declarándole yo:

—Padre Escrivá: Aquí tienes a dos personas que, probablemente, no se sienten con la fuerza necesaria para se-

guirte, para obedecerte, para rendirse a tu disciplina; pero los dos quisiéramos tenerte a nuestro lado a la hora de la muerte; porque tú nos enseñas que «no debemos sentir miedo de la muerte; que importa aceptarla generosamente; cuando Dios lo disponga; como Dios quiera, donde Dios desee. Vendrá —no lo dudéis— en la hora, en el lugar y en la circunstancia oportunos; como un envío de Dios, el Padre. ¡Sea bienvenido nuestra hermana la muerte!».

Entre bromas y veras nos despedimos. Ramón Matoses no pudo ver cumplidos sus sueños de tener a don José María junto a su lecho en el último trance. Yo no lo tendré, tampoco, porque a él le ha llegado la «hermana» de pronto, sin anunciarse, igual que un rayo del cielo.

No recuerdo a nadie que, con tanta espontaneidad, con naturalidad tan admirable, uniera en un solo haz lo natural y lo sobrenatural; Dios y el hombre; el hombre y Dios. Esa difícilísima empresa de tener presentes las inspiraciones sobrenaturales en medio de las más menguadas trivialidades de la humana existencia, se cumplía en el fundador del Opus Dei sin la menor apariencia de esfuerzo, sin rechinchamientos a la hora de ajustar las inquietudes del más allá con las realidades del más acá. Ignoro cuáles fueron los caminos que le llevaron a una tan perfecta unión de los dos mundos. Entiendo que para él no había tales «dos mundos», sino uno sólo. A mí me recordaba influencias teresianas en el servicio de Dios; con la particularidad de que al padre Escrivá le gustaba llevar su ensueño religioso a «la hermosa mitad de la calle», según palabras suyas. La empresa estaba y está erizada de obstáculos y corre los peligros que «la mitad de la calle» supone.

Únicamente a un hombre de excepción se le podría ocurrir, como la cosa más natural, que el fracaso de cualquiera de nuestros empeños no es sino espuela de la voluntad, y que, en resumen, hasta puede haber cierto gozo en el fracasar, porque así aprendemos a reiterar los bríos de la obra iniciada, y nos aleccionamos con la humildad necesaria para alzarnos hacia lo sobrenatural en pos de nuevas fuerzas.

Sigo pensando que don José María Escrivá de Balaguer fue siempre, y aún es, un gran desconocido. Como descendió a la calle en busca de santidad, la calle ha sido, más de una vez, implacable con él y con su ardoroso desafío. Los suyos le conocieron; pero no todos. Hay discípulos que, sencillamente, le adivinaron. «Yo no quiero ser más que un buen sacerdote. ¿Sabéis lo que eso supone? ¡Un buen sacerdote de Dios! Lo demás me importa poco. Y en todo caso, se me dará por añadidura» nos decía, al despedirnos, en la puerta de su despacho íntimo; de aquel despacho en que las nostalgias infantiles de su Barbastro natal, su iniciación en la carrera del sacerdocio, la sonrisa de su madre, la emoción de los primeras oraciones, las dudas y también las fortalezas de los días de su fundación, componían un ámbito de por sí muy especial, mitad evocación, mitad reflejo de una celda. Y siempre, celda u hogar, observatorio de la lucha por la santidad en medio de los rumores y de las embestidas de la calle.

¡Et lux perpetua luceat ei!

Manuel AZNAR

The quiet man

If the name of Monsignor Josemaría Escrivá is not even familiar to you, it is not surprising. He was a quiet man whose work was his dedication. When he died of a heart attack in Rome at 73, those who knew him best know the Church had lost one of its great sons of this century.

He was the founder and president general of the Opus Dei. There are 56,000 members of the Opus Dei in 80 countries of the world. There are an estimated 5,000 members in the United States. Like its founder, the Opus Dei and its members are not well-known. The members of the Opus Dei are men and women living in the world, working as doctors, professors, engineers, editors, artists, bankers, economic experts, political scientists and, as they practice their professions, dedicate their lives to the practice of Christian virtue.

There have been times when Opus Dei members have received international publicity—as in Spain in the 1980s when members of the Opus Dei rose to important positions in the economy and political life of Spain.

But this was the exception and then the publicity misrepresented the organization because the Opus Dei is not involved in any way in politics. The members of the Opus Dei, being professional people and totally committed, may rise to positions of importance in their professions but this is related to their professional lives, not to the essence of their being members of the Opus Dei, which is a spiritual commitment.

Josemaría Escrivá de Balaguer y Albas was born in Barbastro, Spain, a small town in Aragón, Jan. 9, 1902. His father was a businessman who died soon after World War I. Later the founder of the Opus Dei was to say of him that he was a "genuine saint."

He studied law at the University of Saragossa, later took a doctorate in law at the University of Madrid. He entered the archdiocesan seminary at Saragossa and on Mar. 28, 1924, he was ordained. He later took a doctorate in theology at the Pontifical Lateran University in Rome.

After ordination he moved with his mother, his sister Carmen and brother Santiago to Madrid where he began his work among the students of the University of Madrid.

A year and a half after his ordination he began what was to be known as the Sacred Society of the Holy Cross and the Opus Dei. When it was founded Oct. 2, 1928, the association had as its aim to teach Christians "that sanctity is not reserved for the privileged few and that all



Mons. Josemaría Escrivá
the ways of the earth can be made divine."

His concept was of men and women, living in the world, carrying on their work in the secular world, but seeking the fullness of Christian life, striving for spiritual perfection. Coming at a time when Catholics were likely to think of only priests and Religious as seeking to live a fully dedicated life, only the clergy and Religious seeking spiritual perfection, the young priest challenged people in the world to make the same dedication of their lives. They would remain lay people but they would dedicate their lives to Christ.

Monsignor Escrivá never talked about the beginnings of the Opus Dei. He said once that the beginning of the idea came to him when he was only 15 and in the first years the association developed in a quiet way.

He opened a residence for students near the University of Madrid and it became not just a residence for young men but the first of the Opus Dei houses of study.

Isidoro Zorzano, an engineer who worked for the Spanish Railways, was one of the first members of Opus Dei. He became a victim of Hodgkins Disease, a cancer of the lymph glands, and he died in 1943 "in the odor of sanctity." Steps have been taken for his beatification and Daniel Sargent wrote a book about him called "God's Engineer." He was laid to

rest in the burial vault of Monsignor Escrivá's family in a cemetery near Spain.

One of the early members of the Opus Dei was another engineer, José Luis Muñoz, who was later ordained a priest and originated the work in the United States. The other first members were Josemaría Hernández de Garnica, Rodríguez Casado, Alvaro del Portillo, and Pedro Casciaro, later Procurator General.

During the Spanish Civil War, the apostolic work of Father Escrivá continued. Members of the Opus Dei carried the Blessed Sacrament to Catholics in hiding during times of persecution.

The Opus Dei then began to spread over all the world. Its members were professional people, many holding doctorates in their own fields. Because chaplains were needed, some members were given theological training, were ordained as priests but of the 56,000 members in the world most are lay men or, since in 1930 Opus Dei was established for women, lay women.

Monsignor Escrivá was described as a man of great organizing talent and personal warmth. He was also a great writer. His book of meditations, *The Way*, has sold two and a half million copies in 28 different languages.

Monsignor Escrivá was a close friend of Pope Paul. The New York Times reported that he saw Pope Paul almost every month in private. He continued directing the Opus Dei until his death. When he died Father Alvaro del Portillo, one of the young men who joined him nearly 45 years before, was with him to administer the last rites of the Church.

He was a quiet man who, even though he founded an organization that has members in 80 countries and wrote a book that has sold millions of copies, was still almost unknown by ordinary Catholics in the world.

But there seems little doubt that generations in the future will hear much more about a man who believed that not just clergy and Religious should give themselves in total dedication to Christ but that lay people should do this too, as they work in the world.

UN HOMBRE SERENO

No es sorprendente que el nombre de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer no le resulte familiar. Fue un hombre sereno que dedicó toda su vida al trabajo. Cuando falleció en Roma, a los 73 años de edad, de un ataque al corazón, los que le conocían más directamente se dieron cuenta de que la Iglesia había perdido uno de sus mejores hijos.

Mons. Escrivá de Balaguer fue el Fundador y primer Presidente General del Opus Dei, que cuenta actualmente con unos 56.000 socios en 80 países del mundo; unos 5.000 de ellos son estadounidenses. Como su Fundador, el Opus Dei y sus socios no son bien conocidos: los socios de la Obra son hombres y mujeres que viven en el mundo; son mé-

dicos, profesores, editores, artistas, obreros y empleados que, al mismo tiempo que ejercitan su profesión, dedican sus vidas al cultivo de las virtudes cristianas.

En algunas ocasiones, los socios del Opus Dei han tenido eco internacional, como en la España de los años 60, en que algunos de ellos ocuparon puestos importantes en la vida económica y política de la nación. Fue entonces cuando la prensa malinterpretó a la Asociación, olvidando que el Opus Dei es ajeno a cualquier tipo de ideología política: sus socios pueden alcanzar puestos de importancia dentro de su profesión, pero estos logros son fruto de su propia competencia profesional, y no tienen nada que ver con su pertenencia a la Obra, cuyos objetivos son exclusivamente espirituales.

Josemaría Escrivá de Balaguer nació el 9 de enero de 1902 en Barbastro, un pequeño pueblo de Aragón (España). Su padre fue un hombre de negocios que murió a poco de empezar la Primera Guerra Mundial. Más tarde, el Fundador del Opus Dei dijo de él que fue «un auténtico santo». Estudió Derecho en la Universidad de Zaragoza, y se doctoró en la de Madrid. Ingresó en el Seminario de Zaragoza y fue ordenado sacerdote el 28 de marzo de 1925. Más tarde obtuvo el doctorado en Teología en la Pontificia Universidad Lateranense de Roma.

Poco después de ordenarse se trasladó a Madrid con su madre, su hermana Carmen y su hermano Santiago: allí comenzó su apostolado entre los estudiantes de la Universidad de Madrid. Tres años y medio después de su ordenación, exactamente el 2 de octubre de 1928, fundó el Opus Dei. Esta Asociación tenía como meta enseñar a los cristianos que la santidad no estaba reservada para unos pocos privilegiados, sino que podían ser divinos todos los caminos de la tierra.

El concebía a los cristianos —hombres y mujeres— vivien-

do en el mundo, trabajando en la vida corriente, buscando ahí la plenitud de la vida cristiana, esforzándose por vivir la perfección espiritual. En un tiempo en que era corriente pensar que sólo los sacerdotes y los religiosos podían vivir una vida plenamente entregada a Dios y que sólo ellos eran capaces de alcanzar la perfección espiritual, Mons. Escrivá de Balaguer desafió a los laicos a hacer la misma dedicación: deberían permanecer en el mundo, viviendo la vocación cristiana en medio de los afanes ordinarios de su vida.

Mons. Escrivá de Balaguer habló pocas veces sobre los comienzos del Opus Dei; en algunas ocasiones dijo que tuvo los primeros barruntos cuando sólo contaba 15 años de edad, y que los primeros años de vida de la Asociación fueron callados. Por entonces, abrió una residencia de estudiantes —que fue el primer centro del Opus Dei— cerca de la Universidad de Madrid.

Isidoro Zorzano, un ingeniero que trabajaba para la Red Nacional de Ferrocarriles Españoles, fue uno de los primeros socios del Opus Dei. Víctima de la enfermedad de Hodgkins, un cáncer de las glándulas linfáticas, murió en 1943 en olor de santidad. Actualmente está en marcha su proceso de beatificación; Daniel Sargent ha escrito un libro sobre su vida, titulado *God's Engineer*.

Otro de los primeros socios de la Obra es también ingeniero, José Luis Muñoz. En 1944 se ordenó sacerdote y comenzó la labor del Opus Dei en Estados Unidos. Entre los primeros socios se cuentan también José María Hernández de Garnica (fallecido en 1972), Vicente Rodríguez Casado, Alvaro del Portillo (después Secretario General de la Asociación), Pedro Casciaro, etcétera.

Durante la guerra civil española —en medio de las penosas circunstancias de la persecución religiosa—, Mons. Escrivá de Balaguer continuó con sus actividades apostólicas, por ejemplo

llevando el Santísimo Sacramento a muchos fieles católicos. Al terminar la guerra, la labor del Opus Dei se estabilizó. Recibió la ayuda de los obispos españoles y, en 1947, la primera aprobación de la Santa Sede, que se confirmó formalmente por un decreto fechado el 16 de junio de 1950.

El Opus Dei comenzó entonces a extenderse por todo el mundo. Sus socios son obreros, empleados y profesionales de todos los tipos, muchos de ellos doctores en sus respectivas especialidades. Para poder disponer de sacerdotes con el mismo espíritu de la Asociación, algunos socios de la Obra estudian teología y se ordenan sacerdotes, pero la gran mayoría de los 56.000 socios son seglares, tanto hombres como —desde 1930, en que nació la sección femenina— mujeres.

Mons. Escrivá de Balaguer ha sido definido como un hombre de gran viveza y talento organizativo; fue también un gran escritor: uno de sus libros de espiritualidad, *Camino*, ha vendido más de dos millones y medio de ejemplares en 28 idiomas distintos. Conoció mucho al Papa Pablo VI y continuó dirigiendo el Opus Dei hasta el mismo día de su muerte. En el momento de su muerte estaba junto a él don Alvaro del Portillo, Secretario General de la Asociación, uno de los hombres que le seguían fielmente desde hacía 45 años. El fue quien le administró los últimos sacramentos.

Mons. Escrivá de Balaguer ha sido un hombre sereno que, a pesar de haber fundado una Asociación que tiene socios de 80 nacionalidades, y de haber escrito —entre otros— un libro que ha vendido millones de ejemplares, no resulta todavía demasiado conocido para muchos católicos. Sin embargo, las generaciones futuras oirán hablar mucho de él: un hombre que creyó que no sólo los clérigos y religiosos, sino también los seglares, podían dedicarse por completo a Cristo, trabajando en medio del mundo.

Il significato dell'Opus Dei

L'Opus Dei si è trovato a trovarsi tuttora al centro di un intreccio di giudizi contrastanti come forse nessun altro dei più nuovi movimenti spirituali della Chiesa cattolica. Molto è stato scritto e talvolta si è potuto avvertire il disagio di chi scriveva provocato dal confronto con un movimento che non si lascia catalogare negli schemi tradizionali e che, inoltre, non ha fatto della pubblicità uno dei suoi programmi. Solamente l'estate scorsa, quando morì il fondatore dell'Opus Dei, padre José María Escrivá de Balaguer y Albás, il pubblico si rese conto di come egli fosse riuscito a dare vita ad un movimento diventato operante su scala mondiale e a condurre tuttavia per decenni una vita silenziosa e appartata.

Ho conosciuto personalmente padre Escrivá come una grande autorità spirituale. I suoi collaboratori hanno sempre ammirato la sua serenità, la sua disarmante franchezza, il suo talento organizzativo: qualità che si accompagnavano alla calda comprensione delle preoccupazioni e delle gioie altrui e ad uno zelo combattivo per la causa di Dio. Quando lo vidi l'ultima volta, circa un anno e mezzo fa, si parlò della situazione della Chiesa e del numero sempre più ridotto dei membri di certe grandi famiglie religiose e di movimenti spirituali.

L'Opus Dei è invece costantemente cresciuta, anche in questo periodo di disorientamento e di incertezza, fino ai sessantamila membri di oggi. Vi aderiscono persone delle nazioni e dei ceti sociali più diversi, appartenenti a tutte le professioni: ingegneri, architetti e giornalisti, operai e artigiani. Tra essi, ci sono persone che vivono nel celibato, ma la maggioranza vive nel matrimonio e tutti tendono alla realizzazione della vita cristiana quotidiana. Probabilmente, la forza magnetica dell'Opus Dei è data, per molti, dalla sua profonda spiritualità laica: già nel 1928, quando lo fondò, Escrivá aveva anticipato molto di ciò che con il Concilio Vaticano II è diventato patrimonio comune della Chiesa, e di coloro che lo hanno seguito, Escrivá ha detto con molta chiarezza che il posto del cristiano è in mezzo al mondo. Egli si è opposto a ogni falso spiritualismo che equivale quasi ad una negazione della centrale convinzione cristiana di fede nella incarnazione di Dio. Il problema che ha affascinato Escrivá faceva sempre perno intorno alla domanda: come può il cristiano, il cristiano «normale», quello che esercita una professione, che ha una famiglia, che è un cittadino come un altro, come può questo cristiano realizzare la vocazione personale alla santità senza per questo uscire dal mondo?

Escrivá non volle creare un nuovo ordine e un giorno disse esplicitamente: «Nulla diversifica i membri dell'Opus Dei dal loro cittadino e, d'altra parte, essi, tranne la fede, non hanno altro in comune con gli appartenenti a ordini religiosi. Amo i religiosi, apprezzo e ammiro la loro vita conventuale, il loro apostolato e la loro separazione dal mondo. Ma essi sono segni "diversi" della santità della Chiesa».

Escrivá volle che i membri dell'Opus Dei superassero la doppia vita di molti cristiani: da una parte la vita spirituale, il dialogo con Dio, la liturgia, la carità e dal-

l'altra parte, accuratamente separata, la vita familiare, professionale e sociale, una vita piena di piccole cose terrene. Rifiutando questa separazione, egli diceva: «Se noi vogliamo essere cristiani non possiamo accettare questo, che è quasi una scissione della coscienza. C'è infatti una sola vita, che è carne e spirito e quest'unica vita deve essere santificata nell'anima e nel corpo e riempita di Dio, il Dio invisibile che incontriamo in cose ben visibili e materiali».

L'interesse e il lavoro di Escrivá vanno trovati, qui, in una «materializzazione» della vita cristiana che lo aveva spinto addirittura a parlare di un «materialismo cristiano» in coraggiosa opposizione e contro ogni materialismo negatore dello spirito. Egli concepì la vocazione cristiana come una «trasformazione della prosa della quotidianità in un poema epico» e volle che le piccole cose di ogni giorno venissero fatte con amore, affinché si riempissero della grandezza di Dio.

In tale modo egli ha ripreso un tema che nella pietà cristiana è sempre ricorso nell'opera di grandi personalità. E' chiaro che questa valutazione delle cose terrene ha conseguenze nell'esercizio della professione dei membri dell'Opus Dei: essi non possono restare indifferenti davanti alla vita pubblica ma, al contrario, devono interessarsi in modo attivo a ciò che avviene nel mondo. In questo interesse coloro che cristiano l'Opus Dei suppongono di scorgere una manifestazione di clericalismo, ma nulla in padre Escrivá era più lontano da ciò.

In un discorso in Spagna, egli disse: «Ad un cristiano non verrà mai in mente di credere o di dire che si degna di abbassarsi dalla casa di Dio sul mondo per rappresentare la Chiesa, o che le sue opinioni, rappresentino l'unica soluzione cattolica a tutti i problemi. Non è così. Questo sarebbe clericalismo, cattolicesimo ufficiale o qualcosa del genere, come meglio lo volete chiamare. In ogni caso, si farebbe in tal modo violenza alla vera natura delle cose. Il vostro compito è quello di diffondere ovunque una autentica mentalità laica dalla quale risultino tre conseguenze: occorre essere abbastanza corretti per assumere le proprie responsabilità davanti a se stessi, occorre essere abbastanza cristiani per rispettare nella fede anche quei fratelli i quali sostengono punti di vista diversi su questioni che sono affidate alla libertà di opinione, e si deve essere abbastanza cattolici per non servirsi della Chiesa per scopi propri e per non inserirla in interessi di gruppo puramente umani».

Proprio perché il fondatore dell'Opus Dei ha avuto della libertà e della responsabilità umane una considerazione così alta, la sua opera è sfaccettata in modo così pluralistico. Qui si sono ritrovate persone delle più diverse opinioni professionali, politiche, economiche, per vivere l'unità nella cattolicità. Da una angolazione puramente umana, l'affascinante personalità di padre Escrivá de Balaguer e il pluralismo interno del movimento da lui fondato possono forse spiegare la diffusione dell'Opus Dei. Per il credente è un segno della vicinanza di Dio e del rapporto immediato con Cristo per i quali il fondatore dell'Opus Dei ha lottato una vita intera.

Franz Koenig

Cardinale arcivescovo di Vienna, primate d'Austria, presidente del Segretariato vaticano per i non credenti.

EL SIGNIFICADO DEL OPUS DEI

por el Cardenal Franz König, Arzobispo de Viena y Presidente del Secretariado Pontificio para los no creyentes

Sobre el Opus Dei ha habido y hay opiniones contradictorias como sobre ningún otro de los modernos movimientos espirituales de la Iglesia católica. Se ha escrito mucho sobre el Opus Dei. Algunas veces se notaba claramente que el autor no quería ocuparse de una Asociación que no encajaba dentro de los moldes tradicionales y a la que, por otra parte, no le preocupaba la publicidad. Sólo cuando el verano pasado, falleció el Fundador del Opus Dei, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, la opinión pública interesada se ha dado cuenta de cómo había conseguido por una parte dar vida a una Asociación de eficacia universal y por otra llevar durante decenios una vida personal callada y oculta.

Yo mismo he conocido a Mons. Escrivá de Balaguer como una gran autoridad espiritual. Sus colaboradores siempre han alabado su serenidad, su espíritu abierto que desarmaba, sus dotes de organizador, cualidades que iban unidas a una comprensión cariñosa de las preocupaciones y alegrías de las demás personas y a un celo ardiente por las cosas de Dios. Cuando estuve con él por última vez hace un año y medio hablamos sobre la situación de la Iglesia, sobre las numerosas defecciones en algunas de las grandes órdenes religiosas y también en asociaciones espirituales. El Opus Dei ha seguido creciendo también en este período crítico y de inseguridad hasta alcanzar los 60.000 socios con los que cuenta hoy; personas de las más diversas nacionalidades y procedencias sociales, que trabajan en todas las

profesiones posibles, arquitectos y periodistas, obreros y trabajadores. Hay entre ellos personas que viven el celibato. La mayoría son casados. Todos se esfuerzan en realizar la vida cristiana en lo cotidiano.

La atracción que el Opus Dei ejerce sobre muchas personas se debe quizás a su espiritualidad profundamente laical. Mons. Escrivá de Balaguer comenzó a predicarla ya en 1928, fecha fundacional de la Obra. Con ello anticipaba mucho de lo que después, con el Concilio Vaticano II, se ha convertido en un bien común de la Iglesia. Mons. Escrivá de Balaguer ha dicho muy claramente a las personas que han seguido su camino que el lugar del cristiano está en medio del mundo; él ha luchado contra el falso espiritualismo, que es casi la negación de la convicción central de la fe cristiana, la Encarnación de Dios.

El problema que fascinaba a Mons. Escrivá de Balaguer era el siguiente: un cristiano normal, que ejerce su profesión, tiene una familia, y es un ciudadano como otro cualquiera, ¿cómo puede este cristiano realizar su vocación personal a la santidad sin salirse de este mundo? Mons. Escrivá de Balaguer no quería fundar una orden nueva. En una ocasión lo subrayaba expresamente: «Nada distingue a los socios del Opus Dei de sus conciudadanos. En cambio, fuera de la Fe, nada tienen en común con los miembros de las congregaciones religiosas. Amo a los religiosos y venero y admiro sus clausuras, sus apostolados, su apartamiento del mundo, que son otros signos de santidad en la Iglesia».

Mons. Escrivá de Balaguer quería que las personas del Opus Dei superaran la doble vida de muchos cristianos: de un lado la vida espiritual, el diálogo con Dios, la liturgia, la piedad; de otro lado, completamente separada, la vida familiar, profesional y social, una vida llena de pequeñas realidades terrenas. Su respuesta a todo esto era: «que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu y ésta es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales».

Esta era su intención: *materializar* la vida cristiana, que le llevaba incluso a hablar de un

«materialismo cristiano que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu».

La vocación cristiana era para él «hacer endecasílabos de la prosa de cada día», hacer las cosas pequeñas cada día con más amor, para que estas cosas pequeñas se llenen de la grandeza de Dios. Con ello ha vuelto a tratar un tema del que han hablado las grandes personalidades de la piedad cristiana. Está claro que esta valoración de las cosas humanas ha de tener consecuencias en el trabajo profesional de los socios del Opus Dei. Estas personas no pueden tomar una postura indiferente ante la vida pública y se tienen que interesar activamente por lo que sucede en el mundo. Pero nada queda tan lejos de este interés como cualquier forma de clericalismo.

En una gran homilía en Pamplona subrayaba: «A un cristiano jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las *soluciones católicas* a aquellos problemas. ¡Esto no puede ser! Esto sería clericalismo, *catolicismo oficial* o como queráis llamarlo. En cualquier caso, es hacer violencia a la naturaleza de las cosas. Tenéis que difundir por todas las partes una verdadera *mentalidad laical*, que ha de llevar a tres conclusiones: a ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal; a ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen —en materias opinables— soluciones diversas a la que cada uno de nosotros sostiene; y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas».

Precisamente porque el Fundador del Opus Dei valoraba tanto la libertad y responsabilidad personales, su Obra presenta un aspecto tan pluralista. Aquí se han reunido personas con las más variadas opiniones profesionales, políticas, económicas, para vivir la unidad de lo católico.

En un terreno meramente humano puede bastar la personalidad cordial de Mons. Escrivá de Balaguer y este pluralismo interno de la Asociación por él fundada para explicar la extensión del Opus Dei. Para el creyente esta extensión es un signo de la cercanía de Dios y de la relación directa con Cristo por la que ha luchado durante toda su vida el Fundador del Opus Dei.

"FUE SOBRE TODO UN HOMBRE DE DIOS"

El arzobispo de Zaragoza glosó la figura de monseñor Escrivá en el funeral celebrado ayer en la iglesia de Santa Isabel

Ayer, a la una de la tarde, se celebró en la iglesia de Santa Isabel, un solemne funeral por el alma de Monseñor Escrivá de Balaguer. Fue presidido por el señor Arzobispo, don Pedro Cantero Cuadrado, acompañado por don José Sebastián, Vicario de Pastoral, don Agustín Pina, Vicario de religiosas y don José Orlandis, sacerdote y catedrático de Historia del Derecho.

El celebrante fue don Francisco Más, rector de la iglesia de la Exaltación de la Santa Cruz. Como diáconos intervinieron don Angel Fabón párroco de la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat y don Mauricio Castel, director de la oficina de Emigración; y como maestro de ceremonias, don Aurelio Pardo, secretario general del Arzobispado. Intervino la Polifónica de Zaragoza dirigida por el maestro don Lorenzo Blanco.



La homilía del Arzobispo de Zaragoza, se refirió enteramente a la figura de monseñor Escrivá y a lo que ha supuesto el Opus Dei para la vida de la Iglesia. Este es el contenido de la misma:

«Zaragoza faltaría a un deber cívico y eclesial si ante la muerte de una figura universal como la de monseñor José María Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, dejara de rendirle el tributo de su oración y de su amor, de su gratitud y de su estima, de su pena y de su gozo, de su recuerdo y de su esperanza.

Aquí en nuestra Zaragoza, José María Escrivá, el aragonés de proyección universal, hizo en el Seminario de San Carlos sus estudios eclesiásticos; cursó en el Alma Mater de su Universidad la carrera de Derecho; recibió en el Oratorio de la Residencia Arzobispal su ordenación de sacerdote y en la Santa

Angélica capilla de Nuestra Señora del Pilar y del Pilar de Nuestra Señora rezó su primera misa, en plena intimidad con Jesucristo y con sus familiares, y en el regazo maternal de la Virgen Santa María, a la que tanto amó y enseñó a amar durante sus cincuenta años de sacerdote.

Desde entonces el joven sacerdote, enamorado de Cristo y de la Santísima Virgen María, inició su andadura de caminante hacia Dios, hablando de Dios, enseñando a amar y servir a Dios, sembrando las semillas de la palabra de Dios y repitiendo la llamada evangélica de la santidad y del apostolado a todos los hombres y mujeres, cualquiera que sea su estado y su profesión, mediante la dignificación de su propio trabajo cotidiano, como realidad temporal santificable y santificante.

Dios le eligió para realizar su sacerdocio con esta misión que supo y pudo cumplir con su gracia, a la que colaboró con los carismas y cualidades egregias —en el sentido etimológico de este vocablo, fuera de serie—, tanto en el plano de la gracia como de la naturaleza: por el equilibrio y armonía para unir en su vida y en su obra la prudencia y la audacia; la fortaleza y la ternura; la sinceridad sin ambigüedades y la caridad fraternal; el tesón de su tierra baturra y la aper-

tura sin recovecos al pensamiento de los demás; el respeto y el amor a la libertad con la observancia de la disciplina y de la obediencia; el sentido del humor con el aguante ante la cruz del sufrimiento físico y moral; el talante de un optimismo empedernido con la valoración de las limitaciones y miserias humanas; la fidelidad a la ortodoxia con el hambre y la sed de la creatividad al servicio de Dios, de su Iglesia y de los hombres sus hermanos, porque amaba a Dios, a la Iglesia y a los hombres con el mismo corazón.

José María Escrivá de Balaguer fue ante todo y sobre todo un hombre de Dios; un sacerdote cien por cien siempre, en todo y para todos, sacerdote. Dócil, como un niño, a la voz del Padre Dios y de la Santa Madre Iglesia, puso toda su confianza, como un instrumento de barro en manos de la Divina Providencia; pero a la vez, y por ello, con una alegría y una entrega, una esperanza y un optimismo que le hacía prorrumpir ante sus Hijos miembros de la Obra: «Soñad y os quedaréis cortos».

Con sus sueños a lo divino y con la vivencia continua de su disponibilidad instrumental en manos de Dios, se acercaba a los hombres, abriéndoles sus brazos con su exuberante cordialidad; ha blándoles más de las exigencias de la cruz que de las



condescendencias y capitulaciones con el mundo hedonista de nuestro tiempo; contagiándolos, como Jesús a los discípulos de Emaús, con la locura y el escándalo de la cruz, con la grandeza de la filiación divina y de la llamada universal a la santidad.

Este sentido sobrenatural de la vida y del trabajo cotidiano vivido no solo predicado, era en José María Escrivá de Balaguer una llamada viva; y sola una llama

puede encender otras llamas, sobre todo en los corazones juveniles que presienten y pregustan la sinceridad de las almas y la autenticidad de los ideales por los cuales vale la pena dejar la barca en la arena y seguir a Jesús, a la alta mar del ideal del Evangelio, al servicio de

Dios y de todos los Hijos de Dios.

Tal fue y sigue siendo el impacto del fundador del

Opus Dei con decenas y decenas de millares de hombres de toda raza y cultura, profesión y estado de vida en todos los continentes de nuestro planeta. Impacto que ha causado una renovación espiritual profunda, una nueva manera de vivir el Evangelio y el cristianismo en los tiempos actuales similar a la de nuestros hermanos de las primitivas comunidades cristianas; viviendo la santidad en medio del mundo, sin volver la espalda a las exigencias de la historia, de las relaciones sociales, de los valores de la libertad, de la responsabilidad, de la profesión, de la amistad y del matrimonio.

Yo jamás olvidaré uno de mis encuentros personales con mi querido y llorado amigo José María Escrivá. Inesperadamente, al caer de la tarde del 14 de agosto de 1931, se presentó en mi casa en Madrid, con un calor de bochorno, en cuyo cielo, aún después de tres meses, parecía seguir flotando el humo de la quema de los conventos. Aquella visita y conversación con José María Escrivá, cambió la perspectiva de mi vida y ministerio pastoral. Tal fue la huella y el mensaje de Monseñor José María Escrivá, fundador del Opus Dei. La savia que le dio vida y vida abundante fue su fe y su humildad, llena de espíritu sobrenatural, inflamada de amor a Cristo, a la Santísima Virgen María, a la Iglesia y al Papa Vicario de Cristo, abierta de par en par al amor fraterno para con todos los hombres, sin fronteras geográficas y raciales, culturales, políticas y religiosas.

José María Escrivá ha muerto de pie, en el tajo, «sin dar la lata», caminando hacia el encuentro y la mansión del Padre nuestro que está en los

cielos. Ha desaparecido su sonrisa, la luz de sus ojos, el eco de su palabra; pero queda su obra, el Opus Dei y su espíritu, extendido por ochenta países, hundiéndose y alimentando sus raíces en el sentido sobrenatural de una específica espiritualidad seglar, cuyo quicio es la santificación del trabajo ordinario y la entrega a Dios y a los hombres por Dios en medio del mundo.

Descanse en paz, y nosotros caminantes hacia la patria celeste, recordemos su mensaje con la confianza puesta en Dios y con los ojos fijos en largas miradas de esperanza en el lema comprendido de su vida y de su obra: «Omnes cum Petro ad Jesum per Mariam.»

Y termino evocando la letra de esta canción italiana que en sus horas de dolor y de cansancio gustaba escuchar a José María Escrivá, el aragonés universal:

«Abrid las ventanas al
[nuevo sol,
es primavera;
Dejad entrar un poco de
[aire puro.
Abrid las ventanas a los
[nuevos sueños
a las esperanzas, a las
[ilusiones,
dejemos entrar la última
[canción».

Asistieron a la ceremonia el alcalde de la ciudad, numerosas representaciones y personas que se unieron a la celebración del funeral por el alma del fundador del Opus Dei.

Otros funerales, habían sido organizados por las dos secciones del Opus Dei, en la iglesia de la Exaltación de la Santa Cruz en días anteriores, además del que tuvo lugar en Torreciudad y del que dimos cuenta en estas páginas.

(Fotos: LOZANO)

La mort du fondateur de l'Opus Dei Mgr Escrivá de Balaguer, un homme qui voulut être prêtre avant tout

par ERNEST CAPARRÓS

« Trois mois après avoir célébré son cinquantième anniversaire de sacerdoce, Mgr Josemaría Escrivá de Balaguer, fondateur et premier président général de l'Opus Dei, est mort à Rome le 26 juin dernier. Né à Barbastro (Espagne) en 1902, docteur en droit et en théologie, il fonda en 1928 l'Opus Dei.

Le fondateur et premier président général de l'Opus Dei n'est plus de ce monde. Il y laisse, cependant, une multitude de femmes et d'hommes, mariés, célibataires ou veufs et des prêtres qui se sont engagés à chercher la plénitude de la vie chrétienne, la sainteté, dans leurs activités ordinaires, grâce à ses enseignements. « Que la vie ne soit pas une vie stérile », — exhorte Mgr Escrivá des le premier passage de « Chemin ». Sois utile. — Laisse ton empreinte. — Que rayonne la lumière de la foi et de ton amour. Efface, par ta vie d'apôtre, la trace égoïste et sale qu'ont laissée les impurs semeurs de haine. — Et embrasse tous les chemins de la terre au feu du Christ, que tu portes dans ton cœur. » Et il poursuit: « Comme j'aimerais que ton comportement et ta conversation fussent tels que l'on put dire en te voyant ou en t'écoulant: voilà quelqu'un qui lit la vie du Christ! » (Chemin, no 2).

Tous les associés de l'Opus Dei, ainsi que les millions de personnes qui ont lu ou écouté les enseignements du fondateur de l'œuvre, savent que la vie du chrétien consistait à suivre l'exemple du Christ à travers les mille événements de la vie ordinaire.

Les écrits spirituels de Mgr Escrivá publiés jusqu'à ce jour ont connu une diffusion qui fait preuve de l'universalité de son message. Chemin a connu, depuis sa première édition en 1954 sous le titre *Consideraciones Espirituales*, 119 éditions publiées en 30 langues et un tirage dépassant les deux millions et demi d'exemplaires. Saint Rosario, 29 éditions en 8 langues; c'est le Christ qui passe. Homilias, dont la première édition ne date que de 1973, 14 éditions en 3 langues. Entretiens avec Mgr Escrivá de Balaguer recueillis des entrevues accordées par le fondateur de l'Opus Dei à des journalistes. Les 25 éditions de cet ouvrage ont été publiées en 7 langues.

Pendant ses cinquante années de sacerdoce, Mgr Escrivá n'a cessé d'enseigner la parole de Dieu. Son zèle apostolique l'a conduit en Allemagne, France, Autriche, Mexique, Suisse, Angleterre, Hollande, etc. En février 1973, il entreprenait une autre tournée, une catéchèse comme il l'appelait, au Venezuela et en Amérique centrale. Quelques mois plus tôt il était allé, dans le même but, au Brésil, en Argentine, au Chili, en Équateur et au Pérou. Très souvent, des personnes, des familles entières et des groupes plus ou moins nombreux allaient le rencontrer à Rome. Évoquant ses derniers voyages, le fondateur de l'Opus Dei avait fait le commentaire suivant: « Comme prêtre j'ai l'obligation de ne parler que de Dieu et j'ai pu vérifier qu'en Amérique, comme dans beaucoup d'autres endroits, les chrétiens sont reconnaissants d'avoir ces occasions d'entendre, une fois de plus, la parole du Christ. Comme prêtre, j'y vais enseigner,

comme chrétien, j'y vais apprendre avec eux, à vouloir être chaque jour plus fidèle à l'appel du Christ. C'est un appel, spécialement aujourd'hui, à la fidélité à Dieu et à la compréhension entre tous les hommes, sans aucune discrimination. »

Pendant ses voyages, et à bien d'autres occasions, Mgr Escrivá tenait des réunions avec quelques dizaines, centaines ou milliers de personnes. Il savait créer, en parlant de Dieu, l'intimité d'une réunion de famille. Il s'adressait à chacun personnellement aussi bien aux jeunes qu'aux moins jeunes, aux hommes qu'aux femmes, aux prêtres qu'aux laïcs.

Alors qu'il ne possédait que « la jeunesse, la grâce de Dieu et la bonne humeur », il fonda l'Opus Dei. Rappelant cet événement, dont seule l'histoire appréciera la grandeur, il affirmait: « Je n'ai eu, et je n'ai, d'autres aspirations que celle d'accomplir la volonté de Dieu. Permettez-moi de ne pas entrer dans les détails des commencements de l'œuvre — que l'Amour de Dieu me faisait pressentir dès l'année 1917 — car ces débuts sont intimement liés à l'histoire de mon âme et appartiennent à ma vie intérieure. La seule chose que je puisse vous dire est que j'ai agi, à tout moment, avec l'agrément et la bénédiction affectueuse du très cher évêque de Madrid, ce Madrid où est né l'Opus Dei, le 2 octobre 1928. Plus tard, toujours aussi avec l'approbation et l'encouragement du saint-Siège et, dans chaque cas, de l'Ordinaire du diocèse où nous opérons. »

L'Opus Dei est né afin de contribuer à ce que des personnes de toute classe et condition sociale prennent conscience de la dignité de la vocation chrétienne et des conséquences qui en découlent. L'Opus Dei offre à ses associés la formation surnaturelle et les moyens spirituels nécessaires afin qu'en toute liberté et responsabilité personnelle, ils puissent vivre, au milieu du monde, en accomplissant leur travail ordinaire, la vie propre d'un chrétien qui aspire à être conséquent avec sa foi.

« Depuis plus de trente ans — disait Mgr Escrivá en 1961 — j'ai dit et j'ai écrit de mille façons que l'Opus Dei ne cherche aucune fin temporelle ni politique, qu'il cherche seulement et exclusivement à répondre parmi des foules de toutes races, de toutes conditions sociales, de tous pays, la connaissance et la pratique de la doctrine salvatrice du Christ: à contribuer à ce qu'il y ait plus d'amour de Dieu sur la terre et, par conséquent, plus de paix, plus de justice entre les hommes, enfants d'un seul Père. »

Mgr Escrivá de Balaguer fut avant tout un prêtre de Jésus-Christ. Il savait comprendre, il aimait tout le monde et il nous encourageait à aimer nos semblables avec leurs défauts. Il adressait ses remarques avec affection, et cette même affection se manifestait aussi dans de nombreux traits de bonne humeur. Il portait une grande attention à chaque personne qu'il rencontrait. Sa parole était d'une clarté pénétrante et sa pensée d'une extrême clarté. Dès 1928, il préchait — et c'est l'une des idées maîtresses de la spiritualité de l'Opus Dei — l'appel

universel à la sainteté: « L'obligation de te sanctifier, tu l'as, toi aussi. Elle n'est pas exclusivement réservée aux prêtres et aux religieux. Le Seigneur a dit à tous, sans exception: « Sois parfait, comme mon Père céleste est parfait. » (Chemin, no 291).

La prière était pour Mgr Escrivá l'arme la plus puissante. Il demandait souvent que l'on prie pour lui. Deux mois avant son décès, j'eus le bonheur de recevoir, à Rome, sa bénédiction pour mon voyage de retour. Il m'a dit: « Prie pour moi, afin que je sois un prêtre bon et fidèle. J'avais entendu cette demande lorsque je l'ai rencontrée pour la première fois en 1959; il la réitérait sans lâcher à tous ceux qu'il rencontrait.

Il est impossible — dans ces quelques lignes — de donner une idée complète de la richesse de la figure humaine et de la portée inépuisable de l'enseignement spirituel de Mgr Escrivá de Balaguer. Avec son décès, l'Opus Dei a perdu son fondateur et l'Eglise, l'un des pionniers de la spiritualité des laïcs. Cependant, son inlassable travail pastoral continuera à porter ses fruits. Ainsi, le 13 juillet prochain, 54 associés de l'Opus Dei, de professions et de pays différents, recevront l'ordination sacerdotale à Barcelone.

Tres meses después de haber celebrado sus cincuenta años de sacerdocio, el Fundador y primer Presidente General del Opus Dei, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, ha fallecido en Roma el 26 de junio pasado. Nació en Barbastro (España), en 1902; era Doctor en Derecho y en Teología. Fundó el Opus Dei en 1928.

El Fundador y primer Presidente General del Opus Dei ya no está en este mundo, pero deja una multitud de mujeres y de hombres (solteros, casados, viudos y sacerdotes) que se han dedicado a buscar la plenitud de la vida cristiana, la santidad, en sus actividades ordinarias, gracias a sus enseñanzas. «Que tu vida no sea una vida estéril —exhorta Mons. Escrivá de Balaguer en el primer punto de Camino—. Sé útil.—Deja poso.—Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor. Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio.—Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón». Y sigue: «Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo». (Camino, núm. 2.)

Todos los socios del Opus Dei, y los millones de personas que han leído o escuchado las enseñanzas del Fundador de la Obra, saben que la vida de un cristiano consiste en seguir el ejemplo de Cristo a través de los múltiples acontecimientos de la vida ordinaria.

Los escritos espirituales de Mons. Escrivá de Balaguer han conocido una difusión que constituye una prueba de la universalidad de su mensaje. Camino ha alcanzado, desde su primera edición en 1934, con el título de *Consideraciones Espirituales*,

119 ediciones publicadas en 30 idiomas, y una tirada que se acerca a los tres millones de ejemplares. Santo Rosario, 29 ediciones en ocho lenguas; Es Cristo que pasa (homilias), publicado sólo en 1973, 14 ediciones en cinco idiomas. Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer reúne algunas entrevistas concedidas a la prensa por el Fundador del Opus Dei. Las 25 ediciones de este libro se han publicado en siete idiomas.

Durante sus cincuenta años de sacerdocio, Mons. Escrivá de Balaguer no ha cejado en la enseñanza de la palabra de Dios. Su celo apostólico le ha llevado a Alemania, Francia, Austria, México, Suiza, Inglaterra, Holanda, etcétera. En febrero de 1975 emprendió otro viaje de catequesis, como él lo llamaba, a Venezuela y América Central. Algunos meses antes había estado, en un mismo viaje, en Brasil, Argentina, Chile, Ecuador y Perú. Muy a menudo muchas personas, familias enteras y grupos más o menos numerosos, tenían ocasión de visitarle en Roma. Evocando sus últimos viajes, el Fundador del Opus Dei había hecho el siguiente comentario: «Como sacerdote yo no tengo otra obligación que hablar de Dios, y he podido verificar que en América, como en otros muchos lugares, los cristianos agradecen tener la ocasión de escuchar una vez más la palabra de Dios. Como sacerdote voy a enseñar y como cristiano voy a aprender con ellos, a querer ser cada día más fiel a la llamada de Cristo. Una llamada, sobre todo hoy, a la fidelidad a Dios y a la comprensión entre todos los hombres, sin ninguna discriminación».

Cuando no tenía más que «juventud, gracia de Dios y buen humor» fundó el Opus Dei y, recordando este acontecimiento, del que sólo la historia apreciará

la trascendencia, afirmaba en una entrevista concedida a la prensa: «Yo no tuve y no tengo otro empeño que el de cumplir la voluntad de Dios: permítame que no descienda a más detalles sobre el comienzo de la Obra —que el Amor de Dios me hacía barruntar desde el año 1917—, porque están íntimamente unidos con la historia de mi alma, y pertenecen a mi vida interior. Lo único que puedo decirle es que actué, en todo momento, con la venia y con la afectuosa bendición del queridísimo señor Obispo de Madrid, donde nació el Opus Dei el 2 de octubre de 1928. Más tarde, siempre también, con el beneplácito y el aliento de la Santa Sede y, en cada caso, de los Revmos. Ordinarios de los lugares donde trabajamos».

El Opus Dei ha nacido para contribuir a que personas de cualquier estado y condición tomen conciencia de lo que supone su vocación cristiana, y de las consecuencias que de ella se derivan; ofrece a sus socios la formación ascética y los medios necesarios para que, con libertad y responsabilidad personales, puedan vivir en medio del mundo, en el ejercicio de su trabajo ordinario, la vida propia de un cristiano que aspira a ser consecuente con su fe.

«Después de 30 años —decía Mons. Escrivá de Balaguer en 1961— he dicho y he escrito de mil modos distintos que el Opus Dei no tiene ningún fin temporal ni político, que busca únicamente hacer llegar, a personas de todas las razas, de todas las condiciones sociales y de todos los países, el conocimiento y la práctica de la doctrina salvadora de Cristo: a contribuir a que haya más amor en la tierra y como consecuencia más paz, más justicia entre los hombres, hijos de un mismo Padre».

Mons. Escrivá de Balaguer fue, ante todo, un sacerdote de Jesucristo; supo comprender y amar a todos, y nos animaba a querer a nuestros semejantes también con sus defectos. Hablaba con cariño, y este mismo cariño se manifestaba también en numerosos detalles de buen humor; se dedicaba por entero a las personas con quienes estaba. La claridad de su palabra producía auténtico impacto; su pensamiento era de una extrema clarividencia. Desde 1928 predicó la llamada universal a la santidad, que constituye una de las líneas maestras de la espiritualidad del Opus Dei: «Tienes obligación de santificarte.—Tú también.—¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos? A todos, sin excepción, dijo el Señor: "Sed perfectos, como mi padre celestial es perfecto"». (Camino, núm. 291.)

La oración fue el arma más poderosa de Mons. Escrivá de Balaguer: muy a menudo pedía que se rezase por él. Dos meses antes de su fallecimiento tuvo la suerte de recibir en Roma su bendición de viaje. Me dijo: «Reza por mí, para que sea un sacerdote bueno y fiel». Yo escuché esta petición la primera vez que le vi, en 1959: la repetía siempre a los que estaban con él.

En unas pocas líneas es imposible dar una idea completa de la riqueza de la figura y de la importancia incontestable de la enseñanza espiritual de Monseñor Escrivá de Balaguer. Con su muerte, el Opus Dei ha perdido a su Fundador, y la Iglesia a uno de los pioneros de la espiritualidad de los laicos. Sin embargo, su incansable labor pastoral continuará proporcionando sus frutos: el 13 de julio próximo, 54 socios del Opus Dei recibirán la ordenación sacerdotal en Barcelona.

MONSEÑOR ESCRIVÁ DE BALAGUER, UN SACERDOTE POR ENCIMA DE TODO

por Ernest Caparrós

¿CUAL SERIA SU SECRETO?

Por Marcelo GONZALEZ MARTIN

Cardenal Arzobispo de Toledo Primado de España

VARIAS veces hablé con el fundador del Opus Dei, José María Escrivá de Balaguer. En Roma, donde vivía, y en Madrid, por donde pasaba con destino a sus viajes apostólicos o al volver de los mismos, después de haber sembrado la semilla de la palabra y la gracia de Dios. Porque eso fue toda su vida: un sembrador incansable. Las cosechas no las retenía en su mano; las volvía a sembrar inmediatamente en beneficio de todos.

Me he preguntado cuál sería el secreto de este gran sacerdote del Reino de Cristo en la Iglesia de nuestro tiempo. Y he aquí la reflexión que hago a raíz de su muerte, que hirió su corazón con un movimiento brusco y suave a la vez, como eran los suyos propios. ¡Cuánto ardimiento en aquel hombre excepcional que se pasó la vida sin conocer el sosiego, ni siquiera el que proporciona a tantos otros la última enfermedad!

EL CARACTER

Capacidad para el entusiasmo por las causas grandes, tesón invencible, optimismo reflexivo, minuciosidad en la ejecución, delicadeza suma para los detalles...; he ahí algunos rasgos de su condición humana. Cuando coinciden en una persona, la hacen capaz de grandes resoluciones y la disponen para el triunfo, empleando esta palabra en su valor puramente objetivo, como sinónimo de logro de lo que uno se propone. El fundador del Opus Dei consiguió muchos de sus propósitos; el primero de todos, dar vida y sólido arraigo a una obra a la que se entregó totalmente, la asociación que predica y promueve la santificación del hombre en medio del trabajo ordinario de la vida. Esto, que era tan sencillo y tan evangélico, estaba prácticamente olvidado.

Pero para poder explicar el éxito en esta empresa nos basta acudir al carácter de quien la acometió; no está ahí el secreto. Porque la empresa es de índole

sobrenatural y, r mucho que ayuden las condiciones personales del que la promueve, como instrumento eficaz, se necesita otra clave mucho más íntima y radical. Un carácter humano, por muy dotado que esté para la perseverancia y el entusiasmo en el servicio a una causa, si sólo cuenta con sus propios recursos instrumentales, se dispersa en la inoperancia real, cuando la causa es precisamente vivir enamorado de la santidad y comunicar a los demás el mismo amor. Su actividad se convierte entonces en activismo; su palabra, en grito o en susurro; pero nada más, y la energía de su voluntad se transforma en puro afán de mando. Nada de esto sirve para llevar por los caminos de la perfección cristiana. El que lo intente fracasará a las primeras de cambio.

EL HIJO DE LA IGLESIA

Monseñor Escrivá tuvo tiempo para "fracasar". Los casi cincuenta años transcurridos desde que fundó la asociación hasta el momento actual dan de sí lo suficiente para sentirnos obligados a contemplar con inmenso respeto el proceso de una obra que, como es frecuente en la historia de la Iglesia, ha encontrado enormes dificultades para su desarrollo. Pero él, Escrivá, no las rehuía. Sabía que las dificultades forman parte del plan de Dios y las aceptaba con la humildad característica del que tiene fe.

Sumergido para siempre en la vivencia cálida del misterio de la Iglesia, más que enfrentarse con las dificultades, lo que hacía era incorporarlas y asimilarlas hasta hacerlas correr dentro de su sangre como un alimento más de su vida de fe. De ahí que lo que parecía optimismo temperamental era más bien realismo cristiano, que ni se arredra ni huye por muy oscuro que se presente el horizonte. Era la Iglesia de Cristo la que invitaba a trabajar así, porque así tienen que ser siempre las cosas para los seguidores del que llevó la cruz.

Su amor a la Iglesia era amor



Audiencia privada concedida por el Papa Juan XXIII al fundador del Opus Dei. Acompaña a monseñor Escrivá el secretario general, don Alvaro del Portillo.



La imagen fue tomada en Roma hace dos años. Monseñor Escrivá abraza a un grupo de estudiantes venidos de Kenia, Tanzania y otros países del África Oriental.



El 2 de noviembre de 1972 don José María Escrivá de Balaguer visitó Fátima. Un grupo de asociados portugueses del Opus Dei le acompañaron allí en oración.



El Papa Pablo VI abraza a monseñor Escrivá de Balaguer tras la inauguración, en noviembre del 65, del centro Elis, situado en la barriada obrera romana del Tiburtino.



Monseñor Escrivá de Balaguer se solía dirigir a don Alvaro del Portillo, diciéndole: «Alvaro, tú que me has ayudado tanto, ayúdame también a dar la bendición».



La foto corresponde a 1971. Monseñor Escrivá de Balaguer recibe en Roma a un grupo de asociados del Opus Dei procedentes de África, la India, Australia y Europa.



Hace poco más de cinco años, en junio del 70, monseñor José María Escrivá de Balaguer estuvo en Méjico, visitando distintos Estados. Aquí aparece en el de Morelos, en el transcurso de una catequesis impartida a los campesinos.



Esta es la sepultura que guarda en Roma sus restos mortales. Sobre la losa la inscripción: «El padre y las fechas que enmarcaron su vida: 9-I-1902 y 26-VI-1975».



Desde el día de su muerte, centenares de personas, como esta familia, desfilan y rezan jornada tras jornada, ante la tumba del inolvidable sacerdote que fue Monseñor José María Escrivá de Balaguer.

al Papa, a los obispos, a los sacerdotes, al Magisterio eclesástico, al culto litúrgico y a la devoción privada, y desde ahí a los hombres de toda condición porque para ellos era esa Iglesia tan amada, y mal podía ser querida ésta si no lo eran a la vez todos los que, dentro o fuera del redil, eran, en la intención del Salvador, beneficiarios de sus dones. Esto es amor a la Iglesia, quererla tal como es en sí, sin echar agua al vino, y quererla para todos.

El universalismo del Opus Dei, en la extensión geográfica y en la diversidad de las personas llamadas, y las originalidades en la concepción de la obra y en sus métodos de apostolado obedecían a esta identificación tan cabal del Fundador con el misterio de la Iglesia. No le demos vueltas. Sorprendente y a veces desconcertante en sus expresiones y en sus anhelos apostólicos, monseñor Escrivá no guardaba otras sorpresas ni producía otros desconciertos que los de la misma Iglesia, a la que servía como un enamorado lleno de confianza y persuadido de que la Iglesia es siempre original. El no fracasó nunca y lo que hubo de "no logro" de determinados propósitos parciales en su vida formaba parte del plan, no en virtud de un juego de consolaciones artificiales y forzadas, sino como oblación que había que ofrecer porque así es la Iglesia.

Tres grandes fuerzas animaban su vida interior, presentes cada día y cada hora en su espíritu, de valor supremo e insus-

tituible para vivir como hijo de la Iglesia en su doble dimensión mística (amor al misterio de la esposa de Cristo) y apostólica (dinamismo de una fe que aspira a renovar el mundo). Eran la Eucaristía, particularmente el santo sacrificio de la Misa (sentido de redención); amor a la humanidad de Cristo niño, hombre, muerto y resucitado (sentido de encarnación de la fe en el mundo), y amor vivísimo a la Santísima Virgen María, de la cual no quería ver separado a San José (sentido de familia de los hijos de Dios que tienen junto a sí motivos de gozo, al encontrarse con la belleza espiritual y la ayuda materna de María).

Esta triple fuerza que caldeó su vida le movió a lanzarse a la gran tarea, santificar a los hombres tal como son, tal como viven, tal como trabajan. Su sacerdocio lo entendió así, y toda su vida fue como la prolongación de una Misa ininterrumpida que glorificaba al Padre, trataba de obtener el perdón para el pecado mediante la gracia sacramental, y ponía el trabajo profesional y las preocupaciones familiares como una hostia purificada junto al altar. Todo esto es lo que percibí en las conversaciones que tuve con él, y también lo he captado en sus escritos, y lo vengo comprobando en los sacerdotes del Opus Dei que he conocido. ¿Era este su secreto?

TODAVIA ALGO MAS

Por supuesto que esas fuerzas a que he hecho alusión,

"MUCHO ANTES DEL CONCILIO VATICANO II TRABAJO EL, COMO NADIE, EN LA PROMOCION DEL LAICADO."

cuando se convierten en motor de una existencia humana iluminada por la fe, hacen del hombre un servidor de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia hasta el heroísmo. Pero, ¿por qué? ¿Por qué en unos la respuesta es tan plena y en otros tan escasa? Hace falta encontrar otra clave, que es también fruto de la gracia, desde luego, pero que comporta igualmente una actitud o disposición inicial capaz de explicar el secreto de la perseverancia y la generosidad en el amor. Es ese pequeño toque, matiz delicadísimo en la relación de un alma con Dios, del que en un momento dado dependen con frecuencia todas las generosidades para la acogida de lo que Dios ofrece y para la respuesta a lo que pide. Yo lo llamo pobreza, en el sentido evangélico de la palabra. Algo así como en María, la Santísima Virgen, Madre de Dios. ¡Qué corazón tan pobre, es decir, tan limpio, en la doncella de Nazaret cuando recibió el mensaje del cielo! ¡Y qué riqueza había, sin embargo, en su entrega a la voluntad de Dios! Sólo estos pobres son los que se dejan llevar y, por tener el alma limpia, los motores funcionan. Después, por el camino más inesperado viene lo que viene siempre, el triunfo de Dios en ellos.

De Monseñor Escrivá se ha dicho que, a veces, parecía un niño, que arreglaba un problema grave con una broma, que huía de la tristeza como de la peste, que concebía o impulsaba la fundación de una Universidad o de una editorial con el más vivo entusiasmo, pero no con mayor empeño que el que ponía para rezar el Rosario, por ejemplo, o para ayudar privadamente a quien se lo pedía, que contagiaba a los demás el deseo y la dicha de la gracia y la verdad de Dios, que no se reservaba nada teniendo todo, que lanzaba a sus hijos hacia el mundo al que amaba, y vivía totalmente apartado del mundo, que no temía a personas ni acontecimientos porque no tenía nada que perder... ¿Qué significa todo esto más que el limpio resplandor de un corazón pobre, no instalado, desprendido, abierto a todos, saturado de confianza en Dios en medio de las mayores pruebas? Esta es la pobreza evangélica auténtica, aunque el que así la vive se dedi-

que a movilizar todos los recursos imaginables para servir a Dios y a los hombres. Acaso esté aquí el secreto que explica algo de su vida.

Por haber sido así desde los años primeros de su sacerdocio, tan disponiblemente abierto a la acción de Dios, fue encontrado apto, en su pequeñez de esclavo, para las más grandes tareas apostólicas. Hay miles de detalles en su vida que lo confirman así. Y no es necesario pertenecer al Opus Dei para conocerlos, ni para comprender que donde existe esa pobreza se ama apasionadamente la verdad y se alcanzan resultados inimaginables. Basta tener un poco de sensibilidad sacerdotal, recta y justa, para sentir la noble curiosidad de saber a qué puede deberse el formidable despliegue de tantas energías al servicio del Evangelio, como es el que encontramos en la vida de Josemaría Escrivá de Balaguer.

Mucho antes del Concilio Vaticano II trabajó él, como nadie, en la promoción del laicado, en la auténtica y profunda promoción, no en las ridículas y tristes experiencias que tanto han abundado y siguen haciendo acto de presencia en los años del posconcilio; y en el campo del ecumenismo, y en el diálogo con el mundo moderno, y en el reconocimiento efectivo de la sana autonomía de las realidades temporales.

Precisamente por eso, ahora, cuando tantos se mueven alocadamente, sin rumbo, porque su frivolidad les priva de la luz, él supo mantenerse tan firme y enhiesto en la roca de la fidelidad sin convertirse jamás en un futurólogo insustancial que, creyendo atisbar el porvenir, consiente en que el presente se le desmorone entre las manos. Porque supo ser un auténtico progresista, fue también —como no puede ser menos— un conservador denodado y valiente, de la raza de los mártires y los confesores de la fe, o simplemente del linaje espiritual de los que, a imitación de María, saben conservar en su corazón de pobres del Reino lo que debe ser conservado siempre para ser fieles.

Yo espero y deseo que sus hijos, los sacerdotes y los laicos, sepan seguir este camino. La Iglesia española y la Iglesia universal necesitan de su testimonio en este sentido.

Marcelo GONZALEZ MARTIN

Mgr. Escrivá de Balaguer stichter van Opus Dei

EEN LEVEN IN DIENST VAN DE KERK EN VAN DE MENSEN

De menigvuldige reizen die ik, omwille van mijn werk, naar Rome moet ondernemen, gaven me de gelegenheid Mgr. Josemaría Escrivá de Balaguer, stichter van het Opus Dei, te ontmoeten en zelfs met hem vriendschap te sluiten. Zodra ik vrijdagsochtend zijn overlijden vernam, maakte ik deze bediening: een grote figuur, een van die zeldzame mensen die een onuitwisbaar spoor zullen nalaten, is heengegaan.

Misschien is een langer historisch perspectief noodzakelijk om zich een juist denkbeeld te vormen van de invloed die uitgeoefend werd door de stichter van het Opus Dei. Deze vereniging van katholieke leken, waaraan hij zich volledig heeft weggeschenken sinds haar begin in 1928, heeft alle menselijke berekeningen overtroffen van «sukses» in de sociologische zin. Zij is uitgegroeid tot een uitzonderlijk apostolaatsmiddel in de schoot zelf van de maatschappij, in alle klassen en beroepen, in alle werelddelen.

Toen Mgr. Josemaría Escrivá de Balaguer zijn werk stichtte, was hij 26 jaar oud en drie jaar priester gewijd. «Ik bezat niets anders dan de jeugd, Gods genade en goed humeur», zei hij dikwijls. Meer dan 60.000 mannen en vrouwen uit tachtig verschillende landen, behorend tot het Opus Dei, kunnen er nu na 47 jaar van getuigen dat het nastreven van de heiligheid door het nauwgezet vervullen van de plicht in het

gezins- en beroepsleven geen myte is, maar vruchtbare werkelijkheid. In 1928 was zo'n opvatting zeer ongewoon.

BOODSCHAP

De belangrijke boodschap, ons nagelaten door Mgr. Escrivá de Balaguer — «zo oud en zo nieuw als het Evangelie», zei hij — is deze: «De heiligheid is niet voorbehouden aan bevoorrechten, en alle wegen op aarde kunnen goddelijk zijn, want kenmerkend voor de spiritualiteit van het Opus Dei is de heiliging van het gewone werk.» Deze oproep werd begrepen en beleefd met een wonderlijke eenheid van geest, zowel door Peruviaanse boerinnen als door Japanse ingenieurs, Spaanse geneesheren of Belgische en Nigeriaanse studenten. Voor allen kan een uur werk of studie een uur worden van gebed indien het doel is: God dienen en verheerlijken.

In de krisisperiode die we nu doormaken, is het aanmoedigend vast te stellen dat in het Opus Dei roeping ontluike bij mensen van iedere leeftijd, en inzonderheid bij de jeugd. Het werkadem een geestelijke gezondheid en kent geen crisis. De toename van het aantal toegetreden leken heeft als gevolg gehad: een vermeerdering van het aantal priesters door het werk gevormd. Over enkele weken zullen 54 leden — waarvan één Belg — de priestertijd ontvangen. Die universiteiten — vaak met een

lange beroepservaring — zeggen vaarwel aan de geneeskunde, het recht of de sociologie, om volwaardig priester te worden, om nog slechts over God te spreken.

HET «GEHEIM»

Dit alles is ondenkbaar zonder een intens leven van gebed en apostolaat. Daarin bestaat het «geheim» van het Opus Dei, zoals de stichter dat vaak herinnerde.

Het is onmogelijk de rijkdom uit te putten van de bijdrage door Mgr. Escrivá de Balaguer geleverd aan de Kerk. Onder zijn stuwung ontstonden overal scholen, universiteiten, centra voor werklieden en landbouwers, allerlei werken van sociale hulp. Maar een biezondere melding verdient de herontdekking van de taak van de leek die door zijn doopsel recht heeft op autonomie en eigen verantwoordelijkheid. Vermelden we dat die leekentaak in de Kerk plechtig werd erkend door het Concilie, dat daarbij ook een andere geestestrek van de stichter heeft erkend: het oecumenisme. Het Opus Dei was inderdaad de eerste vereniging in de Kerk die — reeds in 1950 — van de H. Stoel de toelating bekam om niet-katholieken en zelfs niet-kristenen toe te laten als medewerkers.

Wat mij in mijn kontakten met Mgr. Escrivá het meest trof, naast zijn diepe menselijkheid, zijn geestdrift en zijn bovenga-

tuurlijke geest, is zijn liefde voor de vrijheid. Dit woord sprak hij nooit ult zonder het te verbinden met het woord: verantwoordelijkheid. Zonder vrijheid, zo herhaalde hij, kan men God niet liefhebben. Die vrijheid wordt toegepast in zijn werk op alle gebieden — economische, politieke, sociale, wetenschappelijke, artistieke, enz. — in de mate dat God die heeft overgelaten aan de vrije discussie der mensen. «Het Opus Dei, zo zei hij, is aan geen enkel land, aan geen enkel regime, aan geen enkele politieke stroming, aan geen enkele ideologie gebonden.» Indien dat niet zo was, zou men moeilijk zijn aantrekkingskracht kunnen verklaren bij personen van zo verschillende cultuur, ras en mentaliteit.

DIENEN

In alle omstandigheden, in al wat hij deed, wou hij de Kerk dienen en de mensen dienen,

zonder zich van de Kerk te bedienen.

In de overvloedige geschreven doctrine, ons door hem nagelaten, bevindt zich een klassiek werk van de geestelijke literatuur: «De Weg», op meer dan 2.500.000 exemplaren gedrukt in 23 talen. Een Nederlandse uitgave verscheen bij De Boog, Brussel-Amsterdam. Aan zijn katechese met de pen, moet worden toegevoegd zijn apostolaat door het woord, gericht tot duizenden, ter gelegenheid van zijn lange apostolische reizen — vooral de laatste tijd — in verscheidene landen van Amerika en Europa.

Josemaría Escrivá, waarvan de sterke persoonlijkheid altijd een stempel heeft gedrukt op het werk dat hij heeft gesticht, is niet meer. Maar zijn geest blijft, want, zoals hij het vaak herhaalde, hij was slechts een eenvoudig werktuig in Gods handen.

Mgr. W. ONCLIN

UN GRAN FUNDADOR DESAPARECIDO: LA CONTRIBUCION DE MONSEÑOR ESCRIVA DE BALAGUER A LA IGLESIA

por Mons. W. Onclin, Decano de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad de Lovaina y Secretario de la Comisión Pontificia para la Reforma del Código de Derecho Canónico

Mis frecuentes viajes de trabajo a Roma me han permitido cultivar la amistad de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, el Fundador del Opus Dei. Desde que supe de su muerte, el viernes por la mañana, me he repetido a mí mismo que acaba de desaparecer un gran hombre, uno de esos hombres excepcionales que dejarán una huella imborrable.

Será preciso quizá, una mayor perspectiva histórica para medir la huella profunda que ha dejado el Fundador del Opus Dei. Esta Asociación de laicos católicos, a la que desde su comienzo en 1928, se entregó en cuerpo y alma, ha sobrepasado todos los cálculos humanos de éxito en sentido sociológico, hasta el punto de convertirse en un instrumento de apostolado excepcional en el seno mismo de la sociedad, en todas las clases y profesiones, en todos los continentes del mundo.

ESTUVE CERCA DE MONSEÑOR ESCRIVÁ

EL paso por la tierra de monseñor Escrivá de Balaguer ha sido el de un incansable, inteligente y alegre sembrador del buen Amor. Pidió a los hombres que pusiesen en todas sus actividades paz y alegría y él las comunicó con un ejemplo atrayente y contagioso.

CUANTOS tuvimos la suerte de acercarnos a este sacerdote de Dios nos sentimos invadidos por un cariño inagotable, pródigo en detalles de ternura, delicadezas, comprensión, buenhumor, que dejaba en el alma una sensación de bienestar espiritual y un estímulo de vida limpia de egoísmo y afanosa de servir a los demás. Pero la siembra de felicidad del fundador del Opus Dei no alcanzó sólo a los que gozamos directamente de su trato, sino a un número incontable de almas a las que hizo llegar el mensaje que Dios le encomendó que transmitiera por el ancho mundo un día 2 de octubre de 1928, fecha fundacional del Opus Dei.

ESTE mensaje venturoso consiste en devolvernos el sentido de la dignidad de nuestra tarea, sea ella la que fuere, y hacernos comprender que desde todos los lugares limpios de la tierra, altos o bajos, grandes o pequeños, brillantes o grises, se puede y se debe servir a Dios y a los hombres labrando con este servicio la propia santidad. Monseñor Escrivá de Balaguer, fiel al Evangelio, ha abierto de par en par a todos, sin excepción ninguna, los caminos de la santidad y, por lo tanto, ha puesto en nuestras vidas la alegría desbordante de las almas que se saben llamadas por Dios, una a una, por su nombre, y empujadas por las rutas del divino Amor. Y esto, lo mismo el camiónero que el investigador, el empleado modesto que el gerente, la madre de familia que el médico famoso... Porque —digámoslo con palabras suyas—: "Las obras del Amor son siempre grandes, aunque se trate de cosas pequeñas en apariencia. El Señor nos da a conocer que todo tiene importancia: las acciones que, con ojos humanos, consideramos extraordinarias, esas otras que, en cambio, calificamos de poca categoría. Nada se pierde. Ningún hombre es despreciado por Dios. Todos, siguiendo cada uno su propia vocación —en su hogar, en su profesión u oficio, en el cumplimiento de las obligaciones que le corresponden por su estado, en sus deberes de ciudadano, en el ejercicio de sus derechos—, estamos llamados a participar del reino de los cielos".

AUNQUE parezca audaz el intento de penetrar en las profundidades de un alma como la de monseñor Escrivá de

Balaguer, yo me atrevería a decir que una de las causas más poderosas de su inmenso atractivo humano y de su portentosa actividad apostólica estuvo en la humildad de considerarse un pobre instrumento en las manos de Dios. Por eso sentía algo así como una especial ternura ante el borriquito sobre el que montó Jesús para hacer su entrada triunfal en Jerusalén. Saboreaba las palabras del salmo: "Como un jumento soy yo delante de Ti, pero estaré siempre a tu lado, porque tú me has tomado de tu diestra", a cuyas palabras del Libro Sagrado él añadía, para dar más fuerza a su sentido de humildad, "tú me llevas por el ronzal". Le gustaba hablar de pinceles y de cuán estúpidos serían si se enorgulleciesen del cuadro que, sirviéndose de ellos, pintase el artista. Y para transmitir este sentido de auténtica humildad escribía cosas como éstas: "Esperalo todo de Jesús. Tú no tienes nada, no vales nada, no puedes nada. El obrará si en Él te abandonas". Abandono del que brotará como fuente caudalosa el tesoro de su alegría, aquella alegría no fisiológica de animal sano, sino sobrenatural, nacida de entregar todo y de entregarse él mismo en los brazos amorosos de su Padre Dios.

EL lenguaje del fundador del Opus Dei en su famoso libro "Camino" y en sus "Homilías" alcanza momentos de amor arrebatado como el de los místicos: "Primero, una jaculatoria, y luego, otra y otra... Hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres... y se deja paso a la intimidad divina en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio. Vivimos entonces como cautivos, como prisioneros. Mientras realizamos con la mayor perfección posible, dentro de nuestras equivocaciones y limitaciones, las tareas propias de nuestra condición y de nuestro oficio, el alma ansía escaparse. Se va hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán. Se comienza a amar a Jesús, de forma más eficaz, con un dulce sobresalto."

"MIRAR a Dios sin descanso y sin cansancio." Late en estas palabras uno de los elementos esenciales de su mensaje; que, sin duda, resultó llamativo y aun incomprensible cuando empezó a propagarlo. Me refiero a su invitación a la gente de la calle, no sólo a la santidad, sino a ser, dentro de ese su camino de santidad, almas contemplativas. Almas contemplativas en medio de todas las tareas del mundo, es decir, ejercicio constante de presencia de Dios como un Hijo que lo hace todo

bajo la mirada de su Padre. Acciones de gracias por todo, porque todo es bueno; desagravios por los pecados propios y por los ajenos; preguntarle muchas veces a Dios si estamos haciendo lo que Él quiere; no comenzar ningún asunto sin pensar antes qué quiere Dios de uno en ese negocio; cuando la tarea se presenta cuesta arriba y la fatiga abruma pedir alientos; cuando el esfuerzo se corona por el éxito, no olvidarse de dar gracias al Señor, que nos dio la fortaleza; cuando por calles y carreteras nos damos cuenta de la presencia de templos del Señor, no ser tan atolondrados que no le dirijamos a Cristo, oculto en el tabernáculo, una jaculatoria que vaya a su corazón divino como una saeta encendida de amor. Y miradas a los cuadros e imágenes de la Virgen y píropos a nuestra Madre Inmaculada: "Corazón dulcísimo de María, da fuerza y seguridad a nuestro camino en la tierra. Sé Tú misma nuestro camino, porque Tú conoces la senda y el atajo cierto para llegar por tu amor al amor de Jesucristo."

"EL alma se va hacia Dios como el hierro atraído por la fuerza del imán." En la mañana de un jueves, día consagrado a la Eucaristía, el fundador del Opus Dei, el Padre, como hemos gustado de llamarle por sus hijos espirituales, no pudo resistir la fuerza del imán divino y se le paralizó el corazón de un modo fulminante, para que al mismo tiempo que su cuerpo caía en la esperanza de la resurrección de los muertos, su alma se abismase en las profundidades del Amor divino, a cuyo impulso se entregó durante toda su vida como instrumento fidelísimo, alegre y humilde. El Señor, a quien él había ofrecido su vida, especialmente por la Iglesia, escuchó la petición de su siervo.

CON mirada sobrenatural, la muerte del fundador del Opus Dei es un momento plenamente gozoso, aunque los corazones que son de carne alentan en lo más profundo un dolor vivísimo.

ALIMENTA este "gaudium cum pace", esta alegría y esta paz, la fortaleza, renovada con su muerte, que por intercesión suya experimentamos sus hijos, de continuar la obra de Dios como borriquillos humildes de noria que buscan con el constante esfuerzo de su apostolado, apoyado en la oración y el sacrificio, el agua que salta hasta la vida eterna; la única capa de apagar la sed de Dios, que, consciente o inconscientemente, trae inquieta desazonada, y a veces enloquecida, a una parte de la humanidad, que es voluntad de Cristo que sea salvada.

Alfredo LOPEZ

Cuando Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer fundó su Obra tenía veintiséis años y había sido ordenado sacerdote tres años antes: «No tenía más que juventud, la gracia de Dios y buen humor» —le gustaba recordar. Al cabo de 47 años, más de 60.000 hombres y mujeres de 80 países diferentes pertenecientes al Opus Dei testimonian que la búsqueda de la santidad en el cumplimiento del deber familiar y profesional —proposición que sorprendía en 1928— no es un mito, sino una realidad fecunda.

Mensaje de Monseñor Escrivá de Balaguer

El gran mensaje que Monseñor Escrivá de Balaguer —«viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo», decía— nos ha dejado por herencia es que la santidad no se reserva a los privilegiados, y que todos los caminos de la tierra pueden ser divinos, porque el eje de la espiritualidad específica del Opus Dei es la santificación del trabajo ordinario.

Esta llamada ha sido comprendida y puesta en práctica, con una sorprendente unidad de espíritu, tanto por campesinas peruanas como por ingenieros japoneses, médicos españoles o estudiantes belgas o nigerianos. Para todos, una hora de trabajo o de estudio puede convertirse en una hora de oración si el fin es servir y dar gloria a Dios.

En este período crítico que atravesamos es estimulante constatar el crecimiento de las vocaciones al Opus Dei entre gentes de toda edad, particularmente jóvenes. En la Obra se respira santidad y no se sabe nada de crisis. El aumento de socios laicos ha posibilitado el aumento de sacerdotes formados en sus filas: dentro de pocas semanas 54 socios —entre ellos un belga— recibirán el sacramento del Orden. Estos universitarios —frecuentemente con una larga experiencia profesional— abandonan la medicina, el derecho o la sociología para convertirse en sacerdotes cien por cien, para no hablar más que de Dios.

Todo esto no puede explicarse sin una intensa vida de piedad y apostolado, que es el verdadero secreto del éxito del Opus Dei, como recordaba frecuentemente su Fundador.

Es imposible agotar la riqueza de la contribución de Mons. Escrivá de Balaguer a la Iglesia. Escuelas, universidades, centros para obreros o cam-

pesinos, obras de asistencia social de todo tipo han nacido en todas partes gracias a su empuje. Pero la revalorización del papel del laico dándole la autonomía y la responsabilidad que tiene por el hecho de estar bautizado, merecería un capítulo aparte. Señalemos que esta tarea del laico en la Iglesia ha sido solemnemente declarada por el Concilio Vaticano II, que ha reconocido también otro rasgo del espíritu del Fundador: el ecumenismo. El Opus Dei, en efecto, es la primera asociación de la Iglesia que obtuvo de la Santa Sede —en 1950— la autorización para admitir cooperadores no católicos e incluso no cristianos.

Su amor por la libertad

Una de las cosas que más me han emocionado al conversar con Monseñor Escrivá de Balaguer, aparte de su valor humano, de su entusiasmo y de su sentido sobrenatural, es su amor por la libertad, palabra que nunca pronunciaba sin añadir otra: responsabilidad. «Sin libertad —repetía— no se puede amar a Dios». Esta libertad se vive en la Obra en todos los campos —económico, político, social, científico, artístico, etc.— en la medida en que Dios las ha dejado a la libre discusión de los hombres. «El Opus Dei —decía— no está vinculado a ningún país, a ningún régimen, a ninguna tendencia política, a ninguna ideología». Si esto no fuera así, sería muy difícil explicar su atractivo para personas de cultura, raza y mentalidad tan diferentes.

En todas las circunstancias, en todo lo que hizo, buscaba servir a la Iglesia y servir a los hombres, sin servirse de la Iglesia. Entre la abundante doctrina escrita que nos ha legado, figura un clásico de la literatura espiritual, *Camino* (acaba de aparecer editada por Fayard, su última edición francesa) que ha sobrepasado los 2.500.000 ejemplares en 23 lenguas. A la catequesis de su pluma hay que añadir la de su palabra, que ha prodigado con miles de personas en los largos viajes apostólicos que ha emprendido, sobre todo recientemente, en diversos países de América y de Europa.

Josemaría Escrivá de Balaguer, cuya fuerte personalidad ha marcado siempre la Obra que fundó, se ha marchado, pero su espíritu permanece, porque, como repetía frecuentemente, él no era más que un humilde instrumento en las manos de Dios.

IL CLERICALISMO È DURO A MORIRE

Nelle sue attuazioni nel mondo, il cristiano è esposto a una malattia che si chiama clericalismo, e i cui sintomi sono: pretesa di possedere in esclusiva la soluzione «cattolica» per ogni problema sociale, politico, economico, professionale, ecc., in una gamma che va dalla «cultura cattolica», al «partito cattolico», alle «banche cattoliche», e via discendendo; propensione a ricattare l'unanimità dei cattolici in materia religiosa, in un unanimità in campo temporale, dove invece non dev'essere sussistere dogmi; capovolgimento, in definitiva, del messianismo cristiano che è rivolto al Regno dei cieli (che incomincia nel tempo, ma il cui compimento è al di là del tempo), in un messianismo terrestre, magari volentieri propugnato per contrastare i messianismi di ideologie contrarie alla fede.

Il clericalismo è duro a morire, ed è per sua natura trasformista: smanioso di intervenire «efficacemente» nella storia, assumerà colorazioni che di volta in volta lo faranno apparire «di destra», «di sinistra» o «di centro», ma l'occhio del cristiano attento deve saper riconoscere dietro le maschere occasionali con cui cerca di camuffarsi. Cristo, infatti, è stato derelitto al Sinedrio per aver detto le speranze mondane di coloro che aspettavano la restaurazione terrena del regno d'Israele (diciamo dei clericali), e quindi siamo in presenza di una questione davvero importante, se ne è andata mezzo millennio che la vita del Dio fatto Uomo.

L'insegnamento di mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, il Fondatore dell'Opus Dei scomparso a 73 anni il 26 giugno scorso, è particolarmente luminoso su questo punto, tanto da averne fatto una caratteristica qualificante della spiritualità laicale che dal 1928 si è diffusa in tutto il mondo, ed è valida non solo per i soci dell'Opus Dei, ma per tutti i cristiani. Detesto il clericalismo — disse mons. Escrivá in un'intervista a *Le Figaro* — e comprendo che accanto ad un anticlericalismo inaccettabile, ci sia anche un anticlericalismo sano, che nasce dall'amore per il sacerdozio e che non consente che il semplice fedele o il sacerdote si serva di una missione sociale per ottenere vantaggi temporali. E in un'altra occasione giornalistica affermò: «Spero proprio che venga il giorno in cui la frase "i cattolici penetrano nei diversi ambienti sociali" non sia più in circolazione, e che tutti si rendano conto che si tratta di una espressione clericale. E comunque non c'entra affatto con l'apostolato dell'Opus Dei. I soci dell'Opus Dei non hanno bisogno di "penetrare" nelle strutture temporali per il semplice fatto che sono dei cittadini comuni, uguali agli altri, e perciò in queste strutture essi c'erano già».

Il primo caposaldo dell'anticlericalismo sano, dunque, è questo: il cristiano non ha bisogno di alcun passaporto, né del bollo della gerarchia, né del bollo di alcuna autorità od organizzazione terrena, per occuparsi di ciò che gli compete a titolo originario, e cioè la partecipazione attiva a tutte le decisioni politiche, sociali, economiche, professionali, ecc., sullo stesso piano di tutti gli altri cittadini.

Il secondo punto riguarda il pluralismo dei cattolici rispetto alle scelte temporali. Qui le cose, almeno apparentemente, si complicano, perché a prima vista sembrerebbe molto più facile ed «efficace» intruppare i cattolici in un'unica organizzazione, impegnata a realizzare una «società cristiana». Di ciò era ben consapevole mons. Escrivá de Balaguer, il quale, in un'intervista pubblicata con un certo coraggio dall'*Osservatore romano della domenica*, avvertì: «Uno dei maggiori pericoli che minacciano oggi la Chiesa potrebbe essere proprio questo: non riconoscere le istanze divine della libertà cristiana, e sotto la spinta di falsi criteri di efficacia, preten-

El riesgo de la libertad. LA LUMINOSA ENSEÑANZA DE MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER

por Cesare Cavalleri

Al ejercer sus actividades temporales, el cristiano está expuesto a una enfermedad llamada clericalismo, que tiene estos síntomas: la pretensión de poseer en exclusiva la solución para cualquier problema social, político, económico, profesional, etcétera, con una gama de soluciones que abarca desde la «cultura católica», el «partido católico», la «empresa católica» y así sucesivamente; la propensión a trasladar la unanimidad de los cristianos en materia religiosa a los asuntos temporales, donde, por el contrario, no deben existir dogmas; en definitiva, la conversión del mesianismo cristiano, que se refiere al Reino de los Cielos (que empieza en el tiempo, pero cuyo cumplimiento está más allá del tiempo), en un mesianismo terreno, defendido quizá valerosamente en oposición a mesianismos de ideologías contrarias a la fe.

El clericalismo se resiste a morir y es cambiante por naturaleza: su afán de intervenir «eficazmente» en la historia, le lleva a vestirse con colores que le hacen aparecer a veces de derechas, otras de izquierdas o de centro. Sólo el cristiano atento puede reconocerle bajo el último camuflaje ocasional con el que se esconde. Cristo comparó ante el Sanedrín por haber roto las esperanzas mundanas de los que soñaban en la restauración terrena del Reino de Israel: es decir, los clericales. Estamos ante una cuestión verdaderamente importante: está en juego la vida de Dios hecho Hombre.

Un anticlericalismo bueno

La enseñanza del Fundador del Opus Dei, Mons. Escrivá de Balaguer, fallecido a los 73 años el pasado 26 de junio, es especialmente luminosa en este punto y lo ha convertido en una característica que cualifica la espiritualidad laica que desde 1928 ha difundido el Opus Dei por todo el mundo, y que vale, no sólo para sus socios, sino para todos los cristianos.

«Me repugna el clericalismo —dijo Mons. Escrivá de Balaguer en una entrevista a *Le Figaro*— y comprendo que —junto a un anticlericalismo malo— hay también un anticlericalismo bueno, que procede del amor al sacerdocio, que se opone a que el simple fiel o el sacerdote use de una misión sagrada para fines terrenos». Y en otra ocasión afirmó: «Espero que llegue un momento en el que la frase "los católicos penetran en los ambientes sociales" se deje de decir, y que todos se den cuenta de que es una expresión clerical. En cualquier caso, no se aplica para nada al apostolado del Opus Dei. Los socios de la Obra no tienen necesidad de "penetrar" en las estructuras temporales, por el simple hecho de que son ciudadanos y corrientes, iguales a los demás, y por tanto ya están ahí».

La primera señal de anticlericalismo sano es ésta: el cristiano no necesita pasaportes ni permisos de la Jerarquía, ni de ninguna autoridad u organización terrena, para ocuparse de aquello que le compete por título propio: participar activamente en todas las decisiones políticas, sociales, económicas, profesio-

nales, etc., en el mismo plano que el resto de los ciudadanos.

El segundo punto se refiere al pluralismo de los católicos respecto a las opciones temporales. Aquí se complican las cosas, al menos aparentemente, ya que parecería mucho más fácil y eficaz, a primera vista, agrupar a los católicos en una única organización dispuesta a lograr una «sociedad cristiana». Sobre este punto advertía audazmente Monseñor Escrivá de Balaguer en una entrevista publicada en *L'Osservatore della domenica*: «Uno de los mayores peligros que amenazan hoy a la Iglesia podría ser precisamente el de no reconocer esas exigencias divinas de la libertad cristiana, y dejándose llevar por falsas razones de eficacia, pretender imponer una uniformidad a los cristianos. En la raíz de estas actitudes hay algo no sólo legítimo, sino encomiable: el deseo de que la Iglesia dé un testimonio tal, que conmueva al mundo moderno. Mucho me temo, sin embargo, que el camino sea equivocado y que lleve, por una parte, a comprometer a la Jerarquía en cuestiones temporales, cayendo en un clericalismo diverso pero tan nefando como el de los siglos pasados; y, por otra, a aislar a los laicos, a los cristianos corrientes, del mundo en el que viven, para convertirlos en portavoces de decisiones o de ideas concebidas fuera de ese mundo».

El cristiano, seguro de esta libertad suya, ¿puede militar acriticamente bajo cualquier bandera? Aquí se impone la delicada y peculiar distinción que Monseñor Escrivá de Balaguer ha defendido infatigablemente: si, por

un lado, el cristiano debe comprometerse en el mundo con plena libertad y con plena responsabilidad personal, de otro, debe tender simultáneamente a la santidad, es decir, a la plena realización de su vocación bautismal, vocación que le induce a vivir todas las virtudes cristianas en la situación temporal en que se encuentre.

La llamada universal a la santidad

Por tanto, el cristiano no puede comprometerse con situaciones que contradicen las virtudes cristianas. Es la *llamada universal a la santidad* solemnemente proclamada por el Concilio Vaticano II y que Mons. Escrivá de Balaguer ha defendido con su ejemplo, su predicación y sus escritos desde los años 30. Santidad que debe buscarse no con la huida del mundo, aspecto del específico carisma monástico, pero que sería un desorden para el seglar cristiano. Explicaba el Fundador del Opus Dei que comprometerse a buscar la santidad, a pesar de los errores y de las miserias personales, quiere decir comprometerse con la gracia de Dios a practicar la caridad, que es la plenitud de la Ley y el vínculo de la perfección. Y la caridad no es una cosa abstracta; quiere decir dedicación real y total al servicio de Dios y de todos los hombres; al servicio de Dios que nos habla en el silencio de la oración y en el ruido del mundo; y al servicio de los hombres, cuya existencia se entrelaza con la nuestra.

El riesgo de la libertad

Quizá alguien piense que todo esto es difícil de poner en prác-

tica, y es cierto. Pero la clave está en lo que Mons. Escrivá de Balaguer llamaba *el riesgo de la libertad*. El seglar cristiano, al contrario que el monje, no tiene una regla que le señale, día a día y hora a hora, lo que debe hacer: el cristiano que vive en el mundo debe conseguir por sí solo poner en práctica lo que su conciencia, iluminada por el Magisterio en lo concerniente a la Fe y a la Moral, le dicte en cada ocasión para construir la ciudad que siente como suya, asociándose, dentro de los modos civilmente legítimos, con otros ciudadanos que piensan como él, independientemente de la religión. Equivocándose y volviendo a empezar, y asumiendo siempre en primera persona las consecuencias de sus propias decisiones.

Son cosas que cuesta comprender, pero no tanto. Que muchos, muchísimos, las han entendido, se demuestra por la convicción con la que altos dignatarios eclesiásticos, personalidades civiles y gente corriente de muchos países insisten en que se abra cuanto antes el proceso de canonización que reconozca el grado de heroísmo con el que Mons. Escrivá de Balaguer vivió las virtudes cristianas. Y lo demuestra también la incesante peregrinación que desde el 26 de junio tiene como meta la tumba del Fundador en la cripta de un Oratorio de la Sede Central del Opus Dei en Roma: una peregrinación sin cánticos ni estandartes, de gente que quiere mostrar su gratitud y decir una oración a aquél a quien decenas de miles de personas de todo el mundo llamaban con el simple nombre de *Padre*.

Cesare Cavalleri
direttore di Studi cattolici

HACE pocos días, en este mismo diario, recordaba lo que para un cristiano significa la muerte: un cambio de casa, el logro de la plenitud, un modo nuevo de servir a la Iglesia. Hoy, conmovida por la repentina muerte del Fundador del Opus Dei, he vuelto a considerar esta realidad con un signo nuevo, con una luz de profundidad sin límites y me atrevería a decir que hasta con una fe más recia. Monseñor Escrivá de Balaguer nos redescubrió en sus cincuenta años de vida sacerdotal un sentido pleno del vivir cristiano en medio del mundo. Para él, el apostolado, el trabajo y la oración fueron los elementos de una única realidad sobre la que se realiza la unidad del fiel cristiano corriente. Muchas veces le han llamado pionero de la santidad de los laicos y con razón...

La Historia de la Iglesia recordará lo que supuso, antes del Concilio Vaticano II, la espiritualidad del Opus Dei, como avanzada que permitió encontrar la imagen —el rostro auténtico— del cristiano corriente: el carácter de su vocación y el contenido de su misión. Al Fundador ya no podremos oír su voz, como ocurrió en Caracas hace apenas cuatro meses, en una de sus correrías americanas; pero su enseñanza queda por todas partes, invitando a hombres y mujeres a que profundicen en la vocación bautismal, en la universal llamada a la santidad, en el trabajo como medio de santificación y de apostolado.

Gran admirador de Santa Catalina de Siena —ejemplo de amor a la Iglesia y de unidad de vida— al continuar su misión en la Vida Nueva, le habrá encomendado —a la Santa— de modo especial, que interceda por tantas mujeres cristianas que necesitamos hoy de su ejemplo para mostrar valentía y audacia en la tarea que se nos ha dado. Catalina de Siena no retrocedió ni vaciló en lo fundamental, porque supo poner siempre su confianza en Dios. Supo —como tantas veces lo repitió el Fundador del Opus Dei— que “las crisis mundiales son crisis de santos” y estaba convencida que “sólo el amor salva al mundo”.

Un 14 de febrero —del año 1930— fecha que ordinariamente se dedica a los que se manifiestan un mutuo amor, nació la sección de mujeres del Opus Dei, dieciséis meses más tarde de la Fundación de la Obra el 2 de octubre de 1928. Desde entonces mujeres de todas las razas, condición y oficio se empeñan por identificarse con un espíritu que les lleva a buscar su integración humana, espiritual y profesional con un trabajo generoso, hecho cara a Dios y en servicio de toda la sociedad.

En su labor sacerdotal, Monseñor Escrivá de Balaguer no hizo diferencias entre lo que pide la fe cristiana a toda persona —hombre o mujer— para alcanzar la plenitud de hijo de Dios: fe, amor, entrega, sacrificio... y sus hijas ejercen todas las profesiones y oficios nobles de la tierra, desde la sencilla y entrañable labor que lleva el amor cristiano al trabajo de la tierra, al taller, al hogar familiar, hasta la difícil misión de ejercer cátedras universitarias y altos cargos en la administración pública. Hay mujeres del Opus Dei doctoras en Teología y en Derecho Canónico, pero la mayoría ejercen profesiones liberales y oficios dentro de la vida familiar. Gran número de las asociadas del Opus Dei son madres de familia que intentan hacer de sus hogares ámbitos de paz, luminosos y alegres, donde los hijos, desde los primeros años, aprendan a vivir el amor cristiano y a prepararse para un trabajo en servicio de sus hermanos los hombres. Madres de familia que comparten —la gran mayoría— su trabajo en la familia con el ejercicio de una profesión civil: médicas, abogadas, educadoras, oficinistas, peluqueras, comerciantes, obreras, agricultoras, etc. En uno y otro ámbito —jamás disociado— realizan ese apostolado profundo de hacer presente a Cristo con el testimonio de sus vidas.

La Mujer en el Trabajo y en la Iglesia

Nunca se dirá bastante de lo que realmente ha sido la dedicación de Monseñor Escrivá de Balaguer a ese empeño divino por defender y promover la plenitud de la vocación cristiana de los fieles corrientes dentro de la Iglesia. Su trabajo fue tenaz porque se lograra un pleno reconocimiento teológico y jurídico de la misión que corresponde a los laicos —hombres y mujeres— tanto en la Iglesia como en la sociedad civil.

“Corresponde —insistía él— a los millones de mujeres y de hombres cristianos que llenan la Tierra, llevar a Cristo a todas las actividades humanas, anunciando con sus vidas que Dios ama a todos y quiere salvar a todos. Por eso la mejor manera de participar en la vida de la Iglesia, la más importante y la que, en todo caso, ha de estar presupuesta en todas las demás, es la de ser integralmente cristianos en el lugar donde estén en la vida, donde les ha llevado su vocación humana”.

El Fundador del Opus Dei ha cambiado de casa sin darnos ocasión a largas despedidas. La muerte le sorprendió al terminar su misión sacerdotal más alta, el trabajo más sobrenatural en el que un hombre puede intervenir: la celebración de la Santa Misa. Se fue tranquilamente y ahora vive en la paz de Dios.

Hace algunos años al conceder, el Fundador del Opus Dei, una entrevista a la directora de una revista dirigida especialmente a mujeres, insistió especialmente en no contraponer la doble misión de la mujer en la familia y en las profesiones civiles. “Lo mismo que en la vida del hombre —argumentó— pero con matices muy peculiares, el hogar y la familia ocuparán un puesto central en la vida de la mujer: es evidente que la dedicación a las tareas familiares supone una gran función humana y cristiana. Sin embargo, esto no excluye la posibilidad de ocuparse en otras tareas profesionales —la del hogar también lo es—, en cualquiera de los oficios y empleos nobles que hay en la sociedad en que se vive”. Y más adelante comentaba que “desarrollo, madurez, emancipación de la mujer, no deben significar una pretensión de igualdad —de uniformidad— con el hombre, una imitación del modo varonil de actuar: eso no sería un logro, sería una pérdida para la mujer: no porque sea más o menos que el hombre, sino porque es distinta. En un plano esencial —que ha de tener su reconocimiento jurídico, tanto en el derecho civil como en el eclesiástico— sí puede hablarse de igualdad de derechos porque la mujer tiene, exactamente igual que el hombre, la dignidad de persona y de hijo de Dios”.

Beatriz Mercedes
Briceño-Picón

Msgr. Escrivá de Balaguer y Albás

Eindrücke bei Begegnungen mit dem Opus-Dei-Gründer — Von Bischof Dr. Pohlschneider, Aachen

Als mich am 27. Juni die telefonische Nachricht von dem ganz unerwarteten Hinscheiden des Gründers und Generalpräsidenten des Opus Dei erreichte, fühlte ich mich tiefst betroffen und erschüttert. Es war mir, als ob plötzlich ein hellleuchtender Stern am Himmel der Kirche erloschen war.

Während der letzten zwanzig Jahre habe ich zahlreiche Begegnungen mit dieser wahrhaft einmaligen Priesterpersönlichkeit und ihrem Werk Eindrücke gewonnen, die ich nie mehr vergessen kann.

Jedesmal, wenn ich mit ihm zusammentraf — etwa während des Zweiten Vatikanischen Konzils oder auch noch im vorigen Jahr —, erschien er mir als ein ganz ungewöhnlicher Mensch von hoher geistiger Begabung. Aber noch weit stärker als die Kräfte seines Verstandes waren die Impulse, die von seinem Herzen auf die Umwelt ausströmten. Unwillkürlich denke ich da an das, was die Kirche von dem großen Jugendseelsorger Don Bosco sagt im Introitus zur Festmesse dieses Heiligen: „Gott gab ihm Weisheit und Einsicht in Überfülle und eine Weite des Herzens gleich dem Gestade des Meeres.“ Diese „latitudo cordis“, in der alles und alle, ganz besonders aber die Gottes- und Nächstenliebe, Platz hatten, war das Wesensmerkmal dieses Priesters. Im wahrsten Sinne des Wortes liebte er die Menschen und sorgte sich um sie. Wenn er von der apostolischen Sorge um das Heil der Menschen sprach, dann war es, als ob nicht nur sein Herz zitterte, sondern der ganze Körper miterschwang. Sein Seelenfeuer kannte keine Grenzen. Er machte weder vor Völkern noch Ländern noch Kontinenten halt. Dabei war er stets auf das Wohl des ganzen Menschen bedacht, aus das irdische, aber ganz besonders auf das ewige Heil. Sein ganzes Denken war im letzten im Übernatürlichen verankert. Die unerschöpfliche Quelle der Kraft war für ihn sein katholischer Glaube, und zwar der Glaube an die göttliche Offenbarung, so wie Christus sie uns geschenkt hat und die Kirche hütet und weitergibt. Hier kannte er keine Konzessionen und Kompromisse mit dem wandelbaren Geist der Zeit. Vor allem

die Treue zum Papst und zu den Bischöfen war in seinen Augen die unerlässliche Voraussetzung für jegliches fruchtbare seelsorgliche Wirken.

Das Opus Dei ist ein erstaunliches Phänomen unserer Zeit. Obwohl es erst im Jahre 1928 begonnen hat, zählt es jetzt bereits in rund 80 Ländern der Welt etwa 60 000 Mitglieder, Männer und Frauen aus den verschiedensten gesellschaftlichen Schichten und Berufen. Ich hatte vielfältige Gelegenheit, ihr Leben und Wirken aus unmittelbarer Nähe zu beobachten, nicht nur in Deutschland, sondern auch in anderen Ländern, so vor allem in Spanien und Italien, in Kenia und Nigeria in Afrika usw. Überall sah ich ihren bewundernswürdigen, ihren klugen und selbstlosen Einsatz am Aufbau des Reiches Gottes, ihre Liebe zur Kirche und ihr frommes Gebetsleben. Oft meinte ich zu spüren, daß allenthalben der Geist des Gründers gegenwärtig war. Nach meiner festen Überzeugung war Msgr. Escrivá das auserwählte Werkzeug Gottes. Und das Opus Dei ist ein wahrhaft providentielles Werk, das entscheidend mitwirken soll, um die Kirche aus einer Zeit großer geistiger Verwirrung wieder neuen Ufern einer besseren Zukunft entgegenzuführen.

Msgr. Escrivá ist tot. Die 60 000 Mitglieder des Opus Dei trauern um ihren Vater, der von ihnen gegangen ist. Aber auch über seinen Tod hinaus werden sie ihm die innere Treue bewahren: denn sie wissen, was sie ihm zu verdanken haben. Sie können sprechen, wie Lacordaire einmal gesagt hat: „Das größte Glück des Menschen hier auf Erden ist es, einmal im Leben einem wahren Mann nach dem Herzen Gottes, einem echten Priester begegnet zu sein.“ Das zurückgelassene Opus Dei ist in seinen Strukturen festgefügt, so wie sein Gründer als kluger Jurist es konzipiert hat. Aber niemals können Strukturen allein einem von Menschen aufgebauten Gebilde seinen Bestand garantieren. Der Geist ist es, der lebendig macht. Wir haben das Vertrauen, daß der Geist des Gründers in seinem Werk niemals untergeht.

Der Geist des Gründers ist vor allem der Geist der Liebe, der Liebe zu Gott und den Menschen. Er sprach wie der Apostel Paulus: Caritas Christi urget nos. Und „wehe mir, wenn ich das Evangelium nicht verkünde“.

Was im Opus Dei weiterleben muß und weiterleben wird, ist vor allem auch das Feuer der Begeisterung seines Gründers. Ihn trieb das Wort Christi „Feuer kam ich auf die Erde zu werfen, und was will ich anders, als daß es brenne“. Der Gründer kannte keinen Defaitismus. Er wußte, daß der Einsatz für das Reich Gottes kein Einsatz für eine verlorene Sache ist. Er glaubte an den Sieg Christi und seiner Kirche. Diese gläubige Zuversicht auf seine Gefolgschaft zu übertragen, war das Geheimnis seiner ganz und gar in Gott gegründeten

Persönlichkeit. Gewiß ruft er auch noch von der Ewigkeit aus allen seinen auf Erden zurückgelassenen Jüngern so ähnlich zu wie einst der heilige Augustinus: „Liebt, was ihr glaubt! Verkündet, was ihr liebt!“ Solange der apostolische Geist und der siegesbewußte Optimismus des Gründers im Opus Dei lebendig bleiben, brauchen wir um seine Zukunft nicht zu fürchten. Immer bleibt gültig, was Papst Pius XII. schon vor mehr als zwanzig Jahren gesprochen hat: „Die Zukunft gehört den Glaubenden, nicht den Ungläubigen und Zweiflern. Die Zukunft gehört den Mutigen, ... nicht den Kleingläubigen und Unentschlossenen. Die Zukunft gehört den Liebenden, nicht den Hassenden. Die Sendung der Kirche in der Welt, weit entfernt beendet zu sein, geht neuen Bewährungen und neuen Zielen entgegen.“



Msgr. Escrivá de Balaguer

MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER. MIS IMPRESIONES DE SU PERSONALIDAD Y SU OBRA

por el Dr. Johannes Pohlschneider, Obispo de Aquisgrán

Cuando el 27 de junio me llegó por teléfono la noticia de la muerte tan inesperada del Fundador y Presidente General del Opus Dei, me sentí profundamente consternado y afectado; era como si en el cielo de la Iglesia se hubiera extinguido de repente una estrella sumamente luminosa.

Jamás podré olvidar las impresiones que obtuve, durante los últimos veinte años, en mis numerosos encuentros con la Obra y con la excepcional personalidad de su Fundador.

Después de estar con él, cada vez me reafirmaba más en la idea de que era un hombre dotado de unas virtudes sobrenaturales extraordinariamente altas. Efectivamente: los impulsos que su corazón derramaba a su alrededor eran todavía más poderosos que las fuerzas de su inteligencia. Sin querer, pienso en lo que la Iglesia dice de aquel gran sacerdote de la juventud, Don Juan Bosco, en el Introito de la

Misa solemne de este Santo: «Dios le dio sabiduría y entendimiento sobre toda medida y una amplitud de corazón igual a las orillas del mar». Esta *latitudo cordis*, en la cual cabe todo y todos, especialmente el amor a Dios y al prójimo, era la característica esencial de este sacerdote. Amaba auténticamente a los hombres y se preocupaba por ellos. Cuando, llevado por su celo apostólico, hablaba de la necesidad de que todos los hombres se salven, no sólo temblaba su corazón, sino que también su cuerpo entero armonizaba con lo que decía. Su afán de almas no conoció límites. Ni pueblos, ni países, ni continentes le pararon. Nada de lo humano le era ajeno, pero del hombre le interesaba sobre todo su salvación eterna. Todo su pensamiento estaba profundamente cimentado en la visión sobrenatural, y la fuente inagotable de su fuerza era la Fe católica, la Fe en la Revelación divina tal como Cristo nos la dio y como la Iglesia la cuida y la trasmite. En este tema no hizo ninguna concesión, ni estableció ningún compromiso con el espíritu inconstante de nuestro tiempo. Siempre consideró que la fidelidad al Papa y a los Obispos era un requisito indispensable para que cualquier labor de almas fuera fértil.

El Opus Dei es un fenómeno asombroso de nuestro tiempo. A pesar de su corta historia —nació el año 1928—, la Obra cuenta ya hoy con unos 60.000 socios de 80 nacionalidades, hombres y mujeres de las más diversas clases sociales y profesionales. A menudo tuve la oportunidad de contemplar su vida y sus actividades, no sólo en Alemania, sino también en otros países, especialmente en España, Italia, Kenia, Nigeria, etc. En todos ellos constaté un esfuerzo admirable, prudente y desprendido por edificar el Reino de Dios; un gran amor a la Iglesia; y una vida de oración y de piedad. En todos ellos advertí la presencia del espíritu del Fundador. Estoy totalmente convencido de que Mons. Escrivá de Balaguer ha sido un instrumento elegido por Dios, y de que el Opus Dei es una Obra verdaderamente providencial, que ha de contribuir de una forma decisiva a la edificación de un futuro mejor.

Mons. Escrivá de Balaguer ha muerto. Los 60.000 socios de la Obra están de luto porque su padre se ha ido. Pero después de su fallecimiento le guardarán fidelidad interior, porque ellos saben lo que le deben, y pueden decir lo que una vez dijo Lacordaire: «La mayor fortuna para el hombre aquí en la Tierra es haber encontrado una vez a un verdadero hombre según el corazón de Dios, a un sacerdote auténtico».

El Opus Dei, que ha dejado tras de sí, está sólidamente asentado en las estructuras que su Fundador, como prudente jurista que era, estableció. Pero unas estructuras no pueden garantizar por sí solas la existencia de una obra, si no van acompañadas por un espíritu que las vivifique. Tengo la confianza de que el espíritu del Fundador —un espíritu de amor a Dios y a los hombres— jamás se perderá en su Obra. El repitió con el apóstol San Pablo: «*Caritas Christi urget nos*» y «¡Ay de mí, si no evangelizare!».

Lo que tiene que seguir viviendo en el Opus Dei es el fuego del entusiasmo de su Fundador, que le llevaba a repetir con frecuencia las palabras de Cristo: «¡Fuego he venido a traer a la Tierra y qué quiero sino que arda!». El Fundador no conoció ningún derrotismo. El sabía que la entrega al Reino de Dios no es una entrega a una causa perdida. El creyó en la victoria de Cristo y de su Iglesia; por eso el secreto de su personalidad, totalmente fundamentada en Dios, consistía en transmitir esa confianza a sus seguidores. Seguramente desde la eternidad llama todavía a los discípulos que ha dejado en la tierra, como hizo San Agustín: «¡Amad lo que creéis! ¡Anunciad lo que amáis!».

Mientras viva el espíritu apostólico y el optimismo vencedor del Fundador del Opus Dei, no tenemos que temer por su futuro. Sigue teniendo vigencia lo que dijo el Papa Pío XII hace ya veinte años: «El futuro pertenece a los valientes, ...no a los pusilánimes e indecisos. El futuro pertenece a los que aman, no a los que odian. La Iglesia, lejos de haber terminado su misión, se enfrenta continuamente con nuevas tareas».

Deutsche Tagespost (Würzburg), 11/12-VII-75.



El 2 de noviembre de 1972 don Josemaría Escrivá de Balaguer visitó Fátima. Un grupo de asociados portugueses del Opus Dei le acompañaron en oración.

DE SU AMOR A LA VIRGEN

AQUI, en Torrecludad, al celebrar la Santa Misa en este altar, consagrado hace unos meses por monseñor Escrivá de Balaguer, rememoro una de las notas más importantes de su vida: su amor a la Virgen.

La mañana en que falleció monseñor había celebrado la misa votiva de Nuestra Señora; después fue a un centro perteneciente a la sección de mujeres del Opus Dei, en Castigallandolfo, en donde habló de la necesidad de poseer alma sacerdotal y mentalidad laical; a la vuelta, ya en Roma, su corazón generoso dejó de latir. Quien más unido ha estado a él ha dicho en una carta, al referirse a ese momento, que parecía como si la Virgen Santísima, Madre del Amor Hermoso, le hubiera besado en la frente y le hubiese susurrado: ven con nosotros a gozar para siempre de la Trinidad Beatísima, bien unido a mí y a San José, a quien tanto amas.

Jesús puso la última piedra de su vida, cincelada en el tono más característico de su vivir: el amor a la Eucaristía, a la Virgen, al Romano Pontífice, a sus hijas e hijos, a todas las almas..., y todo ello enmarcado en un día cualquiera de trabajo.

Pero de la riqueza de su alma aquí sólo quiero destacar su amor a la Madre de Dios. En lo que se refiere a Ella ha sabido cumplir día a día ese consejo insistente suyo: un cristiano ha de luchar por alcanzar una piedad de niño y una doctrina de teólogo.

Como quien ha recogido y meditado en su corazón cada una de las palabras de Jesús, él había comprendido profundamente esa frase tan fuerte del Señor: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt. 18, 3). Unas palabras divinas que condicionan la salvación; únicamente verán cara a cara a Dios aquellos que se esfuerzan por ser humildes, aquellos que sepan volver una y otra vez al trato sencillo con Él. Por estar ese camino de infancia unido al abandono en Dios, al amor a la Santa Cruz, será

locura para los que no pueden entender lo sobrenatural, y escándalo para los soberbios que hablan de una madurez que no es más que la exaltación de su propio yo.

Siempre ha sabido el fundador del Opus Dei que para permanecer en esa infancia espiritual el camino es un profundo amor a Nuestra Madre la Virgen: Ella, la más perfecta criatura, se sabe la humilde sierva, se abandona en las manos divinas; es la que conduce con una sonrisa y con mano suave hacia Jesús; y es también la que crea el ambiente adecuado para el divino juego de amor del Espíritu Santo. Por eso, y por ser Madre de los hombres, el Corazón de María ha sido siempre donde el fundador de la obra ha buscado y encontrado el reposo y la fuerza, la alegría y la paz.

Acudía a la Virgen con la naturalidad de su oración constante, y con un amor avivado por las prácticas de piedad; entre ellas quería de un modo especial el Santo Rosario. Además, tantas devociones hechas con espíritu recio a lo largo de toda su vida: algunas desde niño, como el ofrecimiento del día a la Virgen, aprendida de labios maternos, o su amor a las romerías a los santuarios marianos —Lourdes, Luján, Mariázel, Fátima, Guadalupe..., que tuvo su inicio cuando fue traído en su infancia por sus padres aquí, a Torrecludad. Qué fácil me resulta recordarle de rodillas orando ante una imagen de la Virgen, o erigido, al mediodía, mirando amorosamente la pequeña figura de Nuestra Madre de aquella sala luminosa, en Roma, al rezar con él el Angelus.

Junto a su piedad de niño, una profunda doctrina de teólogo. Su gran amor a las humanidades y a las ciencias, su deseo de que se impulsaran todas las ramas que conducen a la verdad, especialmente la investigación teológica, cobraba —me parece a mí— una fuerza especial cuando hablaba de la ciencia que estudia a la Madre de Dios.

Entre mis recuerdos quiero destacar dos: el primero fue hace ya bastantes años, cuando le envié mi primer estudio sobre la Virgen. Me contestó de inmediato, comenzando la carta con unas palabras escritas en aquella amplia letra suya: «Gracias, Federico, me ha dado mucha alegría tu trabajo. ¡Adelante!».

Esa era siempre su voz, «¡Adelante!», por carta o dicha al oído mientras daba un fuerte abrazo paternal o escuchando mientras se le hablaba de cualquier investigación mariana. Su palabra alentadora se grababa en lo más profundo y será difícil que alguien la pueda sustituir en tal medida.

Y el otro recuerdo de ese afán suyo por la teología mariana fue en la última ocasión en que he estado con él. Me explicaba en Roma hace un año la riqueza científica que esperaba ver surgir en este campo de la teología, y extendía los brazos como queriendo abarcar una inabarcable cantidad de libros de investigación sobre la Virgen María; hablaba el padre con energía, pero con una voz queda y una mirada cariñosa y emocionada, comentando su deseo de que muchos escribiesen trabajos científicos, seguros doctrinalmente, sobre la Madre de Dios. Me decía que los que puedan hacerlo por su formación deben estudiar los privilegios de la Virgen y desarrollar la ciencia mariana para así defender a Nuestra Madre de aquellos que quieren despojarla de la riqueza de gracias con que la ha adornado la Santísima Trinidad. Y ese estudio —insistía— debe conjugarse con una especial piedad filial y amor a la Madre de Dios.

El paso del tiempo irá mostrando la riqueza del querer del fundador del Opus Dei a María, así como las delicadezas maternales de la Virgen con él. Y mostrará también la fecundidad de las líneas teológicas que ha abierto en la Mariología: pienso que la doctrina expuesta en los escritos de monseñor Escrivá de Balaguer es uno de los más importantes fermentos que ha recibido la ciencia mariana. Ya en revistas especializadas y en el último Congreso Mariológico Internacional se han presentado trabajos en donde se ve la influencia de ese espíritu. Pero los años irán descubriendo más claramente cómo todas las palabras de este sacerdote santo, piadoso y docto abren nuevos e insospechados horizontes en los estudios sobre la Virgen.

La razón es su identificación con el Corazón de Nuestra Madre; por eso amaba lo que Ella ama: la Trinidad Beatísima, la Eucaristía, San José, el sacerdocio, la santificación de la vida ordinaria, el querer a la familia, el afán de almas..., y aunándolo todo, un profundo amor a la Iglesia, por la que ofreció su vida. El amaba a la Iglesia con todas sus fuerzas, y eso era consecuencia lógica de su devoción a la Virgen, porque —como había escrito—, «María edifica continuamente la Iglesia, la aúna, la mantiene compacta. Es difícil tener una auténtica devoción a la Virgen y no sentirse más vinculados a los demás miembros del Cuerpo Místico, más unidos también a su cabeza visible, el Papa. Por eso me gusta repetir: omnes cum Petro ad Iesum per Mariam, ¡todos con Pedro, a Jesús por María! Y al reconocernos parte de la Iglesia e invitados a sentirnos hermanos en la fe, descubrimos con mayor hondura la fraternidad que nos une a la Humanidad entera, porque la Iglesia ha sido enviada por Cristo a todas las gentes y a todos los pueblos.»

Federico DELCLAUX

Mágr. Josemaria Escrivá de Balaguer

Founder of Opus Dei Organization, Influential Catholic Leader Dies

ROME (NC) — Msgr. Josemaria Escrivá de Balaguer, founder and president general of Opus Dei, died here at the age of 73.

Opus Dei, an association of priests and laypersons who dedicate themselves to an intense spiritual life within their own social environment and profession, claims about 56,000 members in 80 nations of the world. The prominence and authority achieved by some of its members, especially in Spain, paved the way for charges that it was a secret association aiming at power.

The fact that some Opus Dei members occupy positions "of human influence," the founder said, "does not interest us in the least." He said that what interested him "is that all the members carry out whatever tasks they have with love of God."

"The Way"

Msgr. Escrivá de Balaguer was the author of a modern best-seller of the spiritual life, "The Way," which has sold three million copies in 30 languages.

Opus Dei is divided into separate branches for men and women. It operates schools and universities in Europe, Asia and North and South America, as well as boys' clubs, training centers and various other institutions around the world.

Msgr. Escrivá de Balaguer founded the men's branch Opus Dei in 1928 and the women's in 1930. He was president general of both associations. Opus Dei is active in the East, the Midwest and the West Coast of the United States.

Msgr. Escrivá de Balaguer was born in Barbastro in northeast Spain. He took a law degree from the University of Saragossa before studying for the priesthood, and was ordained in

1927. After working in rural parishes, the young priest moved to Madrid to work among university students and the urban poor.

Approval

The Vatican gave full approval in 1950 to Opus Dei, to which Msgr. Escrivá de Balaguer had devoted full time since 1928.

It was the first secular institute to be approved by the Vatican. But the Vatican later approved other secular institutes of a more cloistered flavor, so Msgr. Escrivá stopped calling Opus Dei a secular institute.

Last March, on the occasion of his 50th anniversary of ordination, he wrote to Opus Dei members: "I do not want any special ceremonies since I wish to pass over this jubilee occasion as I usually do. My task is to hide myself and to disappear so that Jesus alone will shine forth."

Msgr. Escrivá de Balaguer once said that Opus Dei resembled more the Holy Name Society than a religious order or a secular institute.

"If you want a point of comparison," the founder told a magazine interviewer in 1972, "the easiest way to understand Opus Dei is to consider the life of the early Christians. They lived their Christian vocation seriously. . . . Externally they did nothing to distinguish themselves from their fellow citizens."

Ordinary People

"The members of Opus Dei are ordinary people. They live like any other Christian citizen who wants to respond fully to the demands of his faith, because that is what they are."

Msgr. Escrivá de Balaguer had resided since 1946 in Rome from where he governed the

works of the men's and women's branches. Opus Dei institutions in Rome alone include a school teaching young women domestic arts, a young men's center offering educational and recreational programs, a boys' club, a complex of services in a working-class district, a center for priests, and several university residence halls.

Msgr. Escrivá de Balaguer was a member of the Roman Pontifical Academy of Theology and a consultant to the Vatican's Congregation for Catholic Education.

He was a doctor in law from Madrid University and doctor in theology from Lateran Pontifical University in Rome. He also received an honorary doctorate in philosophy from the University of Saragossa.

In "The Way" he wrote: "Do not be afraid of death, accept it generously . . . when God wants . . . as God wants . . . where God wants. It will come, surely, in a most opportune place and way, sent by God your Father."

MONS. JOSEMARIA ESCRIVÁ DE BALAGUER. FALLECE EL FUNDADOR DEL OPUS DEI

Roma (NC).—Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador y Presidente General del Opus Dei, ha muerto a la edad de 73 años.

El Opus Dei, una Asociación formada por sacerdotes y por

laicos que buscan la santidad a través de su vida ordinaria, cuenta con unos 56.000 socios de 80 países de todo el mundo. La relevancia social que han conseguido algunos de ellos, especialmente en España, ha provocado algunas acusaciones de secreto y de ambición de poder. Pero su Fundador ha aclarado que el hecho de que algunos socios del Opus Dei ocupen posiciones de influencia no le interesa para nada. Añadió que lo que le interesaba era que todos los socios de la Obra trabajasen por amor de Dios.

Camino

Mons. Escrivá de Balaguer es el autor de un moderno *best-seller* de la literatura espiritual, *Camino*, que ha vendido ya unos tres millones de ejemplares en 30 idiomas.

El Opus Dei está dividido en una Sección de varones y otra de mujeres. Dirige escuelas, universidades, clubs juveniles, centros de formación profesional e instituciones educativas de todo tipo en Europa, Asia y América. El Opus Dei ha fundado también centros en la costa este y en la oeste de los Estados Unidos, y también en el Midwest.

Mons. Escrivá de Balaguer nació en Barbastro, en el norte de España. Estudió Derecho en la Universidad de Zaragoza antes de entrar en el Seminario, y se ordenó sacerdote en 1928. Des-

pués de trabajar en algunas parroquias rurales, se trasladó a Madrid para hacer apostolado entre los estudiantes universitarios y los habitantes de los barrios pobres de la ciudad.

Aprobación

El Vaticano aprobó el Opus Dei en 1950. Fue el primer Instituto Secular aprobado por la Santa Sede. Más tarde, sin embargo, la Iglesia aprobó otros Institutos Seculares que ofrecían un tono más propio de las órdenes religiosas, por lo que Mons. Escrivá de Balaguer dejó de denominar Instituto Secular al Opus Dei.

El pasado marzo, con ocasión del 50 aniversario de su ordenación, escribió a los socios del Opus Dei: «No quiero que se prepare ninguna solemnidad, porque deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca».

Mons. Escrivá de Balaguer dijo una vez que el Opus Dei se parecía más a la Holy Name Society que a una orden religiosa o a un Instituto Secular, y añadió: «Si se quiere buscar alguna comparación, la manera más fácil de entender el Opus Dei es pensar en la vida de los primeros cristianos. Ellos vivían a fondo su vocación cristiana... No se distinguían exteriormente de los demás ciudadanos».

Gente corriente

«Los socios del Opus Dei son personas comunes; desarrollan un trabajo corriente; viven en medio del mundo como lo que son: ciudadanos cristianos que quieren responder cumplidamente a las exigencias de su fe».

Mons. Escrivá de Balaguer residió en Roma desde 1946, dirigiendo la labor apostólica de la Asociación. En la misma Roma, el Opus Dei dirige una escuela de empleadas domésticas, un club juvenil con actividades recreativas, un centro de formación profesional y de actividades cívicas en un barrio obrero, un centro de formación sacerdotal y varias residencias universitarias.

Mons. Escrivá de Balaguer fue miembro de la Pontificia Academia Romana de Teología y consultor de la Sagrada Congregación para la Educación Católica. Se doctoró en Derecho en la Universidad de Madrid y en Teología en la Pontificia Universidad Lateranense de Roma. También recibió el Doctorado *honoris causa* en Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza.

En *Camino* había escrito: «No tengas miedo a la muerte.—Acéptala, desde ahora, generosamente..., cuando Dios quiera..., como Dios quiera..., donde Dios quiera.—No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más convenga..., enviada por tu Padre-Dios».

Sein Leben war eine große Katechese
 =====
 Zum Tode von Msgr. Josemaria Escrivá de Balaguer

"Der bleibende Eindruck, den er hinterläßt, ist der eines menschlichen und frohen Charakters, in vielem Sir Thomas More ähnlich", so schrieb die "Times" über eine Begegnung mit Msgr. Escrivá de Balaguer. In der Tat wären sie gute Freunde gewesen, wenn sie sich gekannt hätten.

Am Donnerstag, 26. Juni 1975, starb in Rom Josemaria Escrivá de Balaguer y Albás, Gründer und Generalpräsident des Opus Dei. Ungezählt sind die Menschen, denen er durch sein Wort und Wirken half, Christus in ihrem Leben zu entdecken. Die ihm Nahestehenden nennen ihn "Vater". Er hatte sich dagegen gestäubt, das Werk, das er der Kirche hinterläßt, als sein eigenes zu betrachten, deshalb nannte er es Werk Gottes, Opus Dei.

Eine seiner hervorstechenden Eigenschaften war seine Natürlichkeit, die viele in Staunen versetzte, weil in ihr das Menschliche mit dem Übernatürlichen zur Einheit verschmolz. Er liebte die Menschen nicht aus Höflichkeit, sondern aus der Liebe Christi. Menschlich sein, Verstehen: das sind Slogans geworden im Zeitalter der Toleranz. Aber er sagte einmal: "Tolerant sein? Nein, das ist zu wenig. Wir müssen lieben. Tolerant sein: was für ein häßliches Wort! Caritas Christi urget nos - die Liebe Christi drängt uns!". Er lebte diese Liebe Christi mit Natürlichkeit, und sie war mehr als Sympathie oder Wohlwollen. Sie äußerte sich im Beisammensein mit kleinen Gruppen genauso wie mit vielen Tausenden: so etwa in letzter Zeit bei seinen "Katechesen" - wie er sie nannte - in Europa, Mittel- und Südamerika.

"Ich bin ein Priester, der nur von Gott spricht", pflegte er zu sagen, und im Sprechen von Gott ging er ganz auf: in den dreißiger Jahren, als er krank wurde, und die Ärzte nur Erschöpfung feststellten - denn manchmal verkündete er das Wort Gottes bis zu zehn Stunden täglich - genauso wie in den vierziger Jahren, in denen er sich vor allem der Formung seiner Kinder im Opus Dei widmete, oder in den letzten Jahren, wo es ihn drängte, wieder Tausende im Glauben zu festigen oder Gott näherzubringen und wo es ihn freute, später zu hören, daß viele die Beichte, das Gebet oder die Eucharistie wiederentdeckt hatten.

Vielen, die ihn sahen, fiel seine Freude auf. Immer wieder sagte er: "Es ist nicht so, daß ich etwas vom Herrn zu ertragen hätte; Er ist es, der mich erträgt und der mir hilft und mich antreibt".

Herausgeber: KNA - Katholische Nachrichten-Agentur GmbH - München/Bonn
 Chefredakteur und verantwortlich für den Inhalt: Dr. Konrad W. Kroemer, M. A.,
 53 Bonn, Kaiser-Friedrich-Straße 9, Ruf 22 20 11, PS 68/64451
 Geschäftsführer: Wilhelm Frings, Verwaltung und Vertrieb: 53 Bonn, Postfach, Wesselstraße 8, Ruf 65 35 61
 Veröffentlichung darf nur im Rahmen der mit dem Bezieher abgeschlossenen Verträge erfolgen

SU VIDA FUE UNA GRAN CATEQUESIS. Sobre la muerte de Mons. Escrivá de Balaguer

por Josef Arquer (KNA)

KNA - Portrait Nr. 22 / Montag, 30. Juni 1975

Seite 2

und auf mich wartet". Seine Freude wurzelte im Bewußtsein der Gotteskindschaft, das ihn getragen hat durch die Jahre, da er noch nicht deutlich sah, was Gott von ihm wollte, wie in den Jahren der Verfolgung, in denen das Opus Dei - damals noch klein wie ein Kind im Schoß seiner Mutter -, diese unerhörte Neuerung, als ketzerisch abgetan wurde. Daß er zu einem Pionier der Laienspiritualität in der Kirche werden sollte, wurde damals noch nicht verstanden. Unverständlich blieb damals vor allem die unumstößliche Sicherheit, mit der für ihn von Anfang an das Wirklichkeit war, was in den letzten Jahren seines Lebens für die Kirche sichtbar wurde: das Opus Dei als ein universelles Werk, und darin Menschen aus allen Völkern, allen Farben und Sprachen. Dort, am Zentralsitz des Opus Dei, umgeben von einigen Hundert jungen Leuten, ließ er sich gern vom Apostolat in den verschiedenen Ländern erzählen und erzählte selbst, seine Worte mit Gesten begleitend, die manchmal das Wort selbst überflüssig machten.

Ihm gefiel es, seine Lehre zu veranschaulichen nach der Art Christi, der in Gleichnissen sprach. Wenn er zum Beispiel den Geist der Armut charakterisieren wollte, sprach er vom Vater einer armen und kinderreichen Familie: und damit war alles verstanden. Auch sein Leben selbst veranschaulichte er gern in Beispielen: er, "ein Sünder, der Jesus Christus liebt", sah sich vor Gott mit den Worten des Psalms "ut iumentum", wie ein Lasttier.

Und so wie er - noch ein ganz junger Priester - mit der Last des begonnenen Werkes Gott um die Würde einer Achtzigjährigen bat, so gefiel es ihm später besonders, viel vom Kindsein zu sprechen: seit seinem siebzigsten Geburtstag sagte er gern, er habe die Null gestrichen, denn vor Gott wolle er nicht älter sein als ein siebenjähriges Kind. Msgr. Escrivá wollte, daß die Mitglieder des Opus Dei "der Kirche dienen, so wie ihr gedient sein will". Diesen Dienst an der Kirche faßte einmal Kardinal Frings so zusammen: "Msgr. Escrivá de Balaguer hat uns als Vorbild gegeben, wie man den Papst achten, lieben und ihm die Treue bewahren muß".

Im Laufe seines Lebens hat der Gründer des Opus Dei viele Menschen angehalten, Gott zu bitten, daß er wie der gute und treue Knecht des Gleichnisses sei. Er, der manchmal darauf hinwies, daß er nicht Grundsteinlegungen, sondern Schlußsteine liebe, hat das Werk vollendet, den Schlußstein als guter und treuer Knecht gesetzt.

Josef Arquer (KNA)

«La impresión permanente que deja es la de un carácter amable y lleno de buen humor, muy parecido al de sir Thomas Moro», escribe *Times* en una entrevista con Mons. Escrivá de Balaguer. En efecto, serían muy buenos amigos, si se hubieran conocido.

El 26 de junio de 1975 murió en Roma Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, Fundador y Presidente General del Opus Dei. Son innumerables los hombres que han metido a Cristo en su vida, gracias a su Obra y a su actividad. Sus íntimos le llaman

Padre. Se había opuesto a que se considerara como suya la Obra que había dado a la Iglesia; de ahí que la denominara Obra de Dios, *Opus Dei*.

Una de sus características más sobresalientes era su naturalidad, que asombraba, pues en ella se unían lo humano y lo sobrenatural. El amaba a los hombres no por cortesía, sino con el amor de Cristo. Ser humano, comprender, son *slogans* nacidos en tiempos de tolerancia. Pero él dijo una vez: «Tolerar es demasiado poco. Debemos amar.

Ser tolerante, ¡qué palabra más fea! ¡Nos urge el amor de Cristo!». El amó con este amor de Cristo en un ambiente de naturalidad, que era más que simpática o benevolencia. Hablaba de Dios, tanto en pequeños grupos como ante miles de personas; así, por ejemplo, en los últimos tiempos con motivo de su catequesis —como él la llamaba— en Europa, América Central y del Sur.

«Soy un sacerdote que sólo habla de Dios», le gustaba decir; y para hablar de Dios iba

José María Escrivá de Balaguer

Por Don Alfredo Torres R.
Obispo de Aguascalientes.

Hace ciento tiempo, los medios de comunicación social nos dieron la noticia del fallecimiento de Monseñor José María Escrivá de Balaguer, el Fundador y Presidente General del Opus Dei. El pasado 26 de junio, un poco después del mediodía, cayó fulminado por un síncope cardíaco en la Sede Central del Opus Dei, en el barrio romano del Parioli.

Desde esa fecha la prensa de todo el mundo nos ha hecho llegar semblanzas de su persona y de la trascendencia de su labor. Escritores y periódicos de los cinco continentes han comentado la muerte de Mons. Escrivá de Balaguer y han glosado sus obras.

Mons. Escrivá de Balaguer nació en Barbastro (España) en 1902. Estudió la carrera de Leyes en la Universidad de Zaragoza, al mismo tiempo que realizaba los estudios eclesiásticos en el Seminario de San Carlos de esa ciudad. Fue ordenado sacerdote en 1925; más tarde se trasladó a Madrid, donde el 2 de Octubre de 1928 fundó el Opus Dei. Mons. Escrivá de Balaguer —en su libro Conversaciones— nos explica los fines de la Asociación por él fundada: "El Opus Dei se propone promover entre personas de todas las clases sociales el deseo de buscar la plenitud de la vida cristiana en medio del mundo. El Opus Dei pretende ayudar a las personas que viven en el mundo —a) hombre corriente, al hombre de la calle— a llevar una vida plenamente cristiana, sin modificar sus modos normales de vida, ni su trabajo ordinario, ni sus ilusiones y afanes".

Tengo el convencimiento de que Mons. Escrivá de Balaguer fue un hombre dotado de un carisma especial, que como todo Don, según la doctrina Paulina, sirve para la edificación de toda la Iglesia. Pues bien, ese carisma del que estaba dotado sirvió para la fundación del Opus Dei, Obra que responde a las necesidades de la Iglesia y del mundo contemporáneo. El mensaje que nos ha dejado Mons. Escrivá de Balaguer consiste en llevar la presencia de Dios al mundo de la ciencia, de la técnica, del trabajo, de la familia, en una palabra: a todas las estructuras de la sociedad.

De esta forma se logra una presencia del espíritu evangélico en toda la sociedad, ya que los socios del

Opus Dei —seculares en su mayoría— participan de los mismos afanes que sus compañeros de profesión u oficio.

En un mundo en que están de moda los procesos de secularización, y en el que se pregonan la muerte de Dios, el Opus Dei afirma que se puede encontrar a Dios en cualquier trabajo honesto, y que los caminos humanos de la tierra, pueden ser divinos. La fuerza del testimonio cristiano de los socios del Opus Dei radica en la competencia profesional de las personas; en el sentido trascendente que dan a las tareas que realizan, y en una sólida vida interior, fuente de su compromiso cristiano.

Es conveniente hacer notar que en la labor apostólica del Opus Dei existe un aspecto que evita el peligro de desvirtuar su mensaje evangélico: y es precisamente la fidelidad, la fidelidad al espíritu del Evangelio, ya que lo presenta al mundo moderno sin componendas ni subterfugios. Es bien conocida la corriente contemporánea que hace un dios a la medida del gusto personal; ante esta corriente que pretende arrasarlo todo, el Opus Dei presenta la imagen de Cristo, nos muestra la imagen de un Dios que es siempre fiel y celoso para salvaguardar la verdad y el bien. La fidelidad al Evangelio de Mons. Escrivá de Balaguer se traduce en obras, en un grande amor a Cristo, y a su Iglesia. Decía el Fundador del Opus Dei: "El agger ornamento de la Iglesia —ahora como en cualquier otra época— es fundamentalmente eso: una reafirmación gozosa de la fidelidad del pueblo de Dios a la misión recibida, al Evangelio. ¡Qué alegría poder decir con todas las veras de mi alma: amo a mi Madre la Iglesia Santa!".

Otra característica de la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer y de la vida del Opus Dei, es su incondicional fidelidad al Magisterio. Decía Mons. Escrivá: "La Iglesia es una. Jesucristo ha fundado una sola Iglesia. Ahora los corifeos de esas teorías

de un lugar para otro. Así hizo en los años treinta cuando, al enfermar, los médicos diagnosticaron: *agotamiento* —predicaba la palabra de Dios hasta diez horas diarias—; así en los cuarenta, cuando se dedicó por entero a la formación de sus hijos; o en los últimos años, en los que le urgía fortalecer en la fe y acercar a Dios a miles de personas que, después de oírle, se acercaban a la confesión, a la oración y a la comunión.

Muchos de los que le veían sentían su alegría. Decía: «Yo no le soporto nada al Señor; es Él quien me aguanta y me ayuda y me empuja y me espera». Su alegría se basaba en el sentido de la filiación divina. Dios le condujo a lo largo de los años en que aún no sabía claramente lo que el Señor quería de él; Dios le marcó el camino en los años siguientes, en los que el Opus Dei —aún pequeño, como un niño en el vientre de su madre—, era considerado novedad desconocida, una herejía. Toda-

vía no se advertía que era uno de los pioneros de la espiritualidad laical en la Iglesia. En aquel tiempo permanecía en él, ante todo, la inmovible seguridad que le dio eficacia desde el comienzo y que sería cada día más patente, hasta los últimos años de su vida por la Iglesia: el Opus Dei es una Obra universal para hombres de todas las razas, colores e idiomas. En la sede central del Opus Dei, junto con unos centenares de jóvenes, impulsó el apostolado en los distintos países.

Su enseñanza, con ejemplos gráficos, nos hacía sentir la enseñanza de Cristo, sus parábolas. Cuando, por ejemplo, quería caracterizar el espíritu de pobreza, hablaba de comportarse como «un padre de familia numerosa y pobre»; y así, todos le entendían. También ilustraba su propio amor con ejemplos: era «un pecador que amaba a Jesucristo»; se veía ante Dios, con las palabras del Salmo, «como un borrico».

Y si —siendo aún un joven sacerdote— con la carga de una Obra de Dios que empezaba, pedía la gravedad de una persona de ochenta años, desde su setenta cumpleaños decía con satisfacción que había quitado el cerebro, pues delante de Dios no quería tener más de siete años. Mons. Escrivá de Balaguer quiso que los socios del Opus Dei «sirvan a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida». Este servicio a la Iglesia lo concibió una vez el cardenal Frings de la siguiente manera: «Mons. Escrivá de Balaguer nos ha dado ejemplo de cómo se debe respetar, querer y defender al Papa con espíritu de verdad».

A lo largo de su vida, el Fundador del Opus Dei ha animado a muchos hombres a pedir a Dios por él, para que sea el siervo bueno y fiel de la parábola. Él, que ha repetido muchas veces que no le gustaban las primeras piedras, sino las últimas, ha coronado la Obra con la última piedra, como un siervo bueno y fiel.

LA HUELLA DE ARAGON EN MONSEÑOR ESCRIVÁ DE BALAGUER

Don José Oriandis ha escrito un trabajo sobre el talante aragonés de monseñor Escrivá de Balaguer, que publicamos a continuación. El que fuera catedrático de la Facultad de Derecho de nuestra Universidad, dirige hoy el Instituto de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra, y vino a entregarnos personalmente su escrito que incide en uno de los aspectos más sugestivos de la vida del fundador del "Opus Dei".

HOMBRE UNIVERSAL

El universalismo no es planta exótica en suelo aragonés. Aragón es tierra pródiga, y por eso muchos de sus hijos han ido a rendir los frutos de sus talentos y de su trabajo lejos del viejo solar que les vio nacer. Pero Aragón es también tierra recia, que imprime una huella inconfundible en el carácter de sus hombres, y esa impronta les acompaña siempre, por muy diversos que sean los caminos, a donde les vaya llevando la aventura irreplicable de su vida.

La "diáspora" de Aragón se proyecta ante todo, como es natural, sobre otras regiones españolas; pero el impulso que la anima desborda a veces las fronteras peninsulares y se adentra hasta los altos mares del mundo y de su historia. Ha habido aragoneses que merecen con justicia el apelativo de hombres universales, porque su nombre ha pasado a ser patrimonio de la humanidad entera. Uno de ellos, el más universal tal vez de los hijos de Aragón, ha sido monseñor Escrivá de Balaguer.

No existe patente más clara de universalidad que la fecundidad generosa de un espíritu. No puede concebirse personalidad más universal que aquella que ha dado origen a una descendencia innumerable de gentes de todas las razas y colores, de todas las culturas y mentalidades. Hace quince años, cuando la Universidad de Zaragoza quiso distinguir con un doctorado honorífico a quien había sido estudiante de leyes en su Facultad de Derecho, monseñor Escrivá evocó en su lección la memoria de algunos grandes aragoneses que han dejado a lo largo de los siglos una traza luminosa en la vida de la Iglesia: Aurelio Prudentio, el poeta de los Mártires; San Braulio, el ilustre obispo de Zaragoza; San José de Calasanz, el promotor de la educación de las clases populares. Ahora que ha pasado ya de este siglo, Josemaría Escrivá de Balaguer entra también de lleno en la historia de la Iglesia y de Aragón, con el marchamo inequívoco de hombre universal.

Es preciso decir, con serena pero imparcial objetividad, que nunca en la historia de la Iglesia le fue dado a un fundador conocer el desarrollo y la madurez de su empresa en grado parecido al alcanzado por el Opus Dei en vida de monseñor Escrivá. Dentro del tiempo de su existencia terrena, el espíritu de que era portador ha tenido increíble virtualidad para transformar cristianamente la vida de muchos miles de hombres y mujeres, de ochenta países de los cinco continentes. Hombres y mujeres que le llamaron padre, no como tratamiento respetuoso o por conveniencia social, sino con el acento único que tiene esta palabra, cuando se dice al hombre de quien se ha recibido lo más sustancial y valioso del propio ser. Monseñor Escrivá de Balaguer vivió casi treinta años en Roma, la ciudad universal por excelencia. Pero quizá fue en el Brasil, inmenso crisol de pueblos y de razas, donde vivió más materialmente rodeado de una multitud de hombres blancos y negros, amarillos y cobrizos, que le contemplaban con ojos filiales y se sentían ligados a él por el vínculo inefable de la paternidad espiritual.

HIJO DE ARAGON

Un hombre, cuando es auténticamente universal, no se olvida de su tierra, ni reniega de ella para tomar el rostro anodino del desarraigado o del apátrida. En monseñor Escrivá, el universalismo jamás oscureció el trasfondo aragonés de su figura ni los rasgos vigorosos que perfilaron su recia fisonomía humana y espiritual. Por esa razón, me ha parecido que podría ser de interés el presentar aquí algunos trazos significativos de la personalidad de este hombre de excepción, ya que pienso que Aragón tiene el deber —y también el derecho— de conocer tal como se merecen a los mejores de entre sus hijos.

Monseñor Escrivá se sentía hijo de esta tierra: "Me enorgullezco de ser barbastrino", declaraba públicamente en 1969; y en mayo de 1975, un mes antes de morir, volvía a decirlo, hondamente conmovido, en su ciudad natal: "De lo más íntimo de mi alma surge, queridísimos paisanos, una emocionada correspondencia hacia mi tierra, hacia todos sus hombres y hacia quienes la representan en este acto." Esta vinculación a su tierra, este "enraizamiento", estuvieron muy singularmente ligados a la memoria de sus padres, a quienes amó con todo el afecto de un buen hijo. Dios —escribió en una ocasión— "me hizo nacer en un hogar cristiano, como suelen ser los de mi país, de padres

ejemplares, que vivían y practicaban su fe, dejándome una libertad muy grande desde chico, y vigiándome al mismo tiempo con atención". La propia devoción a la Virgen del Pilar, monseñor Escrivá la aprendió de sus padres en los años de la infancia: "Mi devoción a la Virgen del Pilar —recordará después— me ha acompañado siempre: mis padres, con su piedad de aragoneses, la inculcaron en mi alma desde niño." De sus viejos maestros en el colegio de los escolapios de Barbastro, monseñor Escrivá guardó también durante toda la vida un entrañable recuerdo.

Más de medio siglo fuera de Aragón no fue suficiente para borrar de la personalidad de Mons. Escrivá rasgos muy característicos del modo de ser de su tierra. El lo sabía y nunca trató de disimularlo: «Digo las cosas claras, porque soy de aquella tierra de Aragón.» Al genio de las gentes de su patria atribuía esa difícil, pero feliz combinación de idealismo y realismo, de que él mismo dio tantas pruebas en su vida: «Los aragoneses —advertía— tenemos los pies en el suelo, aunque procuramos poner el corazón muy alto.» Y hasta en aquella sobrehumana energía que le hizo falta para sacar adelante la empresa que Dios le confió, hay algo que tiene que ver con el temperamento de su gente: «Yo soy muy tozudo, soy aragonés», repitió monseñor Escrivá en mil ocasiones, ante los obstáculos y dificultades.

En la predicación o en la conversación familiar, llena de gracia humana, de Mons. Escrivá, la solera aragonesa podía aflorar en cualquier momento, con expresiones muy típicas del lenguaje popular de su tierra: «Huye de la soberbia de imaginarte que eres eso que en mi tierra llaman «el palico de la gaita», recomendaba en una homilía romana; y a alguien que le decía unas palabras de cariño, le replicaba con buen humor: «En mi tierra te llamarían de una manera tremenda: lagotero, porque dices cosas afectuosas en la cara del interesado.» Hasta los propios cantares aragoneses servían al fundador del Opus Dei para decir a Dios cosas del alma, para hacer oración: «Hace años —escribía en 1959— que haciendo oración con agradecimiento al Señor, cantaba yo a la obra aquella copla de mi tierra: «Capullico, capullico, / ya te estás volviendo rosa: / ya se está acercando el tiempo, / de decirte alguna cosa».

LAS PARABOLAS EVANGELICAS ::

Estampas de la tierra, que se le habían grabado muy hondas en su

viejas, apolilladas y mentirosas, muchas veces hablan de la Iglesia Institucional y de la Iglesia Carismática. Yo os recuerdo que no hay más que una sola Iglesia, fundada por Jesucristo, que es institucional —jerárquica—, y a la vez carismática. No hagais caso de quien os diga otra cosa". En otra ocasión decía: "Amémos a la Iglesia. Amémos al Papa actual y al Papa que va a venir, y a la Jerarquía Eclesiástica toda —desde los cardenales al último sacerdote recién ordenado—, y con eso daremos mucho gusto a Nuestro Señor, tendremos mucha paz, mucha alegría y seremos muy eficaces".

Siempre me ha parecido que el Opus Dei apareció en un momento de crisis tanto en la vida de la Iglesia como en la sociedad civil, y que podría contribuir para poner las cosas en su sitio, y para volver a la cordura. Hay una gran claridad de pensamiento y madura seguridad en las reflexiones y un equilibrio en la búsqueda de la Verdad. Llena de humildad que busca siempre la Luz del Magisterio de Pedro.

Por el conocimiento que tengo de Mons. Escrivá de Balaguer, pienso que era una persona muy humilde. Siempre me sorprendió saber que vivió en silencio, sabedor que, cuando la simiente que se siembra es de Dios, produce mucho fruto. Además se puede comprobar que esa misma humildad era producto de la seguridad interior del hombre que está totalmente arraigado en Dios. Este año, el 28 de marzo, se habían cumplido cincuenta años de su ordenación sacerdotal. En una carta que había dirigido a sus hijos en aquella ocasión, escribió: "No quiero que se prepare ninguna solemnidad, porque deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca".

Mons. Escrivá de Balaguer, después de haber predicado retiros espirituales a millares de sacerdotes y muchísimos millares de profesionales y de hombres y mujeres de toda condición social, desde 1940, ha formado —caso probablemente único en la historia de la Iglesia— a innumerables profesionales expertos en muchas ciencias humanas, entre los que un millar ya han sido ordenados sacerdotes; ahora todos esos sacerdotes, hijos de Mons. Escrivá de Balaguer, dedican todo su tiempo y todo su esfuerzo al trabajo sacerdotal como lo requiere la Iglesia: una tarea de reconciliación, de comprensión, de apertura a todos los hombres, de renovación sin discriminación alguna. El celo apostólico de Mons. Escrivá de Balaguer le llevó a solicitar y obtener de la Santa Sede la autorización para admitir en el Opus Dei, como cooperadores, a no católicos y a no cristianos o no creyentes.

Además del apostolado y del testimonio personal que dan los socios del Opus Dei, la Asociación promueve y dirige algunas labores. Estas tareas —siempre con una finalidad formativa o asistencial— resultan eficaces en la promoción cultural, personal y social de quienes se acercan a ellas. El Opus Dei ha promovido desde universidades y residencias para jóvenes universitarios, hasta centros para la capacitación y el adiestramiento de campesinos. Escribió el Fundador en una ocasión: "El Opus Dei, insisto, no es más que una gran catequesis. La hacemos constantemente, en todos los ambientes del mundo. Amamos de igual manera a todas las almas, y el Señor ha querido promover el Opus Dei entre gentes de todas las razas: blancos, negros, amarillos, cobrizos. ¿Y qué hacen todos estos hijos? Lo mismo que yo: catequesis. Y, así, las cosas salen".

Ya se ha pasado de moda hablar mal del Opus Dei, que es amadísimo por millones y millones de católicos y de no católicos de todo el mundo: al ver cómo los hijos y las hijas de Mons. Escrivá de Balaguer, encarnen el espíritu de su Fundador, admiran la santidad del Padre contemplando sus frutos: ex fructibus eorum cognoscetis eos (Matth. VII. 20).

niñez, las revivía muchos años más tarde con un nuevo sentido divino: «Los labriegos de mi tierra —decía— cogen la primera florada de los higos —las brevas— y las pinchan... Así resultan de almíbar. Tú agradece a Dios las pequeñas contradicciones... Dios te quiere sabroso para su boca, dulce como la miel y el panal.» El prodigioso «don de lenguas» que tenía Mons. Escrivá de Balaguer le hacía hablar de las cosas de Dios en términos que todos comprendían y con palabras que llegaban a la cabeza y al corazón de las personas más diversas. Este lenguaje popular, de honda entraña cristiana, le llevó a veces a situar en el contexto humano y en el paisaje de Aragón parábolas del Evangelio, glosadas por él en su incansable catequesis a través del mundo.

Alegres recuerdos de temporadas de verano pasadas en Fonz, el pueblo de su padre, servían al fundador del Opus Dei de marco familiar para la parábola del fermento y la masa: «Me gusta hablar en parábolas —escribía en 1930— y más de una vez he comparado esa misión nuestra, siguiendo el ejemplo del Señor, a la levadura que, desde dentro de la masa (Cfr. Matth. XIII, 33), la fermenta hasta convertirla en pan bueno. He gozado en mis temporadas de verano, cuando era chico, viendo hacer el pan. Entonces no pretendía sacar consecuencias sobrenaturales: me interesaba porque las sirvientas me traían un «gallo», hecho de aquella masa. Ahora recuerdo con alegría toda la ceremonia: era un verdadero rito preparar bien la levadura —una pella de pasta fermentada, proveniente de la hornada anterior— que se agregaba al agua y a la harina cernida. Hecha la mezcla y amasada, la dejaban reposar hasta que se hinchaba a no poder más. Luego, metida a trozos en el horno, salía aquel pan bueno, lleno de ojos, maravilloso. Porque la levadura estaba bien conservada y preparada, se dejaba deshacer —desaparecer— en medio de aquella cantidad, de aquella «muchedumbre», que le debía la calidad y la importancia. Que se llene de alegría vuestro corazón pensando en ser eso: levadura que hace fermentar la masa.»

Otra estampa evangélica, todavía, la imagen del Buen Pastor, gustaba a veces evocarla monseñor Escrivá, personificada en aquellos pastores pirenaicos que él recordaba de sus años infantiles en Barbastro: «Recuerdo haber visto de niño a los pastores, envueltos en sus zamarras de piel, en los días crudos del invierno del Pirineo, cuando la nieve lo cubre todo, pasar por las cañadas de la tierra mía con aquellos perros fidelísimos y aquel borrico cargado hasta lo indecible con los enseres del pastor. Encima de todo, el borrico llevaba un gran caldero, donde el amo preparaba la comida y los potingues que ponía sobre las heridas de sus ovejas. Si alguna se había descalabrado —como dicen allí—, si se había roto una pata, he visto al pastor encarnar la vieja parábola evangélica (Luc. XV, 1-7), y conducir sobre sus hombros a la oveja herida. Como tantas veces le veía llevar entre sus brazos, amorosamente, un cordero recién nacido.»

No es posible prolongar ya más este escrito. Creo que con lo dicho hay bastante para dejar constancia de hasta qué punto el hombre universal que fue monseñor Escrivá de Balaguer se sintió a la vez, durante toda la vida, hijo de Aragón. No está de más recordar que, como postrer testimonio de devoción a la Virgen y cariño a su tierra, promovió ilusionadamente ese lugar de oración y penitencia, de culto divino y formación humana que es ya hoy el santuario de Torreciudad. Un mes antes de morir, el fundador de Opus Dei consagró el altar principal del santuario y fue a Barbastro, de donde faltaba desde hacía sesenta años, para estar con los suyos y recibir la expresión cordial del afecto y la amistad de sus paisanos. Monseñor Escrivá de Balaguer vino a Aragón en el último viaje que hizo en esta vida. Vista ahora con mirada retrospectiva esta simbólica despedida, aparece como un definitivo resello del gran amor que tuvo siempre a esta tierra.

José ORLANDIS